

El paso (no) más allá

Maurice Blanchot

Traducido por Cristina de Peretti
Ediciones Paidós, Barcelona, 1994

Título original:
Le pas au-delà
Éditions Gallimard, París, 1973

La paginación se corresponde
con la edición impresa. Se han
eliminado las páginas en blanco.

INTRODUCCIÓN

«BLANCHOT, Maurice, 1907-»

Así diría el encabezamiento de un artículo de diccionario para este «escritor y ensayista francés, nacido en Eze» (Alpes Marítimos), como vendría a continuación (y sigue de hecho el *Dictionnaire des Philosophes*).¹

No debe pasar por alto al lector el guión tras la fecha inicial de 1907 y la falta de una segunda fecha. El nombre Maurice Blanchot pertenece a un autor *aún* vivo, que conserva los derechos civiles e intelectuales sobre su obra; todavía no podemos disponer de ella sin más, cosa que desearíamos porque un «autor» debe morir, ya está muerto cuando ha escrito. Toda la obra de Blanchot vive consciente, reflexivamente en ese guión tras la fecha inicial, en la provisionalidad de una muerte que le sobrecoje a uno sin poder ni siquiera apropiársela, asumirla por completo (incluso cuando uno *se* mata reflexivamente, *se* muere impersonalmente). Imposible morir de *verdad*, hacer propio —como pretendieron el existencialismo o Heidegger— lo que es incluso más ajeno e inevitable que «el destino». Es imposible «morir» (forma verbal activa y con sujeto), imposible vivir lo que será sin que yo sea; y sin embargo la muerte, lo más ajeno, es lo más propio,

1. D. Huisman (comp.), París: PUF, 1984, a. v. Parece como si la excepcional reserva en que Blanchot ha mantenido su vida hubiera afectado a la fijación pública de datos elementales sobre ella. El lugar de nacimiento que se suele atribuir a Blanchot (p. ej., en el Larousse, de donde quizá proceda el dato en otras obras de referencia) no es Eze, como dice el diccionario citado, sino Ort Quain, en la Borgoña (Saône-et-Loire). Espero que Martine de Mazières, la autora del ítem en el *Dictionnaire des Philosophes*, tenga la información más precisa.

determinante, ineludible, *siempre*, toda nuestra vida. ¿No es la «salud» la determinación relativamente arbitraria de un punto de equilibrio en una inestabilidad que se podría calificar de patología constante, desde luego con desenlace nada sano? O, si lo sano es lo «normal», ¿no es la muerte la única salud? ¿No habló Freud de la vida como un trauma de la naturaleza, que ésta trata constantemente de recuperar?

Todos los temas de Blanchot se encierran ya en esta obertura, como si en él apenas hubiera habido evolución, siempre centrado monolíticamente en lo mismo. «Escritor y ensayista francés», su obra parece en efecto una reflexión continuada sobre lo que hace escribiendo, él que se ve haciéndolo por compulsión, pasivo en lo más activo, superficial en lo profundo, lo más propio lo más común, dispersión sin posibilidad de unidad, sin recurso a apaciguamiento filosófico, abandonado en la infinita extensión del lenguaje. Materialismo, ateísmo, tan totales que ni siquiera son objeto de tesis, sino que son idénticos con la operación de escribir. Esta operación en Blanchot cristaliza en la dispersión de formas fragmentadas, de gran concentración y eficacia; pero eficacia no quiere decir capacidad didáctica sino capacidad de exploración interior, si se puede llamar así al descubrimiento de la radical externalidad que nos constituye.

Blanchot repetiría el monólogo de la *Klassik*, de la literatura canónica, de la filosofía existencial, si no fuera porque su sujeto, y todos los sujetos en que se halla fragmentado, son gramaticales, testaferrros sin profundidad del lenguaje —la libertad se halla al borde del grito, cuya autenticidad es su misma superficialidad—. Dicho en una segunda aproximación más precisa, siguiendo el último inciso: el sujeto no dispone de su tiempo, es (el)lo, tensión vacía en constante desplazamiento (*infra*, pág. 12 y sigs.), una palabra de más, y por tanto de menos. Tal es también el sentido de que, crecientemente, la escritura de Blanchot se duplique, plurifique o suspenda su sujeto en la implosión aforística.

Ciertamente, Blanchot ha buscado en la conceptualización filosófica recursos para dar consistencia e interlocutores a su reflexión. De Hegel ha recibido los temas inagotables del Absoluto y la Negatividad; de Heidegger la destrucción de la metafísica, del existencialismo la nada y la muerte; con Levinas y Derrida comparte los temas de la diseminación, huella, silencio y transgresión; con Sade la repetición indefinida, insaciable; con Nietzsche —especialmente en *El paso (no) más allá*— la problemática del Eterno Retorno... Pero seguramente *El libro que vendrá* (*Le livre a venir*, 1959) cierra la fase de ensayos filosóficos, como *L'Attente l'oubli* (1962) es el último relato y la primera obra escrita en fragmentos (o mejor, escrita decididamente en fragmentos, pues el estilo de Blanchot siempre ha tenido un rasgo fragmentario).² Las obras siguientes no sólo mezclan el relato en la exposición, sino que se hacen más «planas» y «banales» en su conceptualización, recurriendo a términos menos comprometidos categorialmente... «Fuera. Neutro. Desastre. Retorno» son ahora los «nombres, lugares de la dislocación, los cuatro vientos de la ausencia de espíritu, soplando de ninguna parte». Así dice *La escritura del desastre* (1980), que, junto con *El diálogo inconcluso* (1969) y *El paso (no) más allá* (1973), constituye algo así como la trilogía teórica esencial de la segunda «fase».³

2. Tal es la opinión de Lycette Nelson en la excelente introducción a su versión inglesa de la obra que nos ocupa: *The step not beyond*. Albany: State University of New York Press, 1993. Nelson se apoya aquí en Collin y Laporte (véase *infra*, «Lecturas»).

3. *L'Écriture du désastre* se halla traducido desde 1990 en la editorial caraqueña Monte Ávila, lo mismo que *L'Entretien infini* y *Le livre a venir*, antes citado, aunque estos dos últimos títulos, traducidos en 1970 y 1959 respectivamente, ya no se encuentran disponibles en el mercado.

Todos los escritos de Blanchot citados en esta Introducción se publicaron originariamente en la editorial Gallimard, como casi todos sus libros hasta 1981. A partir de esa fecha además hay que tener en cuenta sobre todo les Éditions de Minuit y Fata Morgana, editoriales en las que ya antes había publicado irregularmente.

En estas obras el estilo expositivo pierde contorno en beneficio de una aforística que es asimismo creación literaria. *El libro que vendrá* aún mantiene una forma expositiva clásica, aunque ya su intensidad estilística es una muestra de continuidad entre teoría y creación literaria. Cito el bello comienzo de este libro, que desarrolla una de las dos parábolas con que Blanchot ha expuesto el núcleo de su pensamiento en la forma propia de esta, por así decirlo, primera fase: «La mirada de Orfeo» (en *El espacio literario*, cap. V, § II.) y «El canto de las sirenas» (cap. I de *El libro que vendrá*):⁴

Las Sirenas: realmente parece que cantaban; pero de un modo insatisfactorio, pues sólo dejaba entender la dirección en que se abrían las verdaderas fuentes y la felicidad verdadera del canto. Sin embargo, con sus cantos imperfectos, que no eran sino un canto venidero, conducían al navegante hacia ese espacio en que verdaderamente comenzaría el cantar. Por tanto no lo engañaban, sino que lo llevaban realmente a su objetivo. Pero, una vez alcanzado el lugar, ¿qué es lo que pasaba?, ¿qué lugar era ése? Uno en el que ya sólo se podía desaparecer, porque en esta región de fuente y ori-

Una parte de esa producción procede de una abundante colaboración en publicaciones periódicas, especialmente en *La Nouvelle Revue Française* desde su primer número (1953-1971). Antes de la Segunda Guerra Mundial destacan ocasionalmente sus artículos políticos en el *Journal des Débats* (1931-1933), *La Revue du XX^e siècle* (1935) y *Combat* (1936-1937). Tras la guerra vuelve a publicar sobre todo en *L'Arche*, *Critique*, *Cahiers de la Pléiade* y *Les temps Modernes*. En 1946 interviene en la obra colectiva *L'Espagne Libre* (París: Calmann-Lévy) con un artículo sobre *L'Espoir*, de André Malraux (pese a su extrema reserva frente al «día» de lo público, ha vuelto a intervenir con motivo de la guerra de Argelia y del mayo del 68).

4. Aparte de que *El libro que vendrá* no es accesible actualmente en castellano —razón por la cual traduciré directamente el pasaje que voy a citar a continuación—, el mito de Orfeo ha sido objeto de explicación por Anna Poca en su introducción a la versión castellana de *El espacio literario* (Barcelona: Paidós,² 1992). La enfermedad de Anna Poca ha impedido que la más competente y congenial intérprete de Blanchot entre nosotros introdujera asimismo este *Paso (no) más allá*.

gen hasta la música había desaparecido más radicalmente que en ningún otro paraje del mundo: mar en que se hundían, sordos, los vivos, y en que las Sirenas —lo que prueba su buena voluntad— un día tuvieron, también ellas, que desaparecer.

¿De qué naturaleza era el canto de las Sirenas? ¿Cuál era su punto débil? ¿Por qué este fallo hacia ese canto tan poderoso? Los unos siempre han respondido que era un canto inhumano: un ruido natural sin duda (¿es que hay otros?), pero al margen de la naturaleza, en todo caso extraño para el hombre, muy profundo y despertando en él ese placer extremo de caer, imposible de satisfacer en las condiciones normales de la vida. Pero, dicen los otros, lo más extraño era el embrujo: no hacía más que reproducir el canto de los hombres, y, como las Sirenas, aun siendo sólo animales, muy bellos a causa del reflejo de la belleza femenina, podían cantar como cantan los hombres, convertían el canto en algo tan insólito que hacían surgir en quien lo escuchaba la sospecha de inhumanidad en todo canto humano. Por tanto, ¿es de desesperación de lo que habrían muerto los hombres, apasionados de su propio canto? Por una desesperación muy cercana al rapto. Había algo maravilloso en este canto real, canto común, secreto, canto simple y cotidiano, que no podían sino reconocer enseguida, cantado irrealmente por potencias extrañas y, digamos, imaginarias, canto del abismo que, una vez escuchado, abría en cada palabra un abismo e invitaba con fuerza a desaparecer en él.

Este canto, no lo olvidemos, iba dirigido a navegantes, gente de riesgo y además audaz, y él mismo era navegación: era una distancia, y lo que revelaba era la posibilidad de recorrerla, de hacer del canto el movimiento hacia el canto y de este movimiento la expresión del mayor de los deseos.

Naturalidad, inhumanidad de lo humano; último lugar sin fundamento;⁵ canto común, cotidiano y simple

5. La problemática del último lugar sin fundamento es, desde luego, herencia de la filosofía especulativa, especialmente del «Absoluto» (Schelling, Hegel). Y esta tradición sigue teniendo una presencia activa en la cultura centroeuropea contemporánea de Blanchot. Pero basta comparar su versión poética en Hermann Broch, para percibir la di-

como único arcano; canto como *el* tema del canto; dirigido no precisamente al poeta o al filósofo sino al hombre de acción: desde luego los temas fundamentales de *El paso (no) más allá* son los del Blanchot de antes y de después.

Si algo distingue temáticamente esta obra, es, como ha indicado L. Nelson (*op. cit.*, págs. ix-xiii), la insistencia en la idea nietzscheana del Eterno Retorno. Lo terrible de esa idea no sería la indefinida repetición del instante pleno sino la imposibilidad de él, la infinita recurrencia de la finitud, sin origen, sin presencia, sin ahora. ¿Cómo pensar el Eterno Retorno sin que se haya cerrado el tiempo? ¿Y cómo pensar ese cierre con un tiempo roto? Lo que vuelva en el futuro, nunca habrá sido presente; como nuestro presente está poblado de espectros, que nunca han «sido». Tal es la maldición por la que vivimos como en muerte perpetua; pero también lo que, según Blanchot, Nietzsche nos exige vivir y pensar precisamente al escribir, es decir, lejos de hacernos presentes, al borrarlos (*infra*, págs. 34 y sigs., 72).

(El)lo (pág. 10), Eterno Retorno (pág. 21), fragmentario (pág. 61), locura (pág. 65), escribir (pág. 72), miedo (pág. 82), neutro (pág. 97), morir (pág. 130), etc.: a partir de *El paso (no) más allá* el texto, es decir, la serie de fragmentos, se va alineando a lo largo de palabras clave, que a su vez se imbrican unas en otras al modo de una autogénesis discontinua, sin desarrollo; los fragmentos pueden ser leídos independientemente —cada término reaparece en todos los otros— e incluso comenzando por cualquier párrafo. Esta discontinuidad a su vez es plural, pues se extiende a la tipografía y al género literario. Así los fragmentos en *itálica* constituyen una especie de re-

ferencia radical de terreno en esa «tradición» y la posición blanchotiana. Véase J. M. Ripalda, *Fin del Clasicismo* (Madrid: Trotta, 1992), cap. VII Véase asimismo G. W. F. Hegel, *Filosofía real* (Madrid: FCE, 1984), págs. XLII–XLV.

lato intercalado discontinuamente, que escenifica a varias voces la imposible búsqueda de pasividad en el otro, de mi muerte en la del otro (la única que me es accesible).

Se podría considerar que la imbricación fragmentada de exposición teórica y creación literaria radicaliza en Blanchot un rasgo ya corriente en la escritura teórica.⁶ Este rasgo se hallaba preludiado en los ensayos de Hölderlin y el joven Hegel —que quedaron inéditos— o en los fragmentos de Friedrich Schlegel en el «Athenäum», comentados por Blanchot y que evidentemente responden —como las notas de Hölderlin a sus traducciones de Sófocles, también comentadas por Blanchot— al tipo aforístico. La identificación de exposición teórica y creación literaria parecen confirmar también a primera vista la anticipación por las lecciones hegelianas sobre *Estética* de la fusión entre los ámbitos artístico e intelectual bajo hegemonía conceptual; pero en realidad es el conceptuismo hegeliano, y en general filosófico, lo aquí absorbido por la operación de escribir. De modo análogo a como el mercado impone su racionalidad abstracta a la —según Hegel— razón plena del Estado, que estaría llamada expresamente a dominarla, un materialismo epocal, a menudo implícito, integra ya de hecho la filosofía en la escritura, además de dispersarla en mil subdisciplinas por todos los ámbitos teóricos.

Esta ventolera ruinosa, este rumor inaudible y tremendo puebla los relatos literarios de Blanchot ya desde la primera versión de *Thomas l'Obscur* (1941) o *L'arrêt de mort* (1948),⁷ que reflexionan la muerte escribiéndola, y

6. Simultáneamente con *El paso (no) más allá, Glas* (París: Galilée, 1974) de Jacques Derrida presenta una dispersión semejante del texto, la desconstrucción práctica del libro (véase *infra*, págs. 23, 33). La crítica literaria anglosajona de cuño desconstruccionista ha generalizado entretanto la fusión estilística entre bibliografía «sobre» y literatura «de» creación.

7. Ambas obras se hallan traducidas por Manuel Arranz en la pionera editorial valenciana Pre-textos: *Tomás el Oscuro* (1982), *Leí sen-*

por tanto sin poder reflexionarla, en el momento en que se impone cruzando el amor más violento.

A primera vista se podría pensar que una concentración tal, conceptual e imaginativa, en la desolación de ni siquiera poder morir, y una limitación tan exclusiva al acto de escribir aíslan en un mundo interno. ¿O tal vez ayudan a afirmarse crítica y furiosamente frente a una realidad inaceptable? Ni siquiera eso. La desolación de una superficialidad irrecuperable hace que lo banal sea lo importante: la reducción de la jornada de trabajo, la vivienda habitable, las vacaciones. No hay compensación humanista ni escape en una utopía ni consolación superior por el arte. Éste sólo representa la ruptura en el continuo, la capacidad de agrietar por un instante nuestra constitución espontánea, incontrolable; quizá sea precisa la desgracia o el crimen para poder romper la seguridad cotidiana de la ley, el continuo del tiempo, y afrontar así catastróficamente la aparición de lo terrible en el mismo acto hecho para olvidarlo, es un decir más silencioso que el silencio propio. De este modo interpreto también la actitud política de Blanchot; porque la historia es un suceder ciego, irreconciliable —contra Hegel— con verdad alguna, más bien cercano a la falsedad manifiesta, un rumor de fondo, un continuo, un errar sin fin, en el que el arte produce por un momento como una falla; de esta «falla», en que surge la decisión, toma su fuerza la «banalidad» de todo trabajo, de toda acción eficaz.

En *La sentencia de muerte* la invasión de Francia por los alemanes es un suceso tremendo aludido como de puntillas, que comunica subterráneamente con la violencia del relato; pero que no recibe el permiso de ocupar la escena, ni permite el heroísmo de una resistencia exis-

tencia de muerte (1985). Claro que «sentencia» sólo puede recoger uno de los sentidos de *arrêt*, que además indica suspensión y detención, como ocurre efectivamente en la obra con la muerte de J.

tencialista frente al absurdo.⁸ El esfuerzo de interrumpir lo que Adorno vivió como el continuo de la maldición, en Blanchot —expresamente bajo la misma referencia de Auschwitz— no tiene nombre, es un desgarramiento que comunica su oscuridad al no-lugar *entre* la palabra y el silencio (por oposición a la casa, hogar, patria, tierra, heideggerianos). Es precisamente el campo de concentración, escenificación ejemplar de la muerte en una barbarie que la sociedad querría no tener que considerar como la suya propia, un lugar privilegiado de visión de la política en Blanchot (véase la segunda mitad de *La escritura del desastre*).

Uno no puede menos que asociar un talante así con el existencialismo, con la autenticidad heideggeriana —«el paso (no) más allá» radicaliza la autotranscendencia que según Heidegger constituye el *Dasein*—, con una ascética heroica de la modernidad, cuya «falsedad» ha percibido Blanchot en el momento de su máxima vigencia y fascinación para él mismo. El rigor de la escritura, que en Blanchot no ha hecho sino crecer, corresponde a una «insumisión» y «responsabilidad»; pero también es «leveidad» (inexorable), pasividad (*infra*, págs. 170 y sigs.), corresponde a una profesión expresa de banalidad. Habrá que sospechar una coexistencia asimétrica, pero irremediablemente conflictiva, de ambos aspectos, conforme a la misma dispersión superficial a que Blanchot se ve tan condenado, si se quiere, como liberado.

Al comienzo de *El paso (no) más allá* Blanchot confiesa su procedencia de la alta cultura tradicional, y la diso-

8. También en la nota introductoria a la 2ª edición de *Thomas l'Obscur* Blanchot se refiere, en mi opinión, discretamente a la confluencia de escritura individual y contexto histórico-político haciendo constar un dato aparentemente superfluo: que envió el manuscrito del libro al editor en mayo de 1940 (el mes situado entre la invasión de Francia por los alemanes y el desastre de Dunquerque).

(La versión reducida que hizo Blanchot de esta obra en 1950 para 2ª edición es la que se suele leer y traducir. En la misma nota introductoria indica como comienzo de su redacción el año 1932.)

lución de ésta, y de la identidad personal vinculada a ella, por la reflexión que ella misma postula. Esa reflexión desconstructiva *avant la lettre* se realizaba «de noche», mientras que de día «estaban los actos del día, las frases cotidianas, la escritura cotidiana, afirmaciones, valores, costumbres, en fin, nada de importancia y sin embargo cierta cosa que confusamente había que llamar la vida».

Esta alternancia de «día» banal y «noche» desconstructiva recuerda a la oposición que estableció Platón entre la banal Atenas de Pericles, con sus obras públicas, su grandeza comercial y su poder político y militar, y el mundo sustancial de las ideas (tema asimismo de la «autenticidad» heideggeriana); más aún, recuerda la gloriosa noche de Eleusis en que, de jóvenes, se comunicaron Hölderlin y Hegel por oposición a «la cura siempre inquieta del ajetreo humano».⁹

Pero ahora es la noche de ese vacío horrible que a uno se le asoma en los ojos de un hombre, como dijo Hegel cuando años después estaba culminando su operación de salvamento especulativo.¹⁰ Es la «otra» noche, irreductible a emparejamiento con el día, la que los mitos de Orfeo y las Sirenas trataron de simetrizar tranquilizadamente, la que la obra literaria trata siempre de alcanzar con una actividad que sólo puede eludirla; pero esa «otra» puebla la escritura —el rigor trata de hacerle hueco— en el mismo acto, en la interrupción del continuo de maldición, intervalo anómalo que cruza de imposibilidad la reflexión idealista. La «otra» no oponiéndose, de-

9. Primer verso del poema «Eleusis», que Hegel escribió a su íntimo Hölderlin en agosto de 1976 como preludeo a su reencuentro en Francia tras los años que Hegel había pasado de preceptor en Suiza. La edición alemana más accesible es *Briefe von und an Hegel*. J. Hoffmeister (comp.) (Hamburgo: Meiner,³ 1969-1981). T. I, págs. 38 y sigs. No sigo la versión dada por Jesús Munárriz, el magnífico traductor del *Hiperión* de Hölderlin, en G. W. F. Hegel, *Escritos de juventud* (Madrid: FCE, 1978), pág. 213.

10. G. W. F. Hegel, *Filosofía real* (loc. cit.), pág. 154/ls. 18-23; véase 206/ls. 9 y sigs.

tiene en seco la dialéctica; por eso Blanchot la llama también «lo neutro»; *différance* la ha llamado Derrida, y no hay materialismo más banal y duro que esta superficialización de una alteridad irreductible. La reactiva «autenticidad» heideggeriana se queda sin lugar en que asentarse.

La «emancipación» alcanzaría aquí otro fin de la historia distinto del previsto por Hegel (aunque éste seguramente lo presintiera), un trayecto que ya puede ser reflexionado como habiendo sido recorrido por la alta cultura tardomoderna. En sus comienzos se halla la terrible «traición» entre Hölderlin y los dioses,¹¹ culminada en esos nombres paradigmáticos que son para Blanchot Mallarmé, Kafka, Rilke o, en música, Anton Webern. Al final el rigor de la experiencia escritora ni siquiera vive de la añoranza o de la imposibilidad de lo perdido; la reflexión no se cierra sobre sí misma, desplaza su objeto hasta el infinito y vive en esa disrupción como el lugar de una libertad desconocida. Antes del rigor aforístico de los últimos escritos, las obras de «ficción» muestran en Blanchot un despojamiento de artificio narrativo que no tiene igual y no es sino reencuentro con la libertad, una libertad que uno no desearía. Quizá los lienzos gigantescos del contemporáneo expresionismo abstracto norteamericano —de un Mark Rothko o un Barnett Newman— tienen bastante que ver con estos textos en conjunto y en aspectos concretos (reflexión existencial, atención inédita a la materialidad técnica de la pintura, experimentación en constante destrucción y reconstrucción).

También a nivel exotérico la «cultura» tradicional —ya necesitada de comillas— ha entrado en la noche de su inanidad ante la furia de un proceso de «modernización» que acompañó en todo caso impotentemente, cuando no ha

11, Como muestra «El itinerario de Hölderlin», último texto de *El espacio literario*, Blanchot ha quedado especialmente impresionado por el Hölderlin incandescente de los primeros años de locura. Véase mi *Fin del Clasicismo* (loc. cit.), Epílogo.

sido cómplice de Verdún, Auschwitz (véase *infra*, págs. 56, 133, 156, 160) y las revoluciones fracasadas; inanidad que se impone en la incapacidad de sostenerse ante la propia mirada: la alta cultura se banaliza en un *looping* desintegrado, incapaz de reencontrarse al tratar de cerrar la reflexión, perdida toda referencia fundamentante. El día no es superable por esa noche. Blanchot, al hacer de ella, de su silencio, el (no-)lugar de una patria imposible, se pierde en los meandros infinitos, ni siquiera caracterizables como vacío, errancia que constituye precisamente la banalidad del «día». La experiencia de «la noche oscura» carece del recurso a teología negativa alguna; su única resolución es «la noche blanca», como dice Blanchot, el mismo día dejado en vano atrás, el intervalo vacío que lo constituye. El terror que puebla la cultura «posmoderna» no es el que el género de terror pretende fijar con referencias arcaicas en nuestras pantallas; hay que acallarlo, como la posibilidad de libertad que encierra, con el constante recurso a un mundo de objetos, a su inocencia, para no vernos como siniestros precisamente en ese acto de olvido.

El olvido sin memoria, exterioridad, desastre, nos constituye ineludiblemente y *por eso* abandonarse a él es convertirse en naturaleza ciega y brutal. Pese a su talante antiespeculativo, uno no puede por menos que recordar a Baudrillard con su feroz diagnóstico de la postsoiedad, apoyado en el recuerdo de lo que fue el universo simbólico; o al sensible crítico literario y teórico de la posmodernidad Fredric Jameson, asumiendo conscientemente una prosaica identidad en la liberadora destrucción de la alta, elitista cultura europea.

Pensamientos débiles (*infra*, pág. 10), identidad ficticia (pág. 11), inconsistencia interna (pág. 15), falta de sentido (pág. 33), dispersión (pág. 45), fragmentaridad (pág. 62), pasividad y abandono (pág. 163), recuerdan a los únicos recursos rebeldes de las masas según Baudrillard... Para Blanchot no hay posibilidad de escapar a la ley de maldición (págs. 38 y sigs., 170). Pero hay una le-

vedad, pasividad, oscilar en el límite de la transgresión que haría vana la ley, la muerte, un oscilar tan neutro como el tremendo rumor en cuyas grietas surge la identidad, un *amor mortis* que borra la trascendencia. «Le pas au-delà» es la *negación* de la trascendencia en el *paso* que transgrede el límite, paso sin afirmación, neutralidad, paso que no es (págs. 8, 26, 38, 135, 162, 167, 174); o, como dice *L'Écriture du désastre* (pág. 33), es «passivité, passion, passé, pas», y explica a continuación entre paréntesis: «A la vez negación y huella o movimiento de la marcha»; pero también indica que se trata de un juego semántico, nada parecido a una respuesta sólida en que confiar.

Una referencia recurrente entre las ya citadas, tanto en la obra de Blanchot como en esta concreta, vuelve a plantear la cuestión de la «modernidad» del descentrado y disperso individuo blanchotiano; se trata de la referencia al habitar: «habitación», «estancia», «ciudad», ocupan un lugar importante en la última parte del libro (*infra*, págs. 110, 113, 116, 118, 153, 163, 182 y sigs.). Estas imágenes recurrentes son diametralmente opuestas en su desarraigo a los lemas heideggerianos de la patria, tierra, casa. Pero tampoco concuerdan ya con la deslocalización electrónica de la misma metrópoli y la descentración del cuerpo, que, tras haberse convertido en elemento del proceso de valorización, pierde incluso su prioridad intuitiva en los flujos electrónicos. La habitación desnuda o la calle desierta han dejado de ser referencia plausible. La conciencia que surge en la «ocupación infinita de deshacer este yo» (pág. 93) ¿no responde a una personalidad europea clásica recibiendo toreramente la embestida de la posmodernidad, incluso anticipándola desde la era existencialista?

La obra de Blanchot se presenta así localizada epocalmente como un ejemplo de disolución de la alta cultura humanista que confluye activamente con el surgimiento de la cultura de masas. Precisamente el advenimiento de esta última fue lo temido por la intelectualidad reaccio-

naria de mediados de siglo, que con su énfasis antimoderno, espiritualista, apoyó paradójicamente los procesos de modernización brutal, bajo signo fascista, que han terminado desembocando en la sociedad occidental de masas. En España, donde el proceso de modernización fue incompleto y resultó interrumpido violentamente, la sociedad de masas o sociedad sin sociedad se superpone virtualmente a importantes restos preindustriales. La carencia de sociedad, la falta de sentido, el infantilismo perverso del «homo electronicus» se injertan así sobre los restos tradicionales de un complejo rompecabezas de elementos premodernos, modernos y «posmodernos». Blanchot puede servir a la afirmación de pequeñas élites académicas en una estrecha franja de modernidad, por así decirlo, profesional (una posibilidad prevista por Blanchot, *infra* 51). En realidad es una pieza de alta cultura entre poesía, ensayo y narrativa, apta para sacudir esa modernidad perezosa; ni se puede aprender autoritariamente ni consumir posmodernamente. Obliga a realizar con ella sus mismas o análogas trabajosas operaciones de una introspección que descubre en sí la externalidad radical hacia la que se desliza el mundo contemporáneo.¹² Precisamente la dispersión posibilita la sorpresa singular, la última verdad en la entonación de una palabra (págs. 18 y sigs.), el escape al continuo maldito de la historia (pág. 20), liberación, frente al sentido impuesto (pág. 33) y a la exigencia de verdad (pág. 157).

Tal vez sea en la autobiografía póstuma de Althusser (*L'avenir dure longtemps* suivi de *Les faits*. Stock/Imec, 1992)¹³ donde mejor ha quedado expuesta la terrible omnipresencia de la muerte en la alta cultura tardomoderna. Si algo caracteriza en este contexto a Blanchot, es que no

12. En una carta a Cristina Peretti de agosto, 30? (sic) de 1993, Blanchot le dice: «Me permito recordarle la afirmación de Valéry: el sentido de un texto pertenece al lector, no al autor».

13. Hay traducción castellana en el Círculo de Lectores (Barcelona, 1993).

sólo tematiza esa omnipresencia, sino que, al externizarla y banalizarla, la priva virtualmente de pasos dramáticos. La operación tiene cierta analogía con la esquizofrénica centración en los recursos formales que caracterizó al arte moderno y que cobra dimensiones espectacularmente inéditas en la simbiosis de electrónica y mercado universal. Blanchot ha reflexionado expresamente la «superficialidad» del arte —vinculada a la destrucción del recurso a la profundidad de la historia— al comienzo de *El libro futuro*; en el mismo contexto y lugar ha dado razón de la «naturalidad» de lo social, antaño opuesto a la naturaleza como algo superior y con sentido.

La era de la consciencia burguesa, que encontró en sí misma la clave del mundo, cede paso rápidamente a otra incierta era, de un despojamiento total frente a antiguas certezas y construcciones de identidad. Nuestra responsabilidad, «gente de riesgo» como nunca antes, confrontados con la terrible potencia que ha adquirido tanto nuestro cuerpo técnico como las enormes acumulaciones de poder social llamadas «capital», no se mide ya por la fidelidad a excelsos principios de humanidad, como aún pudo ser el caso de la *Klassik* y del mismo Marx. En la era del materialismo radical, que Marx solamente entreabría, nuestra medida es lo cotidiano y banal. La negación a afrontarlo permitió la buena conciencia de los principios generales; hoy ya no queda más escudo para las buenas conciencias que la manipulación informativa a que de buena gana nos sometemos, la ignorancia voluntaria, que la Ilustración salió a combatir.

JOSÉ M^A RIPALDA
Universidad Nacional
de Educación a Distancia

LECTURAS

Anna Poca, en su Introducción a *El espacio literario* (*op. cit.*), ha establecido una bibliografía con las obras fundamentales de Blanchot. A ellas conviene añadir *Le devenir homme* (1992) y *Au moment voulu*. (1993), ambas publicadas con posterioridad a Gallimard.

En castellano no se puede hablar de bibliografía específica sobre Blanchot, que yo sepa, si se prescinde de reseñas de ámbito literario, que poco a poco van creando el presentimiento de un filón esotérico. Sin embargo, las traducciones de sus obras ocupan un lugar creciente en la producción de unas cuantas editoriales de prestigio en el campo literario y filosófico.

Además de las obras citadas anteriormente se hallan traducidas:

Aminadab. Trad. J. y R. Conté. Madrid: Alfaguara, 1979. (Relato publicado en 1942.)

Falsos pasos. Trad. A. Aibar. Valencia: Pre-textos, 1977. (*Fauxpas*, 1943.)

Lautréamont y Sade. Trad. E. Lombera. México: Fondo de Cultura Económica, 1990 (= Breviario n. 511). (En francés, 1949.)

La risa de los dioses. Trad. J. A. Doval. Madrid: Taurus, 1976. Título en francés: *L'amitié* (1971). (El título con que ha sido traducido al castellano, está tomado de un artículo publicado en el n. 151 [1965] de la *Nouvelle Revue Française* y recogido en las págs. 192-207 de *L'amitié*.)

Michel Foucault tal y como yo lo imagino. Trad. L. Arranz. Valencia: Pre-textos, 1992. (En francés, 1986.)

Rousseau. En AA.W, *Presencia de Rousseau*. Trad. de P. de Place. Buenos Aires: Nueva Visión, 1972, págs. 45-55.

Michel Foucault es autor del único título que conozco sobre Blanchot en castellano:

El pensamiento del afuera. Trad. M. Arranz. Valencia: Pre-textos, 1988. (Procede del número especial que dedicó a Blanchot la revista *Critique* en junio de 1966, n. 229. En 1976 la revista *Gramma* le dedicó asimismo los n. 3/4 y 5 bajo el título «Lire Blanchot». En 1981 fue el n. 2 de *L'Obsidiane* con el título «Exercices de la patience».)

Blanchot ha tenido un efecto profundo sobre un círculo restringido e importante. De ahí que algunos de los estudios sobre Blanchot sean a su vez obras filosóficas en sí mismas, o, más que estudios, sean respuestas, producción de textos en resonancia, como es el caso de:

Jacques Derrida, *Parages*. París: Galilée, 1986. (Procede de tres seminarios realizados en París y Yale entre 1976 y 1979. El primer capítulo del libro, *Pas*, está basado en la reelaboración del primer seminario, que se había publicado en el número 3/4 de *Gramma* antes citado.)

Pierre Klossowski, *Sur Maurice Blanchot*. En: (mismo), *Un si funeste désir*. París: Gallimard, 1963, págs. 159-183. (Publicado originariamente en *Les Temps Modernes*, sept.-dic. 1949.)

Emmanuel Levinas, *Sur Maurice Blanchot*. Montpellier: Fata Morgana, 1975.

Los tres autores pertenecen asimismo al círculo de referencias del propio Blanchot. Pero sobre todo es Levinas con quien ha entablado un diálogo más extenso o explícito en *La escritura del desastre*. (Sobre la relación entre Blanchot y Levinas véase Paul Davies, *Difficult Friendship*. En: *Research in Phenomenology*, 18 (1988), págs. 149-172.) Véase además la colaboración de Blanchot en el tomo editado por F. Lamelle, *Textes pour Emmanuel Levinas*. París: J. M. Place, 1980. Klossowski tiene especial importancia para la interpretación del Eterno Retorno. El inruido de *La escritura y la diferencia* de Derrida ha sido reconocido expresamente por Blanchot en una nota hacia el final de *El diálogo inconcluso*; sobre las coincidencias y diferencias entre Blanchot y Derrida véase la exposición

sucinta, pero esencial, de L. Nelson (op. *cit.*), págs. xiii-xvii.

En el ámbito de la crítica literaria, sobre todo en el nordeste de los Estados Unidos, quizá es sobre todo el influjo de Paul De Man el que ha abierto el paso a un interés por Blanchot, que debe ser tenido en cuenta desde hace años:

Paúl De Man, *Maurice Blanchot*. En: J. K. Simon (comp.), *Modern French Criticism*. Chicago/Londres, 1972, págs. 255-276.

Como estudio accesible de conjunto y con una bibliografía completa de y sobre Blanchot hasta su fecha de edición, puede consultarse en francés:

Françoise Collin, *Maurice Blanchot et la question de l'écriture*.² París: Gallimard, 1986.

También se puede consultar el diálogo de Blanchot con J. Bousquet en: *Maurice Blanchot*, Fata Morgana, 1987.

Como colijo de una carta de Blanchot a C. Peretti, un intérprete que éste considera especialmente cercano es el catedrático de la universidad de Montpellier Roger Laporte. Véase su *Maurice Blanchot: L'Ancien, l'effroyablement ancien*. Montpellier: Fata Morgana, 1987.

Mi agradecimiento a José Burgoa (referencia) y Javier Pereda (adquisiciones) de la Biblioteca de la UNED, así como a la Biblioteca de Filosofía de la Universidad Complutense por su siempre valiosa ayuda; asimismo a la traductora, Cristina Peretti, por su consejo y apoyo; a través de ella he tenido acceso asimismo a la excelente versión inglesa por L. Nelson de *Le pas au-delà*.

EL PASO (NO) MÁS ALLÁ

Entremos en esa relación:

- La muerte: no estamos acostumbrados a ella.
- La muerte, al ser aquello a lo que no estamos acostumbrados, nos acercamos a ella o bien como a lo inusual que maravilla, o bien como a lo no-familiar que horroriza. El pensamiento de la muerte no nos ayuda a pensar la muerte, no nos brinda la muerte como algo que hay que pensar. Muerte, pensamiento, tan próximos que, pensando, morimos, si al morir nos permitimos no pensar: todo pensamiento sería mortal; todo pensamiento, último pensamiento.
- Tiempo, tiempo: el paso (no) más allá¹ que no se cumple en el tiempo conduciría fuera del tiempo sin que dicho afuera fuese intemporal, sino allí donde el tiempo caería, frágil caída, según aquel «fuera de tiempo en el tiempo» hacia el cual escribir nos atraería, si nos estuviese permitido, tras desaparecer de nosotros mismos, escribir bajo el secreto del antiguo miedo.

1. En francés: *le pas au-delà*, que es asimismo el título de este libro. *Pas* puede ser: 1º) un sustantivo masculino que significa, en su acepción más común, «paso» pero también «andares» (modo de andar), «etapa», «estrecho», etc.: 2º) un adverbio de negación que se emplea con frecuencia en correlación con *ne* (*ne... pas*), pero que también se utiliza expresiones como *pas beaucoup* (no mucho), *pas du tout* (en absoluto, de ningún modo), *pas encore* (aún no), *pas un* (ni uno), etcétera.

A fin de mantener en castellano la ambigüedad de la expresión francesa, he optado por traducir *le pas au-delà* por «el paso (no) más allá».[T.]

• ¿De dónde procede todo eso, ese poder de desarraigo, de destrucción o de cambio, en las primeras palabras escritas mirando al cielo, en la soledad del cielo, palabras por sí mismas sin porvenir ni pretensión: «(el)lo–el mar»?²

Seguramente resulta satisfactorio (demasiado satisfactorio) pensar que, por el mero hecho de que algo del estilo de estas palabras «(el)lo–el mar», con la exigencia que resulta de ellas y de la cual también ellas son el resultado, se escribe, en alguna parte se inscribe la posibilidad, siquiera para una de ellas, de una transformación radical, es decir de su supresión como existencia personal. Posibilidad: nada más.

No saques ninguna consecuencia de esas palabras escritas un día (que fueron o habrían sido al tiempo y asimismo otras palabras), ni siquiera de la exigencia de escribir, suponiendo que, en efecto, te hubieran encargado de ella, tal como estás persuadido y, a veces, disuadido: todo lo que podrías retener de ello no serviría más que para unificar, presuntuosamente, una existencia insignificante y (por la proposición de dicha exigencia de escritura misma) algo retirada, sin embargo, de la unidad. No esperes, si tal es tu esperanza —y hay que ponerlo en duda—, unificar tu existencia, introducir en ella, en (el)

2. En francés: *il-la mer*. He dudado mucho antes de decidirme a traducir el pronombre personal *il* por «(el)lo». Este pronombre personal de tercera persona del singular de género masculino adopta, con frecuencia, el género neutro cuando, en francés, sirve para introducir los verbos impersonales y todos los verbos empleados de forma impersonal: *il faut* (es preciso), *il y a* (hay), *il s'agit de* (se trata de), *il neige* (nieva), *il pleut* (llueve), etc.

«Ello», en castellano, aunque es también un pronombre personal de tercera persona de género neutro, no sirve para traducir de forma literal el juego neutro e impersonal del *il* francés.

No obstante, al insistir Blanchot en ese carácter, he optado por traducir *il* por «(el)lo», neutralidad impersonal castellana que me ha parecido más propicia no ya para traducir en cada caso dicho *il*, pero sí para conservar «lo» en el texto traducido siempre que el castellano lo permite. [T.]

pasado, cierta coherencia por medio de la escritura que desunifica.

- Escribir como cuestión de escribir, cuestión que sustenta la escritura que sustenta la cuestión, no te permite ya aquella relación con el ser —entendido, en primer lugar, como tradición, orden, certeza, verdad, toda forma de arraigo— que recibiste un día del pasado del mundo, ámbito que estabas llamado a regir a fin de fortalecer tu «Yo», aunque éste estaba como fisurado, desde el día en que el cielo se abrió a su vacío.

En vano trataré de representarme a aquel que yo no era y que, sin quererlo, empezaba a escribir, escribiendo (y entonces a sabiendas) de tal modo que el puro producto de no hacer nada se introducía en el mundo y en su mundo. Esto ocurría «por la noche». De día, estaban los actos del día, las frases cotidianas, la escritura cotidiana, algunas afirmaciones, valores, costumbres, nada de importancia y, no obstante, algo que era preciso confusamente denominar la vida. La certeza de que al escribir ponía precisamente entre paréntesis dicha certeza, incluso la certeza de sí mismo como sujeto de escribir, le condujo lenta pero inmediatamente a un espacio vacío cuyo vacío (el cero tachado, heráldico) no impedía en absoluto las vueltas y las revueltas de un recorrido muy largo.

- *En aquella ciudad, sabía que había gente que no se trataba con nadie, y entonces tenía que preguntársele: ¿Cómo lo sabía? Quizá no era algo que sabía sino algo comprendido en el saber. Saber cualquier otra cosa le obligaba a saber de antemano aquello o a no saberlo. ¿Cómo resistir, a partir de ahí, a la tentación —al deseo— de partir en su búsqueda? «¿Cómo hacer para encontrarse con ello?» —«Pero si no hay nada más sencillo: se topará con ellos».*

Eran varios, de eso también podía estar seguro. Varios: ¿vivían juntos o juntos y separados? Varios —aquello quizá le ayudaba sólo a no pensarlo de una manera muy precisa: gente.

«¿Quiere usted decir: por casualidad?» — Pero él repitió: «Se topará con ellos». Naturalmente, antes incluso de que le hablase de ellos y, sobre todo, mientras le hablaba, había presentido otra respuesta: «Usted los conoce». Esto le hubiera hecho comprender que conocerlos no era el modo adecuado de encontrarse con ellos, pero cuando se decidió, como presionado por aquellas declaraciones tan corrientes, a preguntar: «¿Cree usted que los conozco?», le sorprendió la frivolidad de la respuesta: «¡Cómo va a ser posible: usted no se trata con nadie!».

Al menos se trataba con él, aunque, al pensar en ello, podía prever el modo en que, al decírselo —pero no lo diría—, se le iba a contestar: «Eso es lo que yo decía, usted no se trata con nadie».

- Pensamientos débiles, deseos débiles: notaba su fuerza.
- La relación con «(el)lo»: la pluralidad que detenta el «(el)lo» es tal que no se puede marcar por medio de ningún signo plural. ¿Por qué? «Ellos» designaría aún un conjunto analizable y, por consiguiente, manejable. «Ellos» es el modo en que (el)lo se libera del neutro tomando prestada de la pluralidad una posibilidad de determinarse, volviendo así cómodamente a la indeterminación, como si (el)lo pudiese hallar en ella el indicio suficiente que le asignaría un lugar, éste muy determinado, en el que se inscribe todo indeterminado.

Si escribo (el)lo, denunciándolo más que indicándolo, sé al menos que, lejos de concederle un estatuto, un papel o una presencia que lo elevaría por encima de todo lo que puede designarlo, soy yo quien, a partir de ahí, entra en la relación en que «yo» acepta petrificarse en una identidad ficticia o funcional, a fin de que pueda ejercerse el juego de escritura en el que (el)lo, o bien participa siendo (al mismo tiempo) el producto o el don, o bien es la apuesta, la apuesta que, como tal, como jugador principal, juega, cambia, se desplaza y ocupa el lugar del cambio mismo, desplazamiento que carece

de emplazamiento y del que todo emplazamiento carece.

- (el)lo: si me aferró al borde de la escritura, atento a no introducirlo ahí con mayúscula, más atento aún a no sobrecargarlo de sentido, sobrecarga que provendría de que no se sabe lo que designa, dicha palabra que mantengo, no sin lucha, en la posición que por el momento le asigno (al borde de la escritura), tengo que no sólo vigilarla constantemente sino vigilar, a partir de ella, por medio de una usurpación o ficción imposible, el cambio de lugar y de configuración que acarrearía para ese «mí», desde el principio encargado a la vez de representar lo mismo y la identidad o la permanencia de los signos en y por medio de su grafía, «mí» que, al mismo tiempo, no posee más forma que dicha función o punción de identidad. El mí no es yo, sino lo mismo del mí mismo: no ya cierta identidad personal, impersonal, segura y vacilante, sino la ley o la regla que asegura de modo convencional la identidad ideal de los términos o notaciones. El mí es, así, una abreviatura que puede denominarse canónica, fórmula que regula y, si se quiere, bendice, en la primera persona, la pretensión de primacía de lo Mismo. De ahí, quizás, ese carácter sagrado que iría ligado al mí y del que el egoísmo se incauta convirtiéndolo en el privilegio del punto central que ocuparía, así como en el rasgo de todo movimiento de reunir, asociar, agrupar, unificar e incluso, de forma negativa, de desunificar, disociar o desunir.

Pero ¿puede (el)lo escaparse, si no es sustrayéndose, de la esfera sin límite donde se ejercería el atractivo de la abreviatura canónica del mí, allí donde, bajo cualquier forma que sea, rige la identidad? Si (el)lo se convierte en el otro ¿acaso no se convierte sólo en otro mí, caracterizado por la relación indirecta (mas en modo alguno secundaria) compleja de donde procede y que lo soporta? o ¿acaso se convierte sólo, en el mejor, en el peor de los casos, en aquello que carece de lo Uno y que se marca fácilmente como no-uno (dado que la negación se regula a

su vez por medio de un riguroso signo de exclusión y que, de esa forma, se incluye fácilmente en el conjunto)? A menos que (el)lo, especificado como término indeterminado para que el Mí a su vez se determine como el determinante mayor, como el sujeto jamás sujeto ni sometido,³ sea la *relación* misma del uno con el otro, en este sentido: infinita o discontinua, en este sentido: relación siempre en desplazamiento, y en desplazamiento con relación a sí misma, sin nada que tenga que desplazarse, desplazamiento también de aquello que carecería de lugar. Una palabra quizás, nada más que una palabra, pero una palabra más, una palabra de más que, por eso, siempre falta. Nada más que una palabra.

- ¿Por qué lo que se ejerce sobre (el)lo es ese no-atractivo? (El)lo: admitamos que (el)lo no se contenta con ocupar en la frase el lugar que deja vacío el determinante mayor (el sujeto ni sujeto ni sometido) ¿Se contenta (el)lo con dejarlo vacío, marcándolo con un blanco demasiado visible, al modo de una casilla fácil de rellenar? Pero (el)lo tampoco lo deja vacío llenándolo con un remedo de palabra, sustituto de sustituto, pronombre que, al no indicar más que el vacío, lo notificaría tanto más vacío que dicho vacío no aparecería, ya que está ocupado por el no-término que, sin embargo, no está sólo indeterminado. ¿«(El)lo» que se indica mejor, quizás, haciendo «lo» en el doble empleo que de (el)lo acaba de hacer esta frase, a saber, una repetición que no es tal si el segundo «(el)lo» recupera el primero, sólo lo restablece para enderezar el verbo que se encuentra en esa posición inestable —¿caerá de éste o de aquel lado?— que es la posición interrogativa, es decir, una enunciación que se podría denominar «pleonástica», no ya porque sería pura redundancia, sino porque lo que está ahí parece carecer de utilidad, borrándose una y otra vez hasta confundirse con la inarticulación de la frase?

3. En francés: *le sujet jamais assujetti*. [T.]

- (el)lo: al borde de la escritura; transparencia, en cuanto tal, opaca; sustentando lo que lo inscribe, borrándolo, borrándose en la inscripción, el borrarse de la marca que lo *marca*; neutro atraído por lo neutro hasta el punto de que *parezca* peligroso fijarlo y de que, si fuésemos capaces de «seguirlo» hasta ese borde en donde lo que se escribe ya siempre ha desaparecido (volcado, zozobrado) en la neutralidad de escribir, parece instigarnos a relacionarnos con lo que se excluye de toda relación y que, sin embargo, no se anuncia absoluto más que de modo relativo (modo de la relación misma, múltiple).

Ya sea en mayúscula, en minúscula, en posición de sujeto, en situación de pleonismo, indicando aquel otro o ningún otro o sin indicar más que su propia indicación, el (el)lo sin identidad; ¿personal? ¿impersonal? aún no y siempre más allá; no siendo ni alguien ni algo y, asimismo, careciendo tanto de la garantía de la magia del ser como de la de la fascinación del no-ser. Por el momento, sólo cabe decir una cosa: (el)lo, una palabra de más que, con astucia, situamos al borde de la escritura, a saber, la relación de escritura a la escritura, cuando ésta se anuncia al borde de sí misma.

- No-presente, no-ausente; (el)lo nos tienta de una manera que sólo podríamos hallar en aquellas situaciones en las que ya no estamos: salvo —salvo en el límite— situaciones denominadas «extremas», suponiendo que las haya.

- La relación de mí con el otro, difícil de pensar (relación que el [el]lo «relataría»): debido al estatuto del otro, tan pronto y a la vez el otro como término, tan pronto y a la vez el otro como relación sin término, relevo que tiene que ser siempre relevado; debiendo éste, después, dado el cambio que propone al «mí», aceptarse entonces no sólo como hipotético, ni siquiera sólo como ficticio, sino también como abreviatura canónica que representa la ley de lo mismo, de antemano roto (de nuevo, pues —bajo la

falaz proposición de ese mí hecho pedazos, íntimamente herido— de nuevo un mí vivo, es decir, colmado).

- *Como si hubiese resonado, ahogadamente, una llamada.*
- Al borde de la escritura, siempre obligado a vivir sin ti.
- *Le resultaba casi fácil, allí donde vivía, vivir casi sin signo alguno, casi sin un mí, como al borde de la escritura, cerca de esa palabra, apenas una palabra, más bien una palabra de más y nada más que una palabra gracias a la cual, un día del pasado, dulcemente acogido, recibió la salvación que no salvaba, la interpelación que le había despertado. Era algo que se podía contar, incluso y sobre todo si no había nadie para oírlo. En cierto modo, le hubiera gustado poder tratarlo con la misma dulzura que había recibido: dulzura que lo mantenía a distancia, debido al excesivo poder que le concedía sobre sí mismo y, a través de él, sobre todas las cosas. Casi sobre todas las cosas: siempre había esa ligera restricción, tácita, que le obligaba —dulce obligación— a recurrir, a menudo y como debido a un ritual que le hacía sonreír, a esas formas de decir, casi, quizás, apenas, de momento, a menos que, y tantas otras, signos sin significación que, como muy bien sabía (¿sabíalo?), le otorgaban algo muy preciado, la posibilidad de repetirse —pero no, no sabía lo que le acaecía por medio de ellos—, «quizás» el derecho de franquear el límite sin saberlo, «quizás» el retroceder angustiado, perezoso, ante la afirmación decisiva de la que le protegían a fin de que aún estuviese allí para no oírla.*
- *Como si hubiera resonado, ahogadamente, esa llamada, una llamada no obstante alegre, el griterío de unos niños jugando en el jardín: «¿Hoy quién es mí?». «¿Quién hace las veces de mí?» Y la respuesta alegre, infinita: él él, él.*

- *El pensamiento que le había conducido al borde del despertar: nada le estaba entredicho,⁴ ni las astucias, ni los fraudes, ni las costumbres, ni las mentiras, ni las verdades, nada salvo (otra vez una de esas palabras que estaba acostumbrado a aguardar): salvo. Y no se llamaba a engaño, incluso a aquella ley se le podía dar la vuelta, dejándola intacta, a salvo, también a ella.*
- *«Les daríamos un nombre.» — «Tendrían uno.» — «El que le diésemos no sería su verdadero nombre.» — «Sin embargo, sería capaz de nombrarlos.» — «Capaz de informar que, el día en que se considerasen listos para ello, habría un nombre para su nombre.» — «Un nombre tal que no daría lugar a que se sintiesen interpelados por él, ni tentados de responder a él, ni siquiera jamás nombrados por dicho nombre.» — «¿No hemos supuesto, sin embargo, que tendrían uno que sería común a todos ellos?» — «Lo hemos supuesto, pero sólo para que pudiesen pasar desapercibidos con más comodidad.» — «Pero entonces ¿cómo sabremos que podemos dirigirnos a ellos? Están lejos, ¿sabe?» — «Para eso tenemos los nombres, más numerosos y más maravillosos que todos aquellos que se utilizan normalmente.» — «No sabrían que es su nombre.» — «¿Cómo iban a saberlo! No tienen nombre.»*

4. En francés *interdit*. Parecería normal traducir este término, simplemente, por «prohibido». Ahora bien, como Blanchot insiste con frecuencia en la proximidad fonética pero también y, sobre todo, semántica de este participio pasado así como del sustantivo masculino y/o neutro, *l'interdit* (esto es, «la prohibición» o «lo prohibido») con *l'entre-deux* y con el *l'entre-dire*, he optado, a fin de mantener dicha proximidad fonético-semántica castellana, por emplear el término «entredicho» para traducir el francés *interdit* (sustantivo y/o participio pasado).

Según el Diccionario de la Real Academia Española, «entredicho» es participio pasado irregular del verbo «entredcir» (verbo transitivo, anticuado, que significa: «Prohibir la comunicación y comercio con un persona o cosa; 2. Poner entredicho). Según este mismo Diccionario, «entredicho», posee, pues, entre otras acepciones, la de: «2. m. Prohibición, mandato para no hacer o decir alguna cosa... 4. ant. Contradicción, reparo, obstáculo.» [T.]

- *Era como un eterno motivo de broma, un juego inocente: «¿Se ha encontrado con ellos en la calle?». — «No exactamente en la calle: cerca del río, estaban hojeando unos libros, después se marcharon o se perdieron entre la muchedumbre» — «Tenía que ser así; y eran más bien jóvenes ¿no?» — «¿Jóvenes?» Había que detenerse en esta palabra que comprometía, exigía o prometía demasiado; él no la admitía de buen grado hasta que cedía y contestaba: «Sí, jóvenes, no hay otra palabra; jóvenes sin que, no obstante, nada haga de su edad un momento de sí mismos o de la juventud un rasgo de la edad; jóvenes, pero como de otro tiempo, por lo tanto no tan jóvenes, como si la juventud los hiciese muy antiguos o demasiado nuevos para poder parecer sólo jóvenes». — «¿Cómo los ha observado! ¿Ha tenido tiempo? ¿Era posible? ¿Es posible?» — «No lo era, en efecto, pero tampoco lo era encontrarse con ellos.»*

Cierto es que, cuando se despide de él, por las calles y más calles, calles brillantes, animadas, no serviles, no ve a nadie, pero eso sólo es la consecuencia de lo que él denomina su inmortalidad y que más generosamente podría llamar la amabilidad de todos, que le dejan pasar brindándole con sus rostros — ¡qué bonitos son los rostros! ¡qué bonitos serían si los viese! — una luz, el destello de una dicha, de un desamparo.

- *¿Un recuerdo imperfecto? ¿Una absoluta mentira? ¿Una verdad con tropiezos? ¿Un deseo silencioso?*
- *... enfermo o sólo meditabundo; olvidando con un don de olvidar que hacía de cada una de sus palabras, pronunciadas de distinto modo, una sorpresa, una última verdad, quizás una penosa espera. Y, sin embargo, fuerte, inquebrantable.*
- *Deseaba decírselo: esa forma misma de pensarlo al decirlo — ¿a quién? o al decir que lo diría— ¿a quién?, aun habiéndola recibido o creyendo haberla recibido de ese punto en el que le parecía que, ficticiamente, podría situar-*

lo, le ayudaba todavía a retenerlo, Y es que había que estar allí, en ese lugar donde tenía que permanecer, como si se lo hubieran asignado a modo de residencia, para que el otro estuviese allá, inmóvil, inmutable, pero siempre difícil de reconocer, como si el derecho a la identidad le hubiera sido negado y concedido al mismo tiempo.

Deseaba decírselo: pero ¿cómo se puede desear hablar sin que el deseo, y siempre de antemano, destruya el habla, incluso el deseo más tranquilo del habla más tranquila? Y, no obstante, deseaba decirlo, lo diría.

• *¿Con qué derecho, gracias a qué poder usurpado, había proyectado dicho encuentro y cómo, al proyectarlo, lo había hecho inevitable o, por el contrario, imposible? «Era sólo un pensamiento.» — «Seguro.» — «Pero también un deseo; algo que sólo se podía pensar deseándolo.» — «Sin poder pensarlo, sin estar seguro de desearlo.» — «Aun a riesgo de hablar de ello, con la sospecha de que hablar de ello era hablar prematuramente, con una indiscreción poco afortunada.» — «Afortunada también; era preciso hacerlo.» — «¿Lo era?» — «Lo sabremos más tarde.» — «Lo sabremos demasiado tarde.»*

Hablar, desear, encontrar: se daba cuenta de que, al jugar con estas tres palabras (introduciendo, así, la cuarta que faltaba, el juego de la falta), no podía presentar una ni con antelación ni con preferencia a las otras dos, salvo si jugarla en primer lugar no significaba en modo alguno concederle el papel principal, ni siquiera el de una carta sacrificada con fines estratégicos. Un juego que quizá consistiría en mantenerlas juntas, sin poder concebirlas como elementos de igual valor, ni de valor desigual, ni como los datos emparentados de un *mismo* juego —lo que de entrada destruía el juego, a menos que éste, convirtiéndose en juego de destrucción, adquiriese de inmediato, así, una preeminencia de inmediato culpable—. Pero sigue siendo verdad: él tuvo que encontrarse con ellos (de una forma o de otra, poco importa) para que fuera posible hablar de ellos; tuvo que encontrarse con

ellos para desear encontrárselos (o para presentir que hubiera podido desearlo) y, para encontrárselos (incluso aunque no se encuentre jamás con ellos), el deseo tuvo que prepararle a ello y el habla disponerle, con el espacio que ambos detentan y sin el vacío con el cual el encuentro se colmaría y se cumpliría, al modo de un acontecimiento histórico.

- *En la fría dicha de su memoria, como si la memoria fuese de todos y el olvido de nadie.*

- *¿Acaso lo ha olvidado, el encuentro siempre por venir que, sin embargo, ya ha tenido lugar siempre, en un pasado eterno, eternamente sin presente? ¿Cómo hubiera podido alcanzar el instante de una presencia, si la astucia del tiempo —el de ellos— consistiese en privarles de toda relación con un presente? Ley estricta, la más superior de las leyes, hasta tal punto que, al estar a su vez sometida a éste, no podría hallar el momento de aplicarse ni, al aplicarse, de afirmarse. ¿Con una excepción? ¿Acaso dicha excepción, precisa e insidiosamente brindada, no era una tentación destinada a tentar a la ley, como el pensamiento de que, aunque sólo fuese con esas tres palabras, él remataría dicho pensamiento?*

- Has de saber sólo —exhortación que no se presenta— que la ley del retorno, válida para todo el pasado y para todo el porvenir, no te permitirá jamás, salvo debido a un malentendido, agenciarte un lugar en un presente posible, ni dejar que ninguna presencia venga hasta ti.

- *«Tengo miedo»: eso es lo que a veces le oía decir, apenas había franqueado el umbral, y lo que espantaba era el habla sosegada que parecía no recurrir al «mí» más que para tener miedo.*

- El eterno retorno de lo mismo: lo mismo, es decir el mí mismo en la medida en que resume la regla de identidad,

es decir, el mí presente. Pero la exigencia del retorno, al excluir del tiempo todo modo presente, no liberaba jamás un ahora en donde lo mismo volvería a lo mismo, al mí mismo.

- El eterno retorno de lo mismo: como si el retorno, irónicamente propuesto cómo ley de lo mismo, donde lo mismo sería soberano, no convirtiese necesariamente al tiempo en un juego infinito con dos entradas (dadas como una pero nunca unificadas): porvenir ya siempre pasado, pasado siempre aún por venir, de donde la tercera instancia, el instante de la presencia, al excluirse, excluiría toda posibilidad idéntica.

Según la ley del retorno, allí donde, entre pasado y porvenir, nada se conjuga ¿cómo saltar del uno al otro, cuando la regla no permite el tránsito, ni siquiera el de un salto? Se dice que el pasado sería lo mismo que el porvenir. Lo que daría, por consiguiente, una sola modalidad, o una doble modalidad que funcionaría de forma tal que la identidad, diferida, regularía la diferencia. Pero la exigencia del retorno sería que, «*bajo una falsa apariencia de presente*», la ambigüedad pasado–porvenir separa de forma invisible el porvenir del pasado.

- *Sabían —según la ley del retorno— que sólo el nombre, el acontecimiento, la figura de la muerte otorgarían, en el momento de desaparecer en ella, un derecho de presencia. Por eso, se decían inmortales.*

- Ya sea un pasado o un porvenir, sin que nada permita entre ambos el tránsito, de modo que la línea de demarcación los desmarcaría tanto más cuanto que ésta permanecería invisible: esperanza de un pasado, caducidad de un porvenir. Del tiempo sólo quedaría, entonces, esa línea que hay que franquear, ya siempre franqueada, infranqueable no obstante y, con respecto a «mí», no situable. La imposibilidad de situar dicha línea: quizás eso es lo único que denominaríamos el «presente».

La ley del retorno, al suponer que «todo» retornará, parece plantear el tiempo como rematado: el círculo fuera de circulación de todos los círculos; pero, en la medida en que rompe el anillo por la mitad, propone un tiempo no ya inacabado sino, por el contrario, finito, salvo en ese punto actual, el único que creemos detentar y que, al faltar, introduce la ruptura de infinitud, obligándonos a vivir como en un estado de muerte perpetua.

- *Por habérsele escapado siempre el presente, el acontecimiento ha desaparecido siempre sin dejar más huella que la de una esperanza para el pasado, hasta el punto de convertir el porvenir en la profecía de un pasado vacío.*

- El pasado (vacío), el futuro (vacío), bajo la engañosa luz del presente: únicos episodios que hay que inscribir en y con la ausencia del libro.

- *La estancia era sombría, no es que fuera oscura: la luz era casi demasiado visible, no alumbraba.*

- *El habla sosegada, portadora del miedo.*

- *Lo sabía (de acuerdo quizá con la ley):* el pasado está vacío y sólo el juego múltiple de reverberación, la ilusión de que pueda haber un presente destinado a pasar y a retenerse en el pasado, conduciría a creerlo colmado de acontecimientos, creencia que lo haría parecer menos enemistoso, menos espantoso: así, en cuanto pasado habitado, aunque sea por fantasmas, concedería el derecho de vivir inocentemente (en el modo narrativo que permite evocar una vez, dos veces, tantas veces como una vez puede repetirse) aquello mismo que, sin embargo, se ofrece como revocado por siempre jamás y, al mismo tiempo, como irrevocable. Lo que hace reflexionar sobre ello (¿cómo reflexionar, en verdad, sobre ello, reflejándolo, restituyéndolo a una cierta flexibilidad?). La irrevocabilidad sería el rasgo con el que el vacío del pasado mar-

ca, considerando que son imposibles de ser nuevamente vividos y, por consiguiente, que ya han sido vividos en un presente insituable, los remedos de acontecimientos que sólo están ahí para tapar el vacío, para hechizarlo ocultándolo, anunciándolo a pesar de todo con el indicio de Reversibilidad. Lo irrevocable no es, pues, en modo alguno, o no solamente, el hecho de que lo que ha tenido lugar ha tenido lugar por siempre jamás: es, quizás, el recurso —ciertamente, extraño— que utiliza el pasado para advertirnos (con cuidado) que está vacío y que el vencimiento —la caída infinita, frágil— que designa, ese pozo infinitamente profundo en el que, de haberlos, los acontecimientos caerían uno tras otro, no significa más que el vacío del pozo, la profundidad de lo que carece de fondo. Es irrevocable, indeleble, sí: imborrable, pero porque nada está inscrito en él.

La irrevocabilidad sería el deslizamiento que, vertiginosamente, hace caer, en un instante, en el presente más recóndito, en lo absoluto del no-presente, lo que «acaba de acaecer».

Con la irrevocabilidad, lo que apenas acaba de tener lugar resbalaría y caería inmediatamente (nada más rápido) en «lo espantosamente antiguo», allí donde nada fue nunca presente. La irrevocabilidad, desde esta perspectiva, sería el deslizamiento o la frágil caída que abole el tiempo en el tiempo, que borra la diferencia de lo próximo y de lo lejano, los indicios de referencia, las medidas llamadas temporales (todo lo que vuelve contemporáneo) y sepulta todo en el no-tiempo de donde nada puede retornar, menos por falta de un retorno que porque nada cae en él, salvo la ilusión de caer.

- Admitamos que los acontecimientos no son «reales» más que en (el) pasado, máquina que funciona de forma tal que podamos recordar, con una memoria bien dispuesta, si bien con una ligera duda, todo lo que el futuro pudiera prometernos o hacernos temer. Pero ¿acaso el pasado no es siempre menos rico que el porvenir y siem-

pre otro? Seguramente, a menos que, al ser el pasado lo infinitamente vacío y el porvenir lo infinitamente vacío, ambos no sean más que el modo oblicuo (la pantalla inclinada de una forma diferente) en que se brinda el vacío, simulando tan pronto lo posible–imposible como lo irrevocablo–caduco; a menos, asimismo, que la ley del eterno retorno no permita nunca más elección que vivir en (el) pasado el porvenir y en lo por venir el pasado sin que esto implique que pasado y porvenir sean llamados a intercambiarse de acuerdo con la circulación de lo mismo ya que, entre ambos, la interrupción, la falta de presencia, impediría toda comunicación que no fuera por medio de la interrupción: interrupción vivida ya sea como lo caduco del pasado o lo posible del porvenir, ya sea, precisamente, como la utopía increíble del eterno retorno. No se puede creer en el eterno retorno. Ésta es su única garantía, su «verificación». Tal es, allá, la exigencia de la ley.

- Si, en «lo espantosamente antiguo», nada estuvo jamás presente y si, apenas acaba de producirse, el acontecimiento, con la caída absoluta, frágil, cae en él inmediatamente, como nos lo anuncia el indicio de irrevocabilidad, ello se debe a que (de ahí nuestro frío presentimiento) el acontecimiento que creíamos haber vivido tampoco estuvo jamás vinculado por presencia alguna ni con nosotros ni con nada.

- *El vacío del futuro: la muerte halla ahí nuestro porvenir. El vacío del pasado: la muerte halla ahí su tumba.*

- *En cierto modo, la ley del retorno —el eterno retorno de lo Mismo—, en cuanto nos acercamos a ella con el movimiento que procede de ella y que sería el tiempo de la escritura, si no hubiera que decir también y ante todo que la escritura detenta la exigencia del retorno, dicha ley —fuera de ley— nos conduciría a asumir (a soportar con la más pasiva pasividad, el paso [no] más allá) la*

temporalidad del tiempo de tal forma que ésta, al suprimir, o al hacer desaparecer, todo presente y toda presencia, haría desaparecer, o suprimiría, la instancia o la base a partir de la cual se pronuncia. Éste sería el movimiento de la irreversibilidad, en cuanto tal, siempre reversible (el laberinto). La revelación de Surlei,⁵ que revela que todo retorna, convierte el presente en el abismo en donde ninguna presencia ha tenido jamás lugar y en donde desde siempre se ha ido a pique el «todo retorna». La ley observa un riguroso mutismo sobre el presente y, con el presente, sobre el presente por venir que el futuro corriente —futuro presente— se aviene a ser. De forma que: en el futuro no retornará más que lo que no puede ser presente (el modo poético), lo mismo que en el pasado no ha retornado más que aquello que del pasado no perteneció jamás a un presente (el modo narrativo).

- Por un lado, «todo retorna» no permite ya esa escansión rítmica que aligera la relación con el tiempo que es el tiempo mismo en su temporalidad: el tiempo es cada vez «todo» el tiempo, al «mismo» tiempo, sin que «todo» y «mismo» puedan mantener aquí su poder rector; pasado, presente, porvenir, serían «todo uno», si no fuera porque, precisamente, la unidad, al venirse abajo, ha modificado también las distinciones entregándolas a la más escueta diferencia. Esto, en primer lugar. Pero, por otro lado, «todo retorna» no se controla con el despliegue en

5. Véase Nietzsche, F.: «Also sprach Zarathustra. Ein Buch für Alie und Keinen» (1) en *Ecce Homo*: «Voy a contar ahora la historia del *Zarathustra*. La concepción fundamental de la obra, el *pensamiento del eterno retorno*, esa fórmula suprema de afirmación a que se puede llegar en absoluto —es de agosto del año 1881: se encuentra anotado en una hoja a cuyo final está escrito: “A 6.000 pies más allá del hombre y del tiempo”. Aquel día caminaba yo junto al lago de Silvaplana a través de los bosques: junto a una imponente roca que se elevaba en forma de pirámide no lejos de Surlei, me detuve. Entonces me vino ese pensamiento...». (Traducción de A. Sánchez Pascual. Madrid, Alianza Editorial, 9ª ed., 1985, pág. 93.) [T.]

todos los sentidos que un eterno presente convertido en el lugar común del espacio podría hacer concebir. Al significar «todo retornará, todo ya y por siempre (ha) retornado, con la condición de que no sea, no haya sido jamás presente», *todo retorna* excluye «todo retorna», incluso bajo la forma de un «nada retornaría».

- La exigencia del retorno sería, pues, la exigencia de un tiempo sin presente, tiempo que sería también el de la escritura, tiempo futuro, tiempo pasado, que la radical disyunción (en ausencia de todo presente) de ambos, aunque fuesen los mismos, impide identificar de otro modo que no sea como la diferencia que la repetición sustenta.

La mayor diferencia que se da entre pasado y futuro es que el uno repetiría al otro sin la común medida de un presente: como si entre pasado y futuro reinase la ausencia de presente bajo la forma simplificada del olvido,

¿Qué es lo que retornará? Todo, *salvo* el presente, la posibilidad de una presencia.

- «*Usted retornará.*» — «*Yo retomaré.*» — «*Usted no retornará.*» — «*Cuando habla de este modo, comprendo lo que eso quiere decir: estoy aquí. Y comprendo que si usted ha estado aquí es hace tanto tiempo, en un tiempo tan remoto que no ha habido nunca presente alguno que correspondiese a ello.*» — «*Pero estoy aquí, como ve.*» — «*Sí, dijo con seriedad, estoy aquí, a condición de olvidarlo, recordándolo una vez, olvidándolo otra, pero dejando que el recuerdo y el olvido se desplieguen, se cierren sin nadie que recuerde, que olvide.*»

- Borrada antes de ser escrita. Quizás, se puede asumir la palabra huella como índice que indicaría, como si estuviese tachado, lo que, sin embargo, nunca fue trazado. Toda nuestra escritura —la de todos, si es que alguna vez ha sido escritura de todos— sería eso: el afán por lo que jamás fue escrito en (el) presente, sino en un pasado por venir.

- *«Hace tiempo que no le he visto.» Lo decía aunque yo acabase de dejarle; y es verdad que hacía falta tiempo, por poco grande que fuera la estancia que no obstante era espaciosa, para llegar hasta él, bordeando a lo largo una mesa, otra y, quizás, otra más, como si hubiese tenido que seguir una estrecha calle que atraviesa la ciudad.*
- *«Los querremos.» — «Los queremos ya.» — «No lo saben.» — «Ésa es la suerte que tenemos.» — «No saben nada de lo que esperamos de ellos.» — «Viven en la ignorancia: eso es lo que los hace tan bellos, tan llenos de vida.» — «Dan miedo.» — «Nosotros damos miedo.» Eran jóvenes, bellos, estaban llenos de vida: él aceptaba todas estas palabras, trampas tan inocentes que ni siquiera los fantasmas hubieran podido caer en ellas, sabiendo asimismo que muchas otras palabras hubieran podido caer en ellas, sabiendo asimismo que muchas otras palabras hubieran podido ser pronunciadas sin por ello atraerlos o alcanzarlos más fácilmente en aquello mismo que los preservaba. El único peligro, peligro de inocencia, procedía de ese derecho de ser varios, derecho que, al apartarlos de ser uno u otro, corría el riesgo de entregarlos suavemente a la llamada que no podían atender más que si eran varios: ¿Juntos? «No veremos nada tan bello.» — «¿Es el término que conviene?» — «Serán demasiado bellos para que alguien pueda darse cuenta de ello.» — «No creo que les guste que arreglemos las cosas en su lugar.» — «Ese lugar que, por dicha, no ocupan.» La dicha estaba allí, en efecto: una dicha que les protegía de todo. «No lo sabrán. Sólo juntos serán los más bellos.»*
- *Se sorprendía a sí mismo —melancólica sorpresa— esperando, temiendo: al límite de ambas palabras.*
- *(morir): una remota leyenda, una antigua palabra que no evocaba nada, a no ser el pensamiento que sueña que hay una modalidad del tiempo desconocida. Lograr la presencia, morir, dos expresiones igualmente hechizadas.*

• *La solicitud de su acogida residía quizás en esas palabras que él empezaba a recordar, justo después de haberle dejado: «Si, al venir aquí, encontrase esta pequeña habitación —pero no tan pequeña, puesto que había tres escalones que permitían bajar hacia la parte en donde, sin dejar de murmurar en un rincón, permanecía aguardándole—, si la encontrase por fin vacía, entonces ha de estar seguro de que, lejos de haberle fallado, me habré mostrado digno de su amistad.» — «Pero ¿no está vacía?» — «No del todo puesto que estamos en ella y sólo de la forma en que podría decirse de la ciudad que está vacía.» Desde ese día, quizás, y a fin de no exponerlo a semejante solicitud, no volvió a afrontar más que rara vez la posibilidad de hallar la habitación tal como hubiese estado si él no hubiese venido a saludar allí al menos silencioso de los anfitriones.*

• Una palabra dos veces palabra, es decir, muda, y esa palabra suavemente aligerada por aquello que sobre ella guarda silencio, sería una palabra de más que no resonaría. (El)lo posee ese sonido apagado, aunque podría ser representado, sucesivamente y con igual torpeza, tan pronto como una puerta maciza, condenada por los cerrojos que la cierran y que cualquiera podría rodear a fin de acceder al espacio infinito al que da acceso al tiempo que simula prohibirlo, tan pronto como no se sabe qué transparencia, qué vacío de universo donde todo —y toda habla— podría desaparecer, si la transparencia no fuese el más infranqueable de los obstáculos.

• *Se daba cuenta de que tenía que cargar con la verdad de un mí (sin cambiarla en algo que no fuese la abreviatura canónica de una regla de identidad), si quería ayudarle a mantenerse en esa transparencia nunca aún franqueada y que no le dejaba recibir más designación que la que, como por juego, habían elegido.*

• Todas las palabras son adultas. Sólo el espacio en donde resuenan, espacio infinitamente vacío como un jar-

dín en el que, mucho después de haber desaparecido, seguiría escuchándose el alegre griterío de los niños, la compañía hacia la muerte perpetua donde parecen nacer siempre.

- La transparencia que no se puede atravesar y de donde, sin embargo, no retorna ninguna reflexión, salvo como indicio de inflexibilidad.

- *Recordaba los primeros pasos, los primeros avisos, los signos imprevisibles de amistad, las tentaciones que no percibía en modo alguno. «¿Dónde los ha dejado? ¿Qué buscan? ¿Qué busca usted?» Ninguna búsqueda, y la estancia —con sus mesas colocadas unas detrás de otras— le liberaba del deseo de no encontrar nada. «El nombre que convendría..., el libro que se ha abierto..., la calle por la que caminan...» Era un susurro, la solitación engañosa. Y de pronto: ¡A reflexionar! «He estado reflexionando, pensando, que nos gustaban los lugares donde ha ocurrido algo.» — «Quiere decir, algo que se podría contar, rememorar.» — «No somos tan exigentes: algo.» — «Algo que atenuaría o reforzaría el sentimiento de hastío.» — «No nos aburrirnos.» — «Ni tan siquiera somos capaces de ello.»*

- (el)lo la apertura entredicha: eso es lo que indicaba ese nombre (que) apenas (era) una palabra y que lo designaba de una forma tan eminente no designando a nadie y, además, con una indicación indirecta pero que parecía referirse cada vez más indirectamente a ese punto preciso, determinado-indeterminado, un vacío de universo. Apertura entredicha: a condición de entender que era y no era la interdicción —bajo cualquier forma que fuese— que proporcionaría la posibilidad infinita de abrir.

Lo más difícil: no identificar ni fijar el (el)lo como si fuese lo mismo y estuviese siempre en el mismo lugar donde se ha decidido asirlo. El hecho de que (el)lo, en la frase más sencilla, esté un poco retirado de la frase y más bien en cada momento vacío que la articulación reserva

para su juego, lo destituye del papel de sujeto que parece aceptar. (El)lo se desdobra así redoblándose indefinidamente: el (el)lo sujeto, y que detenta dicha función al lanzar la frase, es como la coartada de otro (el)lo, el cual no jugaría ningún papel, no desempeñaría ninguna función, salvo la de permanecer desocupado repitiéndose invisiblemente en una serie infinita que el análisis trata de recuperar y que recobra cada vez a tiro pasado. Pero, para eso, lo que parece preciso es que, en un extremo de la cadena, hubiera, para encargarse de representar la regla de identidad, un mí mismo capaz de no estar allí más que para decir «yo».

- *El deseo de encontrarse con ellos le resultaba tan familiar como el silencio de la nieve en los tejados. Pero, él solo, no podía mantener el deseo vivo.*

- Es como si hubiera escrito en el margen de un libro que sería escrito mucho más tarde, en una época en la que los libros desaparecidos tiempo atrás, evocarían sólo un pasado espantosamente antiguo y como carente de habla, sin más habla que aquella voz susurrante de un pasado espantosamente antiguo.

- Como si hubiera sido preciso responder a una exigencia tanto más marcada que no exigía más que esa respuesta infinita.

- *En cierto modo*, es preciso que la presencia —la satisfacción absoluta— se cumpla con el remate del discurso para que el eterno retorno revele, bajo el velo del olvido, la exigencia de un tiempo sin presente, es decir, de otra modalidad totalmente distinta de afirmación. Seguramente, Nietzsche puede nacer antes de Hegel y, en efecto, cuando nace es siempre antes de Hegel. De ahí que cabe la tentación de llamar su locura: la relación necesariamente prematura, siempre anticipada, siempre inactual, sin nada, por consiguiente, que pueda proporcionarle

una seguridad basándola en una actualidad —sea ésta de ahora, del pasado (origen) o del porvenir (profética)—. Cuando nos contentamos con decir que la locura es una razón que se anticipa a la razón, se perjudica tanto a la locura como a la razón. Incluso la sentencia: «Estaban locos para que nosotros ya no tengamos que estarlo», que quizá Nietzsche hubiera podido aceptar, supone aún una serie de relaciones temporales sencillas, siempre unificables y conciliables en la concepción de un tiempo esencialmente único que, a su vez, se sustrae, en la medida en que es pensado, a su propio devenir, puesto que procede del gran sistema. Bajo esta luz, loco está aquel que es sabio antes de serlo, antes de tiempo. Pero la *otra* locura —la que no tiene un nombre que la encierre— sería una relación infinitamente múltiple que, incluso llamándola temporal, eludiría todo lo que la sometería al tiempo, aunque fuese como un fuera del tiempo. La locura no es llamada así más que por el lenguaje de la ley que, en el mejor de los casos, la señala como lo que la precedería, como lo que estaría siempre antes de la ley, la cual es en sí misma tal, sin embargo, que implica la imposibilidad de nada que pueda serle anterior. Por eso, no hay locura, sino que *habría* locura, pues su existencia como posibilidad real siempre debe ser puesta entre paréntesis y en un condicional sin condición. Lo cual es algo que la «locura» también admite, ya que el paréntesis es su locura, allí donde le gustaría meterlo todo, incluida ella misma.

- Nietzsche (si su nombre sirve para nombrar la ley del eterno retorno) y Hegel (si su nombre invita a pensar la presencia como todo y el todo como presencia) nos permiten esbozar una mitología: Nietzsche sólo puede venir después de Hegel, pero viene y vuelve a venir siempre antes de Hegel y siempre después de Hegel. Antes: porque, incluso pensada como lo absoluto, la presencia jamás ha reunido en sí misma la cumplida totalidad del saber; la Presencia se sabe absoluta, mas su saber sigue siendo un saber relativo, dado que no se ha cumplido prácticamen-

te y, por ello, se sabe sólo como un presente prácticamente no satisfecho, no reconciliado con la presencia como todo: de ahí que Hegel no sea aún más que un pseudoHegel. Y Nietzsche viene siempre después y, en dicho cumplimiento, su destrucción absoluta, de forma que, entonces, el eterno retorno, que afirma el futuro y el pasado como únicas instancias temporales y como instancias idénticas y sin relación y que libera el porvenir de todo presente y el pasado de toda presencia, hace añicos el pensamiento hasta esta afirmación infinita: en el futuro retornará infinitamente lo que bajo ninguna forma ni jamás podría ser presente, lo mismo que, en el pasado, infinitamente ha retornado lo que, del pasado, no ha pertenecido jamás ni bajo forma alguna a un presente. Para Nietzsche, ésta es, en lo sucesivo, la exigencia que hay que vivir y pensar. Y la escritura sola puede responder a semejante exigencia, con la condición de que el discurso, cumplido ya como logos, le retire toda base sobre la que podría declararse o sostenerse y la esponga a la amenaza, al vano prestigio de lo que ya nadie se atrevería a nombrar: escritura loca.

- La locura del «*todo retorna*»: posee un primer rasgo sencillo, como portadora de la extravagancia de formas o de relaciones que se excluyen. Formula, en lenguaje hegeliano, lo que no puede más que destruir dicho lenguaje. Sin embargo, dicha formulación no es un anacronismo accidental. El anacronismo es su necesidad: el «retraso ideológico» es su hora exacta, al igual que no puede destruir más que lo que se acaba y se cumple en ella y ello con el rigor del cumplimiento que la destruye a ella misma. «*Todo retorna*»: es el logos de la totalidad. Para que «todo» retorne es preciso que la totalidad haya recibido, del discurso y de la práctica, su sentido y la plena realización de su sentido. Y es preciso que el presente sea la instancia temporal única para que se afirme la totalidad de la presencia y como presencia. Pero «*todo retorna*» decide que lo infinito del retorno no puede tener la

forma de la circularidad del todo y decide que ningún retorno puede afirmarse en (el) presente (ya sea dicho presente futuro o ya sea un presente pasado), es decir, que no puede afirmarse más que excluyendo toda posibilidad y experiencia de una presencia o afirmando un tiempo sin presente: libre de toda afirmación, incluso en el caso de que ésta se refiera a un tiempo sin presente. El pensamiento del *todo retorna* piensa el tiempo destruyéndolo; ahora bien, gracias a dicha destrucción que parece reducirlo a dos instancias temporales, lo piensa como infinito, infinitud de ruptura o interrupción que sustituye la eternidad presente por una ausencia infinita.

Al decir esto, no decimos casi nada. No poseemos lenguaje alguno para afirmar el retorno de acuerdo con la exigencia desviada que nos llega de él, y el lenguaje se ha venido abajo en Nietzsche cuando, con un mortal deseo, él ha querido conducirlo hasta la afirmación imposible.

- *Despertar su atención: no tenía que hacer nada para eso; siempre alerta, hasta el punto que no parecía quedar de él más que el vacío de una vigilancia, la ausencia, no obstante distraída, de la falta de atención.*
- *La esperanza de transgredir la ley estaba ligada a la decepción que, en el movimiento mismo de transgresión, le conducía a dictar una ley semejante, aunque con más poder, que había que transgredir entonces de nuevo, sin esperanza de conseguirlo más que dictando de nuevo una ley siempre superior, lo cual convertía el tránsito infinito de la ley a su transgresión y el de dicha transgresión a otra ley en la única infracción capaz de mantener la eternidad de su deseo.*
- La suerte y la gracia, al compararlas, ayudan a determinar ciertas relaciones con la ley. La gracia es injusta, don injustificado que, aunque lo confirma, no tiene en cuenta el derecho. La ley, sin la gracia, no podría ser res-

petada, es decir, conservada, ni siquiera a distancia. Pero la ley, con su exigencia siempre absoluta y debido al límite que determina y que la determina, no soporta que la gracia venga gratuitamente en su ayuda para hacer posible su imposible observancia. La ley es la autoridad vacía, frente a la cual nadie en particular puede mantenerse y que no puede ser suavizada con la meditación, ese velo de gracia que haría tolerable aproximarse a ella.

La ley no puede transgredirse puesto que no existe más que con vistas a la transgresión–infracción y gracias a la ruptura que ésta cree producir, mientras que la infracción no hace más que justificar, volver justo lo que rompe o desafía. El círculo de la ley es el siguiente: es preciso que haya franqueamiento para que haya límite, pero sólo el límite, en la medida en que es infranqueable, requiere ser franqueado, afirma el deseo (el paso en falso) que ya siempre ha franqueado la línea con un movimiento imprevisible. El entredicho no se constituye más que por medio del deseo que sólo desearía con vistas a lo entredicho. Y el deseo es el entredicho que se libera deseándose, no ya como deseo por sí mismo entredicho, sino como deseo (de lo) entredicho que adquiere el brillo, la amabilidad, la *gracia* de lo deseable, aunque sea mortal. La ley se revela como lo que es: no tanto el mandamiento que se sanciona con la muerte cuanto la muerte misma con cara de ley, esa muerte de la que el deseo (contra la ley) no sólo no se aparta sino que se fija como última meta, deseando incluso morir, a fin de que la muerte, aunque sea como muerte del deseo, sea aún una muerte deseada, aquella que sustenta el deseo, al igual que el deseo paraliza la muerte. La ley mata. La muerte siempre es horizonte de la ley: si haces esto, morirás. La ley mata a aquel que no la observa, y observar es ya, asimismo, morir, morir a todas las posibilidades. Sin embargo, como la observancia —si la ley es Ley— es imposible y, en todo caso, siempre incierta, siempre incompleta, la muerte sigue siendo el único plazo del que sólo el amor de la muerte puede apartar, pues quien ama la muerte

vuelve vana la ley tornándola amable. Éste sería el rodeo de la gracia.

La gracia no salva de la muerte pero borra la mortal condenación convirtiendo el *saltus mortalis* —el impulso sin freno y sin medida— en el movimiento despreocupado que no se preocupa ni de la condenación ni de la salvación, siendo el don que ni pesa ni se pesa, don de la ligereza, don siempre lleno.

Pero ¿acaso la gracia no es siempre el don hecho por alguien, don único y de lo Único? ¿Acaso no se caracteriza por no ser la gracia más que por el recuerdo de su origen, por la relación siempre personal y siempre revocable, vivida como algo fugitivo y dichoso, con el poder de dar? La gracia no sería graciosa, gratuita, más que en aquel movimiento en el que la soberanía se concede y, a la vez, se olvida gracias a la amante evocación de y a aquel que la concede. En esto, es diferente de la ley. Pues ésta, incluso dada como el don por excelencia (el don de las Tablas), se afirma en cuanto ley y sin referencia a nada que sea más elevado: a ella sola, pura trascendencia. Por eso, no autoriza ninguna pregunta sobre ella ni más allá de ella, no espera más que respuestas, respuestas precisas, sobrias, austeras, no mecánicas, sino meditadas, estudiadas y que el estudio, la paciencia y la obediencia sin fin han vuelto siempre más y más justas. La ley —ley única y de lo Único— sólo es ley debido al olvido de su origen y a la exigencia que es la suya propia, al igual que tiende a no poseer más exterioridad que ella misma: en este sentido, es anónima y no designa la fuente de la que habría emergido más que con el agotamiento que, en el límite, ella misma representa.

La ley dice: «A pesar de ti», tuteo que no indica a nadie. La gracia dice: «Sin ti, sin que tengas arte ni parte y como en ausencia tuya», pero ese tuteo que parece no designar más que la carencia de alguien restaura la intimidad y la singularidad de la relación. En la suerte, ambos rasgos se alían. La suerte no acaece más que por el juego.

Y el juego no está destinado a nadie en particular. El que tiene la suerte no la tiene, ni la tiene por sí mismo ni en función de sí mismo. El «sin ti» de la suerte libera, con el tuteo, para el anonimato.

- La suerte no es más que otro nombre para el azar. Buena, mala, aún es suerte y, siempre, buena suerte. Lo mismo ocurre con la gracia que, a veces, es desgracia sin renunciar a la extrema buena gracia que debe a su «trascendencia». «Tengo suerte» quiere, por lo tanto, decir: «Tengo azar» o, con más precisión, entre «mí» y la necesidad de una ley existe esa relación de entredicho que, con seguridad, procede de la ley, pero que ya siempre se ha dado la vuelta hasta entredicho esta última, provocando así un nexo de ruptura. El entredicho golpea a la ley. Se trata aquí de un acontecimiento escandaloso. La ley se aplica a sí misma el entredicho, y así, del modo más astuto (la augusta astucia de la ley), restaura otra ley, más elevada, es decir, más distinta, en relación más decisiva con la alteridad de la que se supone, entonces, que procede la interdicción. El azar —o la suerte o la gracia que pone la ley entre paréntesis, de acuerdo con el tiempo fuera de tiempo— es reintroducido de esta forma bajo la jurisdicción de otra ley, hasta que ésta a su vez —y, a su vez... Queda por determinar en qué relación ni legal ni fortuita estaría el movimiento que siempre plantearía, a partir de la transgresión, *otra* ley, distinta, lo mismo que, a partir de la ley y como su otro, la transgresión, movimiento de alteridad, sin ley, sin azar, movimiento que no nombramos en modo alguno con lo negativo de dichas palabras.

«Tengo suerte.» Fórmula tan fuerte como descarada, pues la suerte desposee y desapropia. Lo cual, ¡jugador que pretendes hablar en nombre del juego!, vendría a decir: poseo lo que desposee, siendo la relación de desposesión. Lo que viene a decir que no hay suerte para la suerte y que la única suerte residiría en esa relación anónima que, a su vez, no podría ser llamada suerte o sólo aquella

suerte que no acaece, y con la que lo neutro jugaría dejando que ésta se burle de él.

- Trascendencia, transgresión: nombres demasiado próximos entre sí para que no nos hagan desconfiar ¿Acaso no sería la transgresión una manera menos comprometida de nombrar la «trascendencia» haciendo como que la aleja de su sentido teológico? Ya sea moral, lógica o filosófica, ¿acaso no sigue la transgresión haciendo alusión a lo que queda de sagrado tanto en el pensamiento del límite como en esa demarcación, imposible de ser pensada, que, en todo pensamiento, introduciría el franqueamiento nunca y siempre cumplido del límite? Incluso la noción de corte, en su rigor y estrictamente epistemológico, abre paso a todos los compromisos con un poder de rebasamiento (o de ruptura) que siempre estamos dispuestos a dejar nos sean concedidos, aunque sea a título de metáfora.

- La suerte mantiene una relación digna de mención no sólo con la ley. Con el deseo, tiene y no tiene la misma relación ambigua. Por un lado, esto es algo que no puede sorprendernos ya que tan pronto, y a la vez, la ley pretende que el deseo sólo puede darse en el espacio de juego hacia el que ella lo atrae con la baza del entredicho, como tan pronto, y a la vez, el deseo pretende convertir la ley en su juego o su juego en su propia ley o, asimismo, la ley en el mero producto de una falta o disminución del deseo. (Lo que, no obstante, conduce a la siguiente pregunta: ¿Acaso no sería el deseo ya siempre su propia carencia, el vacío mismo que lo haría infinito, carencia sin carencia?) Pero, por otro lado, suerte y deseo están lejos de poder intercambiarse. El deseo siempre está dispuesto a afirmar que la suerte no se da más que gracias al deseo. Y que el deseo es la única suerte: lo cual es conforme a la «ley» del deseo y a lo que queda de ley en el deseo —a lo que queda de no-deseante—. En cuanto a la suerte, aunque no renuncia a la relación con la pasión mortal-

mente deseante, afirma esto de otro modo: el deseo debe desear la suerte, sólo así es puro deseo.

Sin embargo, la suerte se burla de nosotros por medio de lo que la nombra, salvo si, en el mismo movimiento, «consiguiéramos» burlarnos de ella. Cuando *se escribe*: «Escribir es buscar la suerte», el que lo escribe se enfrenta, con la inconveniencia propia del caso, a todo el vigor de las oposiciones no controladas, pues, en primer lugar, hay que escribir esto y, por lo tanto, establecer, por medio de la proposición que abre la afirmación de escritura, una relación de suerte siempre secreta; y como la suerte es lo que no se busca, se trata de convertir la búsqueda no ya en el movimiento que conduciría a la suerte, sino más bien en la baza de la suerte, aquel círculo cerrado no cerrado del juego en el que reina la suerte sin ley con el estricto rigor regulado, no obstante, que delimita el espacio en el que la escritura entra en juego cuando, al buscar la suerte, no la logra nunca más que como aquello que, a su vez, busca la escritura para ser suerte.

Escribir es buscar la suerte, y la suerte es búsqueda de escritura si sólo es suerte con la marca que, de antemano aunque de forma invisible, responde a la línea de demarcación —el intervalo de irregularidad en donde suerte-mala suerte, juego-ley quedan *separados* por la cesura nula o infinita y, al mismo tiempo, *intercambiados* pero sin relación de reciprocidad, ni de simetría, ni siquiera de medida.

La suerte está a la búsqueda de la escritura, no lo olvidemos, y no olvidemos que lo que halla bajo la forma de escritura es, «por dicha», la mala suerte, la caída, los dados lanzados sin fin para no caer más que una vez (tachando, en esa única vez, la unidad, la totalidad de los golpes de suerte), puesto que, al caer y sólo al caer, conceden la marca.

La suerte es el nombre con el que el azar te atrae a fin de que no seas consciente de la multiplicidad no calificable en la que te pierde y sin más reglas que las que siempre lanzan de nuevo lo múltiple como juego: el juego de

lo múltiple. Juego cuya apuesta, al suprimir aquello que separa a la suerte de la mala suerte, consiste en volver a lanzar incesantemente la pluralidad. Jugar, entonces, es jugar *contra* la suerte y la mala suerte —la lógica binaria...— *a favor de* la pluralidad del juego. Pero ¿jugar? Sí, jugar, incluso aunque no puedas. Jugar es desear, desear sin deseo y, ya, desear jugar.

• *La pregunta que no le planteaba. «¿Qué haría usted si estuviese solo?» — «Entonces, la pregunta no se plantearía.» — «¿Quiere decir que no habría nadie para plantearla?» — «Ni nadie para responder a ella: no habría tiempo para ello.»*

• Para que haya juego de preguntas y respuestas, es preciso que el tiempo conserve su estructura unitaria con sus tres variables. La preponderancia del presente como pensamiento y como vida (presente intemporal y presencia a sí misma en la distancia viva) está quizás aún más marcada por la casi imposibilidad de no retrotraer el pasado y el futuro a una actualidad acaecida o por venir, es decir, de no pensar ambos como un presente consumado o por consumir. El acabamiento de la historia sería esta recuperación, en un presente en lo sucesivo actual, de toda posibilidad historial: el ser se piensa y se dice siempre en (el) presente. Cuando la afirmación del eterno retorno de lo mismo se impone a Nietzsche en esa revelación que le fulmina, en primer lugar parece privilegiar, otorgándole los colores del pasado y los colores del porvenir, la exigencia temporal del presente: lo que vivo hoy abre el tiempo hasta el fondo, concediéndomelo en ese presente único como el doble infinito que vendría a reunirse en él; si lo he vivido infinitas veces, si estoy llamado a revivirlo infinitas veces, estoy, aquí, sentado ante mi mesa, para la eternidad y para escribirlo eternamente: todo es presente en ese único instante que se repite, sin que haya nada que no sea esa repetición del Ser en su ser mismo. Pero, enseguida, Nietzsche pensó de que no ha-

bía nadie ante su mesa, ni ningún presente en el ser de lo mismo, ni ser alguno en su repetición. La afirmación del eterno retorno había provocado ya sea la ruina temporal, no dando pie a pensar más que la dispersión como pensamiento (el silencio ante los ojos abiertos del postrado hombre con camisa blanca), ya sea la ruina, quizá, aún más decisiva, del presente solo, aquejado en lo sucesivo por la prohibición y arrancada, asimismo, la raíz unitaria del conjunto. Como si la repetición del retorno no tuviera más función que poner entre paréntesis, al poner entre paréntesis el presente, el número 1 o la palabra ser, imponiendo de ese modo una alteración que ni nuestro lenguaje ni nuestra lógica son capaces de recibir. Pues, aun en el caso de que nos atreviésemos a designar, de forma convencional, el pasado dándole la cifra 0 y el futuro dándole la cifra 2, postulando la supresión, con el presente, de toda unidad, tendríamos todavía que marcar la potencia igual del 0 y del 2 en la distancia no marcada ni mensurable de su diferencia (tal como la concibe la exigencia por la cual futuro y pasado se afirmarían como mismos, si en la catástrofe del eterno retorno no hubiera desaparecido precisamente, con la forma del presente, todo denominador o numerador común) y marcar que dicha potencia igual no podría permitir identificarlos, ni siquiera pensarlos conjuntamente, pero tampoco excluirlos el uno del otro, ya que el eterno retorno dice también que uno sería el otro si, debido a una interrupción inadmisiblemente, la unidad del ser no hubiera dejado justamente de regir las relaciones.

- El pasado fue escrito, el porvenir será leído. Esto podría expresarse de la forma siguiente: lo que fue escrito en (el) pasado será leído en el porvenir, sin que ninguna relación de presencia pueda establecerse *entre* escritura y lectura.

- «*No puedo hacer nada mejor que confiar en su lealtad.*»
— «*Sin embargo, hace algo mejor, y con todo el derecho,*

pues, incluso aunque yo sea leal, ¿cómo arreglarnos ambos con una lealtad sin ley?»

- *No soy dueño del lenguaje. Lo escucho sólo en su borrarse, borrándome en él, hacia ese límite silencioso al que espera ser reconducido para hablar, allí donde falla la presencia lo mismo que falla allí donde el deseo conduce.*

- Un habla sin presencia, la perpetuidad de morir, la muerte de eternidad cuyo canto de Iglesia clama poderosamente para devolvernos la libertad, reconociendo en sí misma el espacio o el habla desde siempre privada de Dios, es decir, liberada de la presencia.

- Evoquemos el oscuro combate entre lenguaje y presencia, siempre perdido por ambos y, no obstante, ganado por la presencia, aunque no sea más que como presencia del lenguaje. Aunque el habla, en su perpetuo desvanecimiento, acarrea la muerte, el vacío, la ausencia, con ella siempre resucita lo que ella anula o suprime, incluso en aquel límite en el que ella misma se ausenta, ya sea porque no consigue agotar la presencia, ya sea porque, al agotarla, tiene entonces, bajo la negación, que afirmarse aún como presencia de habla que agota, pues, en vano la presencia. Quizás aquí sólo triunfa quien no combate. Porque acepta el lenguaje, la presencia se afirma en él, lo hace cómplice y partidario, exaltándolo hasta abrirlo de arriba abajo para que coincida con la apertura que es la presencia. Por consiguiente, al luchar por la presencia (al aceptar convertirse ingenuamente en el monumento conmemorativo de algo que allí se presenta), el lenguaje la destruye también pérfidamente. Esto ocurre gracias a la escritura. En apariencia, la escritura sólo está ahí a fin de conservar. La escritura marca y deja marcas. Lo que le es confiado, permanece. Con ella comienza la historia bajo forma institucional del libro y comienza el tiempo como inscripción en el cielo de los astros, por medio de las huellas terrestres, de los monumentos, de las obras.

La escritura es recuerdo, el recuerdo escrito prolonga la vida durante la muerte.

Pero ¿qué queda de la presencia cuando sólo puede retenerse gracias a ese lenguaje en el que se apaga y se fija? Quizá sólo esta cuestión. No es seguro que la presencia mantenida por la escritura como escritura no sea ajena, en todo, a la «verdadera» presencia «viva», aquella que siempre es, en efecto, fuente de presencia, verdad de presencia, visión de presencia. La única relación que mantendría entonces la escritura con la presencia sería el sentido, relación de luz, relación, precisamente, que la exigencia de escribir tiende a romper no sometiéndose ya al signo.

La derrota que la escritura pretende infligir a la presencia, haciendo de ella no ya la presencia sino la subsistencia o sustancia, es una derrota para sí misma. Desde este punto de vista, la escritura aliena la presencia (y se aliena). Instrumento y, como tal, mal instrumento; que sirve para comunicar, aunque comunique de forma imperfecta. Y si la presencia se aliena en ella es porque, incluso en la expresión de la que no se libera y que la encierra, mantiene su derecho a declararse sin expresarse. Ello bastaría para su triunfo.

• La escritura, la exigencia de escribir no lucha *contra* la presencia a favor de la ausencia, ni *por* ella al pretender preservarla o comunicarla. Escribir ni se cumple en (el) presente, ni presenta, ni se presenta: y menos aún re-presenta, salvo para jugar con lo repetitivo que introduce en el juego, con respecto a todo poder de empezar, la anterioridad temporalmente inasequible de volver a empezar, como si el re-presentante jugase, en la multiplicidad por demás que la palabra indica, con una pluralidad siempre supuesta por el retorno, sin adelantarse a una presencia todavía por venir ni asignarla tampoco al pasado. Escribir, en este sentido, es siempre, ante todo, reescribir, y reescribir no remite a ninguna escritura previa, como tampoco a una anterioridad de habla o de presencia o de

significación. Reescribir, desdoblamiento que siempre precede a la unidad o que la suprime delimitándola: reescribir se mantiene apartado de toda iniciativa de producción y no pretende producir *nada*, ni siquiera el pasado o el porvenir o el presente de escritura. Reescribir, al repetir lo que no tiene lugar, no tendrá lugar, no ha tenido lugar, se inscribe en un sistema no unificado de relaciones que se entrecruzan sin que ningún punto de intersección afirme su coincidencia, inscribiéndose así de acuerdo con la exigencia del retorno, la cual nos arranca a los modos de la temporalidad que siempre son medidos por una unidad de presencia.

Reescribir es un exceso, la relación suplementaria que, a fin de cuentas, no podría definirse por medio de nada respecto a lo cual se añadiría —excedente de nada y, sin embargo, por demás—. De ese modo se vuelven vanas todas las consideraciones de influencia, de causalidad, de modelo, de estilos o de falsificaciones —salvo en la medida en que el «plagio», tal como nos lo propone la ironía de Lautréamont, no puede venir después de un texto considerado inicial, aunque sea para iniciarlo a sí mismo, sino que lo repite como si no hubiese sido escrito, o repite el texto que no da lugar a saber si fue producido anteriormente, puesto que fue siempre y de antemano reproducido.

El «re» del retorno inscribe algo como el «ex», apertura de toda exterioridad: como si el retorno, lejos de acabar con él, marcase el exilio, el comienzo en su vuelta a empezar del éxodo. Retornar sería tornar de nuevo a excentrarse, a vagar. Sólo *permanece* la afirmación *nómada*.

- «*Siempre retorno.*» — «*Siempre y cuando halle usted en sí mismo la capacidad para permanecer lo más lejos posible.*» — «*Sólo aquí hallaré la lejanía.*»
- «*Ya le veo venir a usted, volviendo lentamente, allá entre otros que nos secundan con su soledad.*»

- *¿Había aún otro obstáculo que él no podría franquear para alcanzar el inmenso e incierto espacio, o bien dicho espacio oscuro y devastado (desierto serial) constituía el único impedimento, el obstáculo último?*

- *La voz sin voz, un susurro que, al no oírlo ya, él no sabía si seguía oyéndolo todavía, a veces vibración tan aguda que estaba seguro de ello: era el trazado chirriante de la tiza sobre la pizarra.*

- *Lo que saben, lo saben para nosotros. Y lo que nosotros sabemos, es para nadie o para nada.*

- Respecto a la exigencia de escribir, en la multiplicidad en la que se disemina, no hay en ella nada amistoso ni nada sagrado, los acontecimientos son inútiles, los días no están santificados, los hombres no son ni divinos ni humanos. Sus portadores se transportan con ella y en ella desaparecen: incluso si su nombre, entonces, la nombra, ellos no son ni importantes ni grandes. En su disparatada pluralidad, y aunque pertenecientes a lo múltiple y sin otra realidad que la múltiple, se mantienen ajenos, los unos apartados de los otros, cruzándose sin encontrarse: tal es su soledad, una pluralidad que no los constituye ni a partir de su propia singularidad ni con vistas a una unidad superior.

Si la exigencia de escribir se busca en la existencia de aquellos que parecen consagrarse a ella, no hay biografía para la grafía. Si se busca en las obras: las unas, cerradas en su magnificencia, pretenden no brillar más que para sí mismas, para ellas cuyo secreto central no acepta traducción alguna, mientras que, abiertas, las obras siempre han dejado ya pasar el acto de escritura que las atraviesa, no utilizándolas más que para colmarlas momentáneamente. O también, afirmándose en un saber más general, el saber propio de la necesidad de las marcas, de las inscripciones, de los gestos, incluso de las huellas, saber mediante el cual dicha exigencia terminaría decidiendo

la ideología científica o, incluso, pronunciándose sobre la capacidad de las ciencias para lograr determinada científicidad. De este modo, la exigencia de escribir corre el riesgo de sumergirse en una problemática mal definida que la eterna metafísica recupera sin esfuerzo alguno introduciéndola en la esperanza de sus libros. ¿Qué puede hacerse, entonces, con ese movimiento que no se reconoce en nada que, a su vez, no pone en duda? ¿Mantenerlo, quizá, como una exigencia siempre de antemano agotada, es decir, como una repetición no viva, olvidando que no hay tiempo para escribir, si escribir siempre se ha adelantado bajo la forma de una reescritura?

- Amistad para con la exigencia de escribir que excluye toda amistad.

- El anonimato después del nombre no es el anonimato sin nombre. El anonimato no consiste en rechazar el nombre retirándose de él. El anonimato plantea el nombre, lo deja vacío, como si el nombre no estuviese allí más que para ser atravesado porque el nombre no nombra, la no-unidad y la no-presencia de lo sin nombre. (El)lo que no designa nada, pero aguarda lo que se olvida en él, ayuda a cuestionar dicha exigencia de anonimato. ¿Acaso bastaría, sin embargo, con decir que (el)lo, sin tener valor ni sentido por sí mismo, permitiría que todo lo que en él se inscribe se afirme con una determinación siempre diferente? O también ¿bastaría con atribuirle la función de un *analogon*, un modo de ausencia en el que se prendería toda imagen, el vacío de un símbolo, siempre dispuesto a colmarse de diversos sentidos posibles y siempre en falta? (El)lo no es tal que sólo recibiría la indeterminación de su sentido propio dejándose determinar por todo lo que se dijese, además de él, a través de él (lo mismo que, quizá, la palabra ser se alumbraba con la luz del sentido que surge al ser pronunciada, pero sólo si algo que es, que será o no será —esto ocurre siempre, puede no ocurrir—, viene a su encuentro en el len-

guaje y, entonces, la deslumbra y la recubre sin cubrirla). (El)lo acoge el enigma del ser sin que éste pueda aplacar el suyo propio. (El)lo se pronuncia sin que haya posición o deposición de existencia, sin que la presencia o la ausencia lo afirmen, sin que la unidad de la palabra consiga extraerlo de ese estar entre dos aguas en el que se disemina. (El)lo no es «eso», pero lo neutro que lo marca (el [el]lo) reclama lo neutro), lo acompaña hacia el desplazamiento sin emplazamiento que lo destituye de todo lugar gramatical, especie de carencia que se gesta entre dos, varias y todas las palabras, gracias a lo cual éstas se interrumpen, pues de no ser así no significarían nada, pero eso las perturba constantemente incluso en el silencio en el que se apagan. El anonimato lo porta (el)lo, que dice siempre el nombre de antemano olvidado.

- Escribimos para perder nuestro nombre, queriéndolo, sin quererlo, y, en efecto, sabemos que otro nos es dado necesariamente a cambio pero ¿cuál? El signo colectivo que nos envía el anonimato (puesto que ese nuevo nombre —el mismo— no expresa más que la lectura sin nombre, jamás centrada en tal lector designado por su nombre, ni siquiera una posibilidad única de leer). De este modo, el nombre que nos hace vanidosos o desdichados es la marca de nuestra pertenencia a aquello que carece de nombre, aquello de donde nada emerge: la nada pública —la inscripción que se borra sobre una tumba ausente.

- La vana lucha por el anonimato. La impersonalidad no basta para garantizar el anonimato. La obra, aunque carezca de autor y esté siempre evolucionando con respecto a sí misma, delimita un espacio que atrae a los nombres, una posibilidad cada vez determinada de lectura, un sistema de referencias, una teoría que se apropia de ella, un sentido que la alumbra. Ciertamente, hemos acabado (aunque tampoco es seguro) con los grandes nombres. Al mismo tiempo que Nietzsche —todavía un nombre muy grande—, reconocemos que la obra, la del artista o la del

filósofo, sólo inventa a toro pasado a aquel que, habiéndola creado, *tiene que* haberla creado; sabemos que la obra, en su necesidad histórica, siempre está modificada, transformada, atravesada, separada de sí misma, devuelta a su afuera, por todas las obras que parecen venir después de ella, de acuerdo con un movimiento de recurrencia cuyo modelo ha sido proporcionado por Hegel. No nos dejamos engañar por el presente que pretende que creamos en una autoridad que poseeríamos o en una influencia que ejerceríamos, y aún nos importa menos el pasado, aún menos presumimos (de) un porvenir. Calamos la supuesta responsabilidad impersonal de los grupos en los que siempre se afirma, bien secreta, bien directamente, el derecho de algunos de dirigir aumentando su nombre con el del grupo. El «culto de la personalidad» no empieza con la persona que se coloca por encima de los demás a fin de encarnar una verdad histórica. Comienza con esa verdad misma, ya sea la del partido, la del país, la del mundo, verdad que, desde que se inmoviliza, está siempre dispuesta a unificarse en un nombre, en una persona, en un pueblo o en una época. ¿Cómo alcanzar, pues, ese anonimato, cuyo único modo de acercamiento es la *ofuscación*, obsesión incierta que siempre desposee?

La exterioridad que excluye todo exterior y todo interior, lo mismo que precede, sucediéndoles y arruinándolos a todo comienzo y a todo fin, y que, en cuanto tal se esquivo tras la revelación que la representa a la vez como ley, allí donde toda ley desfallece, y como retorno, allí donde falla toda venida, como mismo eterno, cuando la no-identidad se desmarca en ella sin continuidad, sin interrupción, como repetición allí donde nada se cuenta: éste es el «concepto» (no conceptualizable) que debería ayudarnos a nosotros, los designados por nuestro nombre, a mantenernos cerca del anfitrión inhóspito que siempre nos ha precedido en nuestra casa o en nuestro yo, lo mismo que siempre nos ha retirado de nuestra mejor o más culpable intimidad a fin de vincularnos, medio

complacientes, medio moribundos, a esa relación misma que se desploma en anónima pasión.

Hemos de comprender que jamás nos veremos libres del nombre por muy marcados que estemos por el anonimato preoriginal. El anonimato nos es conferido en el nombre mismo, sin liberarnos para nada de nosotros, ni de nuestra identidad ni de ese semblante que, para negarse a todo contacto, necesita lo que carece de rostro, de mirada, máscara que transforma todo en máscara y que nada desenmascara. Cuanto más fuerte es el nombre y cuanto más justificado resulta, tanto más pie da a la perversión de lo anónimo; cuanto más prestigio, más fuerza creadora, más verdad indubitable se presentan en un nombre, tanto más se prestan a denunciarse como el error o la injusticia que ha fructificado a expensas de lo que carece de nombre. Pero, en cambio, todo ocurre como si lo anónimo, sombra cuya luz ignoraría que sólo resplandece para proyectarla, dispusiera toda la comedia de las glorias, de los poderes y de las santidades, a fin de acercarse a nosotros, haciéndonos señas por medio de la significación y allí, precisamente, donde no hay signo alguno.

Cuando firmamos, afirmando nuestra identidad, nos convertimos en responsables mucho más allá de dicho signo, hasta el punto de que dicha responsabilidad nos ha apartado desde siempre, firmando para desapropiarnos, como un falsario que no se haría pasar por verdadero pero que haría estallar lo verdadero en falso. El insigne elemento: aquello que nunca puede aparecer solo y que el acto de firmar, designar, significar, introduce fraudulentamente, frío clandestino que jamás se deja sorprender, doble anterior, sombra sin luz, con el matiz de que la sombra utiliza siempre una claridad para mostrarse o para esquivarse, y entonces parece seguirla.

- ¿Nos acercamos a lo anónimo si cedemos (suponiendo que en nosotros haya suficiente pasividad para semejante concesión) al atractivo del morir, incluso del pensa-

miento? Si pensar fuese hundirse en la nada, ¡con qué dicha, con que espanto, pensaríamos! Pero, al hundirnos por medio del pensamiento, inmediatamente nos elevamos a nuestra posibilidad más alta.

- Pienso en cuando se pasa lista de los nombres en los campos (de concentración). Nombrar sustenta el juego mortal del habla. Lo arbitrario del nombre, el anonimato que lo precede o lo acompaña, la impersonalidad de la nominación estallan al modo de *algo terrible*, en esa situación en la que el lenguaje juega su papel mortífero. El nombre propio —un número— queda desapropiado por el poder mismo que lo designa y por el poder del lenguaje interminable. ¿Qué significa aquí el «nombre propio»? No ya el derecho de estar allí en persona sino, por el contrario, la espantosa obligación debido a la cual aquello que hubiera querido preservarse a título de desdicha privada es sacado en plena plaza pública, en medio del *frío*, del agotamiento del afuera y sin que nada pueda asegurar un refugio. El entredicho de poseer algo propio y de conservar algo que a uno le concierna es pronunciado con la proclamación del nombre o de lo que hace las veces de él. El pasar lista en los campos pone de manifiesto, ciertamente de un modo que no da lugar a ningún tapujo decente, el sentido de toda formalidad del estado civil (y de toda verificación de la identidad, la cual da lugar, en nuestras refinadas civilizaciones, a todas las violencias y privaciones de libertad policiales). El lenguaje no comunica sino que pone al desnudo y lo hace de acuerdo con la desnudez —el sacar afuera— que le es propia y que sólo se puede mitigar, es decir, pervertir, con ese rodeo que es el juego de dicho «afuera» siempre oblicuo, juego asimismo y, ante todo, del lenguaje sin derecho ni dirección, indirecto como *por juego*.

- *Aparecen, desaparecen, semejantes, entre la multitud de los semejantes: únicos en cuanto repetición. Sin domicilio ni ciudad, allá van, indiscernibles entre todos. Caminantes*

al infinito, si no dejan huella, gracias a ello los reconocerás sin descubrirlos.

- Si es verdad que hay (en la lengua china) un carácter de escritura que indica a la vez «hombre» y «dos», resulta fácil reconocer en el hombre a aquel que es siempre sí mismo y el otro, la dichosa dualidad del diálogo y la posibilidad de la comunicación. Pero resulta menos fácil, más importante quizás, pensar «hombre», es decir, también «dos», como el hiato⁶ que carece de unidad y, entonces, el salto del 0 a la dualidad, el 1, se brindan como lo entredicho, como lo (que está) entre-dos.

Podemos prestar a Confucio, cuando habla de la medida y del medio, el siguiente pensamiento: «Medida y medio son lo extremo del hombre». Si el medio es lo extremo, el centro jamás está en medio. Nadie detenta la medida, que no tiene relación más que con nadie.

¿Devolver a las palabras su sentido? ¿No devolver las palabras al Sentido?

Si, al pensar el medio como justo medio, aprovechamos para excluir los extremos y para rechazar que las «cosas últimas» tengan derecho a ser pensadas, entonces el medio se convierte en límite, y pensar la medida es pensar al límite. No pensar el Uno sigue siendo, no obstante, dejarse conducir por el Uno hasta el umbral de la indiferencia.

- No escribir una sola línea (como Sócrates) no es, quizá, privilegiar el habla, sino escribir por defecto y de antemano puesto que, en dicha abstención, se prepara y se decide al espacio de escritura en el que ya se ejercita Platón.

6. En francés, *l'écart*, que he traducido por «hiato» que, en una acepción relativamente poco usual, significa «abertura, grieta». «Grieta», a su vez, es la palabra que he utilizado para traducir *l'écartement*, optando, finalmente, por traducir *l'écart* por «separado». [T.]

- Pensar el eterno retorno es seducir el pensamiento tentándolo con una apariencia de tautología — la ensoñación de lo mismo, la aridez de una identidad lógica, promesa de una coherencia que se descompone así: la promesa tiene lugar en un lenguaje, mientras que la coherencia que se pretende lograr necesita otro lenguaje que, en su alteridad, anula la promesa y arruina el habla que debería cumplir con ella.

«Ha sido efectuada una promesa. — Pero ya (ha sido) arruinada por el habla que la propone, puesto que promete, suprimiendo todo presente, la imposibilidad de un porvenir corriente, conforme con el orden en el que podría cumplirse, desplegarse como pro-mesa.»

La formulación del eterno retorno se hace necesariamente en otro tiempo, distinto de aquel en el que «se verifica»: en el lenguaje, el nuestro, en el que siempre hay que hablar del tiempo como futuro, presente, pasado. Nietzsche está loco cada vez que trata de afirmar rigurosamente su afirmación; pero, en el lenguaje silencioso de su locura, en el que nos parece soportar las consecuencias de ese tránsito a otro lenguaje que se sustrae a las formas ordinarias de la temporalidad, aún sigue estando loco, loco con respecto a su locura misma tomada como «nueva razón» en la que aparece ingenuamente reconciliado con la coherencia de un pensamiento, como si siempre tuviera una locura, un lenguaje de retraso respecto a aquel con el que, ya siempre, le ha comprometido la formulación del retorno. ¿Loco? — Pero con otra locura, distinta de la nuestra, distinta de la suya.

- Si, para Hegel, tal como él dice, el concepto se establece como aquello a lo que no le basta la naturaleza, ¿cómo contentarse con el concepto como contentamiento absoluto? El eterno retorno marca el exceso que produce toda marca de la identidad, sin que la marca de dicho exceso suprima la identidad y sin que el exceso, marcado, liberado de la marca, quede nunca satisfecho por medio de ella.

• *«Henos aquí una vez más.» — «Eso es lo que nos hemos alegrado de decir cada vez, y la primera vez.» — «Cada encuentro era ya nuestro encuentro.» — «Lo comprendo, lo comprendería mejor si no supiera que siempre es demasiado tarde para encontrarse.» — «Demasiado tarde, es verdad, pero porque no hay momento justo.» — «¿Ha oído usted el sonido de sus voces?» — «Mejor que oigo la mía.» — «¡Siempre nos sorprenderán!»*

• *Él entra, habla con las palabras que ya están allí para acogerle, experimentando la misma dificultad para hablar que para callar.*

• *«De lo que me he enterado respecto de ellos es que, ya en otro tiempo, estaban próximos a nosotros, separados por casi nada, quizá sólo por el hecho de que no pueden demorarse, al menos en ninguna forma de presente que valga.» — «Pasan.» — «Siempre han pasado ya, pero se nos han escapado por muy poco.» — «Por eso los echamos más de menos.»*

«Nada les importa.» — «Yo no diría eso, diría que la importancia es lo que no les importa.»

En la manera de hablar, en la presencia mediante el habla, había algo verdadero a lo que ni siquiera el silencio bastaba para responder, a menos de abrirse de nuevo al silencio.

• El eterno retorno de lo mismo: el haber sido, repetición de un tendrá lugar como habiendo sido, no apunta hacia ninguna presencia, ni siquiera aunque fuera ésta remota. El eterno retorno diría eso, diría que, en el haber sido, no queda retenido ningún presente, salvo en dicho decir, si se dijese.

En este sentido, la necesidad de pensar el haber sido y el sobrevenir sin referencia ninguna a la presencia nos ha remitido siempre —apartados de toda proximidad— a la lejanía como hiato de todo hiato. La lejanía que distiende todo modo de ausencia y, también, de presencia.

Si se dice, a la manera de Parménides, «eso jamás ha sido ni jamás será, pues eso es», se libera apresuradamente al pasado y al porvenir de todo presente, ya que «aquello es» se brinda como no representándose jamás en el «haber sido» o en el «será».

(Incluso en la ley del eterno retorno, el pasado no puede repetir el porvenir *como* el porvenir repite el pasado. La repetición del pasado como porvenir libera con vistas a una modalidad totalmente otra, distinta —que se puede denominar profética—. En el pasado, lo que se brinda como repetición del porvenir no brinda el porvenir como repetición del pasado. La disimetría obra en la repetición misma. ¿Cómo pensar la disimetría a partir del eterno retorno? Esto es, quizás, lo más enigmático.)

- Lo fragmentario: ¿Qué nos viene de ahí, pregunta, exigencia, decisión práctica? No poder escribir ya más que en relación con lo fragmentario no es escribir con fragmentos, a menos que el fragmento sea, a su vez, un signo para lo fragmentario. Pensar lo fragmentario, pensarlo en relación con lo neutro, como si ambos se pronunciasen juntos, sin comunidad de presencia y como fuera el uno del otro. Lo fragmentario: escribir procede de lo fragmentario cuando todo ha sido dicho. Sería preciso el agotamiento del habla y por el habla, el fin de todo (de la presencia como todo) como logos, para que se pudiese re-marcar la escritura fragmentaria. Sin embargo, de este modo, escribiendo, no podemos liberarnos de una lógica de la totalidad considerándola como idealmente cumplida, a fin de mantener como «puro resto» una posibilidad de escritura, fuera de todo, sin empleo o sin término, cuyo estudio una lógica totalmente distinta, que aún resulta difícil de exponer (la de la repetición, de los límites y del retorno), pretendería garantizar. Lo que ya está decidido es que semejante escritura nunca será «pura» sino que, por el contrario, estará profundamente alterada, con una alteración que no podría ser definida (fijada) en función de una norma, no sólo porque coexiste siempre con

todas las formas de existencia, de habla, de pensamiento, de temporalidad, que son las únicas que la harían posible, sino porque excluye la consideración de una forma pura, es decir, un enfoque de sí misma como verdadera o propia hasta en su desapropiación; e, incluso, todos los movimientos que se utilizan por facilidad —el volver a empezar como comienzo, la desapropiación como autenticidad, la repetición como diferencia— nos mantienen en la lógica de la validez.

Lo fragmentario se enuncia, quizás, mejor en un lenguaje que no lo reconoce. Fragmentario: que no quiere decir ni el fragmento, parte de un todo, ni lo fragmentario en sí mismo. El aforismo, la sentencia, máxima, cita, pensamientos, temas, células verbales están quizás más lejos de él que el discurso infinitamente continuo cuyo contenido es «su propia continuidad», continuidad que no está segura de sí misma más que mostrándose como circular y sometiéndose, con dicho giro, al preliminar de un retorno cuya ley está afuera, afuera que es fuera-de-ley.

• *Él les seguía, sin estar seguro de no empujarlos ante sí, como si fueran grandes sombras apasionadas. Siguiéndoles, no siguiendo más que el atractivo que compañía con ellos: atraídos sólo hacia el atractivo. «Hostíguenos.» — «Descorazónenos.» Los compara con unas frases imprudentes, unidas por el azar, locas, y locas de estar juntas. «Jamás, antes, empleaba usted semejante palabra.» — «Pero ¿cuál sería dicha palabra?» — «Usted lo sabe.» — «No la emplearé, pues, esta vez.» — «Nos viene de ellos.» — «O ellos nos vienen de ella.» — «Y ella ¿de dónde nos vendría?»*

• *Con tono grave, como para recordarle que estaban allí sin más derecho que el de agotar dicho derecho hablando, sin más derecho que el de agotar el derecho a la palabra. «Somos incapaces de resistir mucho tiempo.» — «Sí, en el tiempo que no nos interesa.» — «Pero que nos lo concede bajo la forma de una conversación.»*

• *«Usted es su moderador.» — «En su inmovilidad, se desplazan constantemente.» — «Representan tal insistencia en tal ausencia de presente que su reaparición no puede ser más que la nuestra.»*

«¿Concederían importancia a nuestras palabras?» — «La respuesta supera mis fuerzas.» — «Pero respuesta a qué pregunta, si no es a aquella que sobrepasaría todas las fuerzas, incluidas las nuestras.»

• Al no ser el signo del límite como limitación de nosotros mismos o del lenguaje en función de la vida o de la vida en función del lenguaje, la exigencia de lo fragmentario se ofrece ahí, sin embargo, esquivándose, como juego de los límites, juego que aún no está en relación con limitación alguna. La exigencia de lo fragmentario: juego de los límites en el que ninguna limitación juega papel alguno; lo fragmentario, una disociación de límite y limitación, lo mismo que marca un hiato de la ley, hasta el punto que dicho hiato no queda retomado, comprendido, en la ley que, no obstante, es concebida como hiato.

• *«Lo que se propone usted sería una empresa peligrosa e incluso difícil si, precisamente, se la propusiese, pero lo mismo que nosotros no nos hemos propuesto vivir preguntándonos si disponíamos para ello de los medios necesarios —en cuanto lo preguntamos, faltan—, usted no se ha parado a saber si tenía la fuerza suficiente para llevar a cabo su empresa, si lo es.» — «Me lo he preguntado y me lo pregunto constantemente. Y la respuesta es: no tengo fuerza suficiente, tengo vacío suficiente para ello.»*

• La violencia trabaja el lenguaje y, sobre todo, el discurso de escritura, tanto más cuanto que el lenguaje esquivo dicho trabajo: esta acción de esquivarse pertenece asimismo a la violencia.

• Locura: supongamos un lenguaje del que dicha palabra estuviese excluida, otro en el que ésta, olvidada, estaría

en relación con todas las palabras, otro en el que la búsqueda pavorosa, entredicha, de esta sola palabra perdida y constantemente temible, constantemente interrogante, al orientar todas las posibilidades de habla, bastaría para someter el lenguaje a la única palabra que habría desertado de él. Suposición (loca, en verdad), pero, también, fácil: con tal de que dispongamos de una lengua en la que la locura sería brindada por un nombre. En general, nos preguntamos, por medio de experimentados practicantes, si, entre los hombres, éste o aquél cae bajo la sentencia de semejante palabra. Como mucho, mantenemos dicha palabra en una posición interrogativa: Hölderlin estaba loco, pero ¿lo estaba? O bien, dudamos en especializarla, no sólo por duda científica, sino para no inmovilizarla, al precisarla, en un saber cierto: incluso la esquizofrenia, al evocar la locura de los extremos, el hiato que, de antemano, nos aleja de nosotros mismos separándonos de todo poder de identidad, dice siempre demasiado acerca de aquella o pretende decir demasiado. La locura sería, pues, una palabra en perpetuo desacuerdo consigo misma e interrogativa de arriba abajo, hasta tal punto que pondría en tela de juicio su posibilidad y, con ella, la posibilidad del lenguaje que la incluiría y, por ende, también la interrogación en la medida en que pertenece al juego del lenguaje. Decir: Hölderlin está loco, es decir ¿está loco? Pero, a partir de ahí, es hacer que la locura resulte tan ajena a toda afirmación que sería incapaz de hallar un lenguaje sin hacer pesar sobre él la amenaza de la locura: el lenguaje, en cuanto tal, que se ha vuelto loco. El *lenguaje loco* sería, en toda habla, no sólo la posibilidad que la haría hablar con el riesgo de volverla no-hablante (riesgo sin el cual no hablaría), sino también el límite que detenta toda lengua y que, al no estar jamás fijado de antemano, ni ser teóricamente determinante, ni, menos aún, ser tal que se pudiera escribir: «Hay un límite», y, al estar, por lo tanto, fuera de todo «hay», no podría inscribirse más que a partir de su franqueamiento —el franqueamiento de lo infranqueable— y, a partir de

ahí, estaría entredicho. De ahí (quizás) el asombro que nos invade cuando nos enteramos, y nos enteramos de ello después de Hölderlin y después de Nietzsche, de que los griegos reconocían en Dionisos al «dios loco». Dicha expresión nos resulta más familiar al interpretarla de este modo: el dios que volvía loco o la locura que vuelve divino. Pero ¿el «dios loco»? ¿Cómo aceptar lo que sobreviene por la fuerza de semejante irregularidad? Un dios, no lejano, responsable de cierta sinrazón general, pero presente, la presencia misma, en su repentina revelación: ¿La presencia del dios loco? El dios loco: la presencia del afuera que, ya siempre, ha suprimido, entredicho, la presencia. Es decir, el enigma del eterno retorno.

- El hecho de que la locura esté presente en todo lenguaje no basta para establecer que no es omitida en él. El nombre podría eludirla en la medida en que el nombre como nombre confiere al lenguaje, que lo utiliza con vistas a una comunicación sosegada, el derecho de olvidar que, por medio de dicha palabra fuera de la palabra, se introduce la ruptura del lenguaje consigo mismo: ruptura que sólo *otro* lenguaje permitiría decir (sin, por lo demás, comunicarla).

Pero la locura, que rompe el lenguaje dejándolo aparentemente intacto, sólo lo deja intacto para llevar a cabo en él su invisible destrucción.

- Escribir es, quizás, no-escribir, reescribiendo —borrar (escribiendo por encima) lo que aún no está escrito y que la reescritura no sólo recobra, sino que restaura sosegadamente recobrándolo, obligando a pensar que había algo antes, una primera versión (rodeo) o, peor aún, un texto de origen y lanzándonos, así, en el proceso de la ilusión del desciframiento infinito.

- El habla es siempre discurso de autoridad (hablar es siempre hablar de acuerdo con la autoridad del habla). Pero el que escribe no detenta cetro alguno, ni siquiera

disfrazado de bastón de mendigo: ni apoyo ni recorrido alguno.

- «El secreto siempre atractivo de la vida es que la vida, que para todos nosotros carece de secreto y que ha revelado todas sus posibilidades, sigue siendo atractiva. — Debido a su límite mortal. — Debido al límite del que no se sabe si la vida no sería lo que la muerte tiene por límite. De modo que, al vivir, conoceríamos el extremo límite del morir, siempre y cuando se atravesase la vida —los traveses de la vida— de forma ilimitada, de acuerdo con el deseo mortal. — Sí, eso es. En la vida y por el deseo de vivir, entramos en contacto con el límite que la muerte trata de romper sin lograrlo. La vida sería el entredicho de la muerte: ¿Entredicho a la muerte?, salvo en que el entredicho sería la muerte misma.»

- *«No hablemos demasiado de ellos. Correríamos fatídicamente el riesgo de hablar de nosotros.» — «Conociéndolos, a través de nosotros, mejor de lo que nos conocemos a nosotros mismos, incluso aunque nos conozcamos en todo.»*

- Decir, decir en función de lo que hay que decir, implica un hiato que, sin embargo, no podemos determinar temporalmente, aunque se disponga en una especie de futuro pasivo, y es, asimismo, volver a decir según la fórmula ya dicha. Por lo tanto, es exigir la coexistencia imposible del pasado y del futuro en cuanto tales: es decir lanzarse en la afirmación del retorno.

El hiato puesto en marcha por el acto de escribir: ¡Cuánta pasividad, cuánta desocupación hacen falta para respetarlo y, así, traicionarlo! En la obligación ética, en la exigencia de la lucha histórica, en la afirmación escatológica, nada permite decidir si el alterado modo en el que el hiato parece proponerse lo restituye a la exigencia que lo excluye de toda afirmación pura o impura. Sí, ¿por qué no va a ser la «moral» el silencio que se impone en toda habla —lo que en ella obliga—, de manera que toda habla

sería moral, pero siempre imposible de ser recuperada en la moral (perdida a causa de ésta, que no es *capaz* de pronunciarse al respecto), escapándole al seguir resultándole desconocida?

- *«Aunque no haya razones para que venga usted aquí, me parece que, cada vez que viene, tiene una razón extraordinaria para venir.»*

- El nombre de Dios significa no sólo que lo que es nombrado con dicho nombre no pertenecería al lenguaje en el que ese nombre interviene, sino que dicho nombre, en cierto modo difícil de determinar, tampoco formaría parte de él, ni siquiera aparte. La idolatría del nombre, o únicamente la reverencia que lo vuelve impronunciable (sagrado), está relacionada con esa desaparición del *nombre* que el nombre mismo pone de manifiesto y que obliga a realzar el lenguaje en el que se oculta hasta considerarlo entredicho. Lejos de elevarnos a significaciones superiores, todas aquellas que la teología autoriza, dicho nombre no da lugar a nada que le sea propio: puro nombre que no nombra, sino que, más bien, queda siempre por nombrar, el nombre como nombre, ahora bien, y por eso mismo, en modo alguno un nombre, sin poder nominador, prendido como azarosamente al lenguaje y transmitiéndole así el poder —devastador— de no-designación que lo vincula consigo mismo.

Dios: el lenguaje no habla más que como enfermedad del lenguaje en tanto en cuanto está resquebrajado, estallado, descartado, desfallecimiento que el lenguaje recupera inmediatamente como su validez, su poder y su salud, recuperación que es su enfermedad más íntima, y de la que Dios, nombre siempre irrecuperable, que siempre queda por nombrar y que no nombra nada, trata de curarnos, curación por sí misma incurable.

- *Entre ellos, el miedo, el miedo compartido por todos y, con el miedo, el abismo del miedo por encima del cual se*

reúnen sin ser capaces de hacerlo, muriendo, cada cual, solo, de miedo.

- Si, para negar, ha que decir y, al decir, afirmar: si, por consiguiente, el lenguaje parece no poder liberarse de una primera afirmación (de modo que, cuando hablas ya eres prisionero, luchando siempre con retraso contra ella), de una enunciación que se afirma primero como habla y que afirma en el habla, habría que saber asimismo lo que quiere decir dicha afirmación, dicha enunciación. ¿Dice sólo lo que es (*el cielo es azul*)? O bien, al decir *el cielo es azul*, dice: antes de enunciar, y al enunciar, he transgredido la interdicción silenciosa convirtiéndola en una prescripción positiva, hablando, pues, en función de lo que hay que decir (el deber-decir). Sí, algo nos precede siempre cuando hablamos: el hiato mismo, que no es nada positivo ni enunciativo, que sería, más bien, el hiato del entre-decir que, habiéndolo fijado ya, no conocemos más que como interdicción. El deber-decir de la transgresión (que tampoco es una negación, el mero rechazo de una limitación), que parece hablar en toda habla, es lo que la agrava hasta acallarla.

Hablar es, obligándose a hablar, decir la obligación de un deber-decir (el derecho a la palabra, derecho sin derecho) que se pronuncia frente a la interdicción.

- *Al saber ambos que el otro iba a morir, todo se amplificaba gracias a una generosidad del espacio. Provocación nocturna, cuando la vigilia no se preocupa del tiempo.*

- Lo fragmentario. No hay experiencia de ello, en el sentido de que no es recibida bajo la forma alguna de presente y de que carecería de sujeto si tuviera lugar, excluyendo, pues, todo presente y toda presencia, lo mismo que ella sería excluida de ellos. Fragmentos, marcas de lo fragmentario, que remiten a lo fragmentario que no remite a nada y que carece de referencia propia, aunque da testimonio de ella; pedazos que no se componen, que no

forman parte de ningún conjunto, salvo para romperlo en pedazos, pedazos no ya separados o aislados sino, por el contrario, siempre múltiples sin multiplicar, efectos de hiato, hiato siempre apartado, la pasión de lo fragmentario, efectos de efectos.

- *Como si de ellos procediese un sentimiento independiente de ellos.*

- Escribir no está destinado a dejar huellas sino a borrar, por medio de las huellas, todas las huellas; a desaparecer en el espacio fragmentario de la escritura, más definitivamente de lo que se desaparece en la tumba; o también a destruir, a destruir de forma invisible, sin el estrépito de la destrucción.

Escribir de acuerdo con lo fragmentario destruye de forma invisible la superficie y la profundidad, lo real y lo posible, el arriba y el abajo, lo manifiesto y lo oculto. No hay, entonces, un discurso oculto que un discurso evidente preservaría, ni siquiera una pluralidad abierta de significaciones a la espera de la lectura interpretativa. Escribir al nivel del susurro incesante es exponerse a la decisión de una carencia que no se marca más que con un exceso sin lugar que resulta imposible situar, imposible distribuir en el espacio de los pensamientos, de los discursos y de los libros. Responder a dicha exigencia de escritura no es sólo oponer una carencia a una carencia o jugar con el vacío a fin de lograr algún efecto privativo, tampoco es sólo mantener o indicar un espacio en blanco entre dos o más afirmaciones-enunciaciones, ¿pero, entonces? quizás es, ante todo, conducir un espacio de lenguaje al límite a partir del cual retorna la irregularidad de otro espacio hablante, no hablante, que lo borra o lo interrumpe y al que sólo nos podemos aproximar gracias a su alteridad marcada con el efecto de borrarse.

- *Libérame del habla demasiado larga*

- Lo fragmentario no es experiencia, no es forma o sujeto de escritura, no es otro orden frente al orden del libro, ni siquiera como tránsito hacia un desorden y, sin embargo, es una oscura exigencia bajo cuyo atractivo, el espacio de escribir da lugar a unas marcas o puntos de singularidad por donde pasan múltiples recorridos (irregulares) que los hacen desaparecer como únicos al tiempo que los mantienen en posición de singularidad, de modo que una multiplicidad casi infinita de atajos puede repetirse allí, sin que la repetición suprima su marca de singularidad ni la disuelva en identidad. Es como si dicho espacio se brindase como correlativo o suplementario o, incluso, secundario (en este sentido inessential) y como si, al mismo tiempo, rechazase, hiciese estallar aquello de lo que es el correlato o el suplemento, secundario y, por lo tanto, sin prima. De ahí el trabajo de oscuridad que el recomenzar lleva a cabo y que lleva a cabo siempre de forma cada vez más oscura. Lectura y escritura se intercambian gracias a este «correlato» contra el cual luchan a fin de impedirlo, luchando asimismo contra su propio poder de producirlo o de restaurarlo.

No se trata de sustituir la escritura por la lectura ni de privilegiar ésta en detrimento de aquélla, sino de reduplicarlas para que la ley de la una sea el entredicho de la otra. Por medio de lo fragmentario, escribir, leer, cambian de función. Mientras escribir sea escribir un libro, dicho libro está, o bien acabado o sostenido por la lectura, o bien amenazado por ella, que tiende a reducirlo o a alterarlo, aunque, siempre y también por esencia, se le supone indemne en esa totalidad irreal (la obra, la obra maestra) que, de una vez por todas, ha constituido. Pero si escribir es disponer unas marcas de singularidad (fragmentos), a partir de las cuales se pueden indicar unos recorridos que ni las reúnen ni se reúnen con ellas, sino que se indican como su grieta —griega espacial de la que sólo conocemos el hiato: el hiato, sin saber de qué se aparta—, siempre existe el riesgo de que la lectura, en lugar de impulsar la multiplicidad de los recorridos trans-

versales, reconstituya, a partir de los mismos, una nueva totalidad o, peor aún, que busque, en el mundo de la presencia y del sentido, a qué realidad o a qué cosa que queda por completar corresponden los vacíos de ese espacio que se brinda como complementario, pero complementario de nada.

- Personajes: ocupan la posición de un personaje y, sin embargo, son puntos de singularidad (fuegos locales o de un lugar específico), inmóviles, aunque el recorrido de un movimiento en un espacio enrarecido, en el sentido de que casi nada puede ocurrir en él, se traza de unos a otros, recorrido múltiple debido al cual no cesan, fijos, de intercambiarse e, idénticos, de cambiar. Espacio enrarecido que el efecto de rareza tiende a volver infinito hasta el *límite* que no lo acota. El efecto de rareza es propio de lo fragmentario. Aquí, la muerte, lejos de constituir una obra, siempre se ha ocupado ya de su obra: mortal desocupación. De este modo, al tener siempre lugar allí donde es oportuno morir y, por consiguiente, como si fuera después de la muerte perpetua, la escritura de acuerdo con lo fragmentario pone en escena, sobre un fondo de ausencia, remedos de frases, restos de lenguaje, imitaciones de pensamientos, simulaciones de ser. Mentira que nada verdadero sostiene, olvido que no supone nada olvidado y que está desligado de toda memoria: sin certezas, jamás.

El deseo desviado en deseo. Como un choque de claridades.

- *Sin embargo, entre ellos y nosotros, estamos llamados a mantenemos hasta el final en una relación de fraternidad, próximos hasta el punto de no vivir más que expuestos a morir unos por otros, como en un suicidio recíproco en el que uno prolongaría su vida a fin de que el otro muera en ella más dulcemente.*

- *La fraternidad: les queremos, no podemos hacer nada por ellos, si no es ayudarles a alcanzar el umbral.*

El umbral, ¡qué indiscreto y pesado resultaría hablar de él como si fuese la muerte! En cierto modo y desde siempre, sabemos que la muerte sólo es una metáfora que nos ayuda a representarnos burdamente la idea de límite mientras que, precisamente, el límite excluye toda representación, toda «idea» de límite.

- *«¿De verdad queremos ocuparnos de ellos?» — «Ya han caído en nuestra desocupación.» — «Los vigilamos.» — «Pero ellos son quienes están vigilantes.» — «Los observamos, los cuidamos.»*

- La idea de umbral, como idea reguladora y a la manera de un concepto, es, pese a todo, general, mientras que el «umbral» no permite designar con la misma palabra «umbral ético», «umbral político», «umbral artístico», sin introducir de nuevo el umbral en el espacio común y disolverlo en él.

- *«No nos quieren, pues no saben nada de nosotros.» — «Es su manera de querernos, están a nuestro lado.»*

- *No decían: «Tengo miedo», sino «el miedo». E, inmediatamente, el miedo llenaba el universo.*

- *«Vivimos para ellos, que no saben nada de nosotros.» — «¡Ah! ellos también viven para nosotros, e incluso más, puesto que no lo saben.» — «Pero, ¿qué hacen con nuestra vida?»*

Había algo desconcertante en el hecho de sentirlos expuestos de ese modo y como entregados, debido al cuidado que, suponíamos, ponían en evitarnos.

Impenetrables, como si, con su transparencia, se esquivasen.

- Todo ha de borrarse, todo se borrará. Escribir tiene lugar y tiene su lugar de acuerdo con la exigencia infinita del borrarse.

¿Incluso aunque escribir deje huellas y que, al dejarlas, haga que dichas huellas se engendren o se produzcan a partir de la vida de las huellas? Se puede responder: escribir es avanzar, en el mundo de las huellas, hacia el borrarse de las huellas y de todas las huellas, pues las huellas se oponen a la totalidad y ya siempre se dispersan. Otra respuesta: escribir marca, pero no deja marcas. Para ser más precisos: entre marca y huellas hay tal diferencia que casi da cuenta de la equívoca suerte de la escritura. Escribir marca y deja huellas, pero las huellas no dependen de la marca y, en último término, no tienen relación con ella. Las huellas no remiten al momento de la marca, carecen de origen, pero no de fin, hasta en la permanencia que parece perpetuarlas. Son huellas que, aunque se mezclan y se sustituyen, están ahí para siempre y para siempre cortadas de aquello de lo que son huella, y su único ser es la pluralidad, como si no hubiera *una* huella sino huellas, nunca las mismas, y siempre repetidas. La *marca* de escritura. Marcar es, en cierto modo, no dejar marcas y sólo, gracias a esa activa carencia de marcas, carencia que hay que distribuir pluralmente en un espacio bien delimitado, exigir ya la línea de *demarcación* que no hay que franquear y exigirla, sin embargo, como, a partir de su franqueamiento, con vistas a un espacio totalmente *otro*. Marcar, por esa separación de la marca y de las huellas, es hacer que las huellas no remitan a la marca como a su comienzo y se multipliquen siempre y se superpongan, huella a huella, no para ser descifradas sino para borrarse pluralmente.

La marca: es faltar al presente y hacer que el presente falte. Y la huella, que siempre es huellas, no remite tampoco a ninguna presencia inicial que aún estaría presente, como resto o vestigio, allí donde ha desaparecido.

• *Por distraídos que puedan ser —y hasta un punto tal que no sabemos—, reclaman de nosotros más atención de la que jamás les concederemos.*

- Un habla brusca y fortuita, injusta y refinada (siempre sustraída al intercambio): siniestra posibilidad que es como el don del lenguaje inocente.

- *«¡Ah! ya no hablamos como hablábamos antaño.» — «¿Encuentra que estoy peor?» — «Muy mal.» — «Pues ya no cambiaré: ya no hay más que un cambio posible.» — «Morimos desde hace tanto tiempo y para tan poco tiempo.»*

- La época en que todas las verdades son historias, en que todas las historias son falsas: nada de presente, sólo lo actual.

- Escribir, obra de la ausencia de obra, producción que no produce más que (o a partir de) la ausencia de sujeto, marca que desmarca, infinitivo en donde el infinito que-rría jugarse hasta lo neutro: escribir no compete al presente ni lo hace surgir. Y, no obstante, escribir, si bien no se niega, si bien rechaza asimismo, y con menos ambigüedad aún, el modo pasado y el modo futuro de forma tal que haber escrito o escribirá no pueden sino *escribirse*, tiende, para atenuarse, a retenerse en un condicional sin condición (escribiría, habría escrito), permitiendo así ser proyectado en el cielo del ideal en el que, peligrosa e ilusoriamente, se realizaría lo irreal. En efecto, resulta peligroso: escribir sólo podría escribirse en condicional (¿acaso Mallarmé y, con él, todos nosotros, no hemos padecido dicho atractivo? «sería preciso no sé qué para ello»); la modestia del condicional es engañosa, pues parece que sólo pone en entredicho la flaqueza personal o que da testimonio de la posición de imposibilidad de la escritura (que sería imposible, no como lo es lo «real», sino como lo sería el Bien puro, salvo en el cielo), cuando, por el contrario, escribir tiene lugar, aunque sea nunca o rara vez, en todo instante en la ausencia de tiempo pero, precisamente, como lugar que precede a todo «tener lugar», como marca cuyas solas huellas conocemos,

huellas a partir de las cuales la consideramos como perdida, borrada o como un borrarse irrepresentable. De ahí las formulaciones con las que jugamos: escribir no es haber escrito, sería, en lo súbito que no deja huellas, haber escrito ya siempre como lo que siempre se escribirá de nuevo. Formulación no carente de autoridad puesto que, con ella, parece que hacemos añicos los modos articulados del presente, futuro, pasado, pero por medio de su propio uso. De ahí de nuevo escribir como respuesta a la afirmación del retorno e, inmediatamente, como aquello a lo que responde el retorno que no puede afirmarse más que bajo la forma de la escritura.

- «Escribir. — Más tarde. — Más tarde: lentamente, de acuerdo con la sencilla suavidad de lo interrumpido que no cuenta jamás con un futuro del tiempo como tampoco se plantea en el momento presente.»

- El «no todavía» del pensamiento, ese desfallecimiento del presente frente a lo que debería ser pensado, desfallecimiento siempre implicado en toda presencia de pensamiento, la ambigüedad de semejante «no todavía» no puede distribuir sus recursos cuando se trata de escribir.

Escribir arrastra, arranca, por la plural dispersión de su práctica, todo horizonte y todo cimiento, arrastrando con un arrebató que no tiene tiempo de desplegarse, que puede, por lo tanto, ser calificado de súbito, lo mismo que una marca que no tendría tiempo (disponiendo de todo el tiempo) de dejar huellas, arrastrando el límite que no es tal más que por la exigencia de un «ya siempre», prohibido a causa de la transgresión o infranqueable si, o desde que, ya es franqueado e inmediatamente, y al mismo tiempo, apartado de todo franqueamiento (de toda franqueza). El «no todavía» del pensamiento, el «ya siempre» de la escritura, se inscriben de acuerdo con los intervalos que ambos mantienen o ponen al descubierto, Pero que no se superponen.

- En apariencia, la escritura tiene la vida como soporte, lo mismo que el pensamiento detentaría el tiempo como el proceso de su cumplimiento.

- El poder esencial de desatender el hecho de que la escritura tiene la vida como soporte, ha sido facilitado y teóricamente justificado con el recurso de los libros. Los libros parecen estar ahí para preservar la escritura y para permitirle constituirse en un espacio propio, apartada y como hiato de toda vida. Escribir, al estar restringido a plantearse como expresión o afirmación de la vida, no ha contentado jamás ni a la escritura ni a la vida. Las categorías refinadas, las de la existencia, el juego del ser y del tiempo, brindadas a la cuestión de escribir, han podido servir para mantener «viva» dicha cuestión, pero sin hacernos ilusiones acerca de esa vida que se ha tomado prestada. La vida pone en tela de juicio la escritura que elude la vida o la reduce. Pero el litigio proviene de la escritura que deja a la vida la plenitud y a lo viviente, portador de vida, la presencia irrefutable, mientras que escribir puede muy bien proponerse como aquello que agotaría la vida a fin de inscribirse en el límite de la vida. Finalmente, la proposición deja lugar a esta otra, totalmente distinta: escribir no se escribe más que en el límite de la escritura, allí donde el libro, que no obstante está siempre allí, es la presión del fin (sin fin) de los libros.

- Escribir en el límite de la escritura: pero todo se ventila en la diferencia de estos términos repetidos. Diferencia que detenta la repetición misma cuya posibilidad escapa, puesto que depende de la diferencia, la cual se ha repetido ya siempre necesariamente, lo mismo que siempre se repetirá, sin poder ser dicha tal como se repite en (el) presente.

- *Cuando la atravesaba, la ciudad murmuraba constantemente dentro de él: tengo miedo, sé el testigo del miedo.*

- *Lleva consigo el miedo, el miedo no le pertenece; el miedo intransportable, sin nadie que lo sienta, destituido de todos, el miedo, la carencia del miedo.*

- *Miedo para el que tiene miedo, que no lo sabe: el derrumbado centro del miedo vacío.*

El miedo, el que no tiene la muerte como límite, ni siquiera la muerte infinita del prójimo; sin embargo, siento miedo por el prójimo que tiene miedo de morir, que morirá sin mí, en la lejanía de ese mí que en vano sustituiría al suyo.

- *Que el miedo me deje interrogar al miedo: «Pero ¿por qué tienes miedo?». — «No me lo preguntes: tengo miedo.» — «¿Tienes miedo, así, hasta el miedo?» — «Me lo preguntas, no deberías habérmelo preguntado.» — «Pero lo pregunto de la misma manera que tú tienes miedo: mi pregunta es tu miedo.»*

- *Al miedo lo llamamos mortal cuando nos usurpa la muerte hacia la que nos atrae pero, dado que el miedo siempre excede al mí tras el que se escuda, ausente tanto de quien lo tiene como del lenguaje que lo pronuncia, y nos convierte en extraños para con nosotros mismos, el miedo es el miedo de *alguien* que no se deja abordar y que la muerte aparta ya de nuestro socorro que, no obstante, es requerido, esperado.*

- *«Alguien que tiene miedo no lo sabe, no pide socorro.» — «Pero es por él por quien siento miedo, una vez y por siempre.»*

- *Decimos dolor, decimos desdicha. Pero, ¿y el miedo?*

- *El miedo: como si se acordase de esta palabra que le hace olvidarlo todo.*

- *El miedo es ese don que nos otorgarían en una ciudad póstuma: la posibilidad de sentir miedo por ellos: el mie-*

do otorgado en la palabra miedo; el miedo no experimentado.

- *Ni uno ni otro usaban de ardidés: él, dando parte de sus proyectos que suponían una vida aún intacta, la vida de todos los días prometida a todos, y él, no oyendo, no entendiendo más que el habla ya débil, incapaz, de hablar de otro modo que no fuera por defecto. Entre ambos, la responsabilidad del miedo.*

- *«Es verdad, tengo miedo.» — «Lo que dice usted con tanta tranquilidad.» — «Sin embargo, decirlo no mitiga el miedo: al contrario, es la palabra la que, en adelante, me da miedo; haberla dicho ya no me permite decir otra cosa.» — «Pero, yo también “tengo miedo”: a partir de esa palabra tan sosegada: como nadie, como si nadie tuviese miedo.» — «De ahora en adelante todo el lenguaje es el que tiene miedo.»*

- Ese miedo del lenguaje le incumbía no ver en él más que la posibilidad, siempre abierta, de que cualquier palabra, perteneciente a la serie de palabras que no son tales más que porque pertenecen al lenguaje, se volviese sobre éste para desprenderse de él y alzarse por encima del mismo dominándolo, haciéndolo añicos quizás, pretendiendo al menos asignarle un límite. El miedo no significa que el lenguaje tenga miedo, ni siquiera de forma metafórica, pero el miedo es un trozo de lenguaje, algo que éste habría perdido y que le volvería por entero dependiente de dicha parte muerta: por entero, es decir, justamente reconstituyéndose sin unidad, trozo a trozo, como algo distinto de un conjunto de significaciones. Ciertamente, la metáfora interviene, al final, para mantener en vilo, volviéndola inofensiva, la posibilidad para el lenguaje de ser otra cosa distinta de un proceso de sentido. Con la metáfora, el miedo del lenguaje se convierte en el miedo de hablar o en el miedo que, siendo la esencia de toda habla, haría espantoso tanto todo uso del habla como

todo silencio. El miedo del lenguaje: el miedo que azota al lenguaje, cuando éste pierde una palabra que es, entonces, *una palabra en exceso, una palabra de más*: miedo, Dios, locura. A saber, el «(el)lo» desplazado de su rango y de su papel de sujeto.

- ¿Por qué esas palabras tan pesadas, demasiado cargadas de sí mismas, como si estuvieran cargadas de toda la sobrecarga del lenguaje por encima del cual están destinadas a alzarse? Así, Dios es un nombre, la pura materialidad, que no nombra nada, ni siquiera a sí mismo. De ahí la perversión mágica, mística, literal del nombre, la opacidad de Dios a toda idea de Dios. Y, sin embargo, como miedo, como locura, desaparece, al menos a título de mensajero de otro lenguaje cuya desaparición no puede hacer las veces de comienzo. La «muerte de Dios» no es, quizás, más que la ayuda que el lenguaje histórico aporta en vano, a fin de que la palabra caiga fuera del lenguaje sin que otra se anuncie en él: lapsus absoluto.

- *Y no hacemos nada que no sea repetir. La repetición nocturna, la repetición de quien dice: ¿Es eso morir? ¿Es eso el miedo?*

- Quien, en la calle, detiene a la desconocida de tenebrosos ojos y le dice: «*Tengo miedo, ¿no quiere acompañarme un momento?*», le otorga para siempre el movimiento del miedo como compañero. Pero le confía su pensamiento, la salvaguarda del pensamiento en peligro, confiando en el desconocido —el desconocido tiene, sin embargo, un rostro, el rostro de una desconocida— por medio de una llamada que escapa no sólo a la conveniencia de las relaciones sino al trato humano de las relaciones y que es, Pues, una marca de lo que debe llamarse sinrazón. Hay que pasar, por lo tanto, por la locura, mantenida aquí en los límites de una iniciativa únicamente azarosa, para dar un paso fuera de la locura, en el deslizamiento que roza el afuera. Ciertamente, algo de no razonable hay en

olvidar —en no tener en cuenta— que todo ser humano no es, de inmediato, el *otro* al que, cada vez, podría serle remitido, con una palabra (apenas una palabra, un susurro difícil de oír), su pensamiento, es decir, su locura. Y cuando la desconocida lo acoge de la forma más sencilla, tomando de la mano, dulcemente, a aquel que la ha detenido y haciéndole atravesar la noche, como se ayuda a cruzar la calle a un ciego, no hay que sacar ninguna conclusión de semejante gesto de acogida, de esa improbable posibilidad abierta entre los seres, abierta por lo que no puede ser compartido (la separación de la «locura»): esto es lo que, de nuevo, hace que la razón vacile, dándole para que la conserve, siempre y cuando no saque de ello ninguna conclusión (no le dé ningún sentido), esa conmoción que no le pertenece.

Toda conclusión, toda interpretación sería la de un delirio, tentación para el pensamiento de restablecer una relación equilibrada entre él y su otro. Decir: fue un signo de la Bondad, alguien fue para mí el bien, es privar de sí misma a esta joven humana que, por estar mucho más acá y mucho más allá de toda bondad, probablemente habría rechazado que la llamasen buena y que había hecho algo bueno. Decir: así sería en una sociedad perfecta, cada uno acogería a cada uno sin pedir nada, es olvidar que la locura o el miedo estarían allí de algún modo entredichos o habrían sido confiados a la comunidad para que se cuidase de ellos, sin que ningún ser particular pudiese, de otra forma que no fuera cometiendo una falta, aceptar semejante particularidad enferma y concederle un refugio. Decir: quien se confía de forma absoluta encuentra ya, en la confianza ilimitada, una respuesta al habla encerrada, habiendo llevado su miedo hasta la amistad —la fraternidad sin ley—, es hacer una ley de lo que, al no haber tenido lugar más que una vez e incluso, a partir de ahí, al tener lugar todas las veces, se anuncia como imposible, real en tanto que imposible. Quien ha recibido semejante signo sabe, de inmediato, que no sólo no le otorga ningún derecho, sino que todos aquellos que,

lejos de ser acogidos como él lo fue, han sido rechazados, le arrastran, en adelante, con ellos sin más recurso que el gran río. ¿Cómo se puede, entonces, pretender cumplir con el «acontecimiento» hablando de suerte o de azar, palabra de inmediato reducida a la indigencia, sobre todo cuando el prójimo está ahí *en juego*?

- *¿Es eso morir? ¿Es eso el miedo?* La angustia silenciosa, y ese silencio, como un grito sin palabras; mudo y, sin embargo, gritando sin fin.

- *La angustia: «No hagas nada, y es todavía demasiado.» — «Entonces, tengo que dejar de ser.» — «No toques a tu ser.»*

Lo que te queda por hacer: deshacerte en esa nada que haces.

- Si estoy en la angustia como en lo verdadero, se trata de un verdadero que ya me engaña y del que, sin embargo, no me puedo separar más que engañándome.

Cuando hemos cruzado cierto umbral, siempre sin saberlo aunque a sabiendas, con una incertidumbre que ya es su marca, a la angustia todo le pertenece, incluida la no-angustia, es la trampa y, no obstante, carece de ardid; hay una lealtad, una simplicidad, una tranquilidad de la angustia, quizá porque escapa a toda ley: salvajismo con el sosiego de los bosques, el sosiego de una espera de algo que no tendrá lugar.

- *Una doble escucha: el ruido de la ciudad con su riqueza interpretable y siempre lista para ser nombrada, después el mismo ruido como un rumor de espuma, monótono, salvaje, inaudible, con súbitos e imprevisibles estallidos que pertenecen a la monotonía.*

- Hay un «no sé» que está en el límite del saber, pero que pertenece al saber. Siempre lo pronunciamos demasiado pronto, sabiendo todo todavía, o demasiado tarde, cuando ya no sé que no sé, no diciendo nada y, así, diciéndolo.

Sé menos de lo que sé: por encima de este retraso del saber sobre sí mismo he de saltar a fin de reunirme —no alcanzándolo o abismándome en él— con el no-saber.

- Angustia: horror de todo lo que la nombra y, nombrándola, la identifica, la glorifica. Ella quiere eso: que no se hable de ella y que, como, en cuanto se habla, es ella quien habla, no se diga nada.

Angustia de dejar que la angustia hable o de que, callándola, se le deje ocupar todo el silencio.

La angustia —palabra impronunciable que querríamos callar a gritos, con su inconveniencia, su pretensión filosófica y patética; pero, alejada de mí— «yo» la recibo del prójimo como lo desconocido de todo dolor, como la súplica de un impotente afán.

- La angustia vuelve entredicha la lectura (las palabras separadas, algo árido y devastador; ya no hay texto, toda palabra es inútil, o bien, hundiéndose en algo que no sé, atrayéndome allí con rechazo, la comprensión como una injusticia). Escribir entonces, efecto de una alucinación negativa, que no ofrece nada que leer, nada que entender.

- Cuando la angustia entredice la angustia, impidiendo que me entregue a ella a fin de que me tenga más cogido. «No me transgredirás.» — «No te consagraré.» La no-seguridad de la angustia cierta.

- *Es como una imagen que él no ve, que falta porque está ahí, con todos los rasgos de una imagen que no figuraría y con la cual la incesante carencia de relación, sin presencia, sin ausencia, es el signo de una soledad común. El la nombra, a sabiendas de que no tiene nombre, ni siquiera en su lengua, ese latido de un corazón indeciso. Ni uno ni otro viven, la vida pasa entre ambos, dejándolos al borde del espacio.*

Sin palabras en medio de las palabras.

- El fragmento favorable.
- Él ya no podía preguntar más; la angustia es también ese rodeo de la pregunta, el impedimento de ser pregunta acerca de la angustia. Lo desconocido de la angustia nos interroga, no dejándose interrogar: el desfallecimiento ante lo que no se deja interrogar.
- *¿Vivirán sin la fuerza y el ímpetu que les da el deseo de morir?*
- La angustia no ocupa, impidiendo hacer nada, impidiendo hasta el goce o el lamento del hastío.
- Es demasiado poco escéptico para esperar algo. No espera bastante para detenerse en el nihilismo. Lo desconocido sin esperanza. La angustia: la no-seguridad que excluye la incertidumbre de la duda, lo que la duda posee aún como decisión para ejercerse.

Distraído como bajo el poder de una atención constante. Un pensamiento (que él no identifica, aunque lo conoce) monta guardia. Parece que está ahí para entredecir la mortal sorpresa, siendo él dicha sorpresa misma.

- *Al hastiarse el deseo de morir, ya sólo les faltaba morir.*

Morir inconsideradamente, no reclamando nada a los astros. Desear dejar de tener relación con la mirada, apartarse del cielo; el deseo es ese rodeo debido al cual «yo» me desestimo; tiene, de este modo, relación con la noche sin estrellas, noche de lentitud, de insuficiencia: derivando sin riberas.

- *En la noche, hacia la noche. Ensoñación futura, sueño deshecho. Morir de noche.*

Por la mañana, en medio de la breve bruma que se eterniza, es cuando expira de noche.

- *Ya no se delimita, se fragmenta.*

- La tentación: el fragmento favorable, como sí, en su no-unidad, éste pudiera estar solo, ser el último, el último, sin brevedad, sin lugar, la obstinación al revés; su habla de infinito al fin disuadida, retomada en su dulzura.

- Un habla elegida por la angustia extraña a toda elección en su inmenso trabajo oscilante. La labor de la angustia, su martillo de ruina, la angustia que busca refugio en la angustia.

Lo lejano siempre próximo de la angustia, su huella borrada, vuelta a *trazar*, jamás completa, despedazada, machacada, con un toque de juventud que produce espanto.

- Brevedad dispersa, perseverante, convertida en lentitud que se interrumpe, como un sufrimiento que siempre vuelve y que no me reconocería. Su arrogancia es mi súplica.

Lo poco de la angustia, mi todo siempre rebasado — aquello que me impide estar junto conmigo, contigo. La intermitencia incesante.

- *Silencio, te conozco de oídas.*

- *Él está en un mundo cerrado cuyo cierre es el único acontecimiento que se produce en él.*

- *¿Qué decisión había tomado, que le ponía fuera de alcance, aunque permanecía amigable, próximo?*

- Entre el silencio y el silencio, habla que se intercambia —susurro inocente.

- La angustia sedentaria.

- Apartado de lo único, bajo la fascinación de lo múltiple, no sustenta varias ideas o una infinitud de ideas contradictorias: lo múltiple enrarece, singulariza.

- *En mí hay alguien que no hace más que deshacer ese mí: ocupación infinita.*

- A quien ha planteado tantas preguntas, la muerte le sobreviene dulcemente, como la cuestión perdida.

- Morir sería, cada vez, allí donde hablamos, lo que nos retiene tanto de afirmar, de afirmarnos, como de negar. Se oye: creemos oírlo, pero es algo tácito, incluso el zumbido de la angustia se detiene.

- En el límite, morir, pero es la vida sin angustia.

- De nuevo solo, brindado a lo múltiple, en la pluralidad de la angustia, fuera de sí mismo, haciendo señas inapeables, uno disuadido para el otro. La soledad es, evidentemente, el espacio sin lugar, como presencia se denomina no-presencia, donde nada es uno —desafío sin desconfianza a lo único—. La soledad me oculta a la soledad, a veces.

De nuevo solo, desafío a lo único, uno perdido para el otro.

- El rasgo de la angustia: rechaza todo porqué, no responde a una carencia; la ausencia de porqué de la angustia no conduce, sin embargo, al descanso, ni a no sé qué gloria, sino a un riesgo tan grande que morir ya no parece ser la salida para escapar a él; ¿qué riesgo? El riesgo de lo desconocido sin cuestión, sin riesgo.

- Suponiendo que la angustia sea la inocencia misma, una inocencia evidentemente desconocida, el hombre se siente culpable de no poder soportar la inocencia, culpable de esa inocencia que le angustia.

- Morir «libera» de la angustia (morir, esa persistencia de la muerte imposible, la proximidad lejana), lo mismo que la angustia ignora el morir: ambos, sin embargo, sin falta: lo desconocido que difiere.

- Al no-saber le gustaría hacerse pasar por una respuesta a la ausencia de porqué de la angustia. Pero es su vacío, su repetición inmóvil, a menos que, repitiéndola o precediéndola, sea esa noche en la que la angustia ya se ha perdido bajo el atractivo de la pérdida que mantiene y que la mantiene, noche sin habla de la noche sin imagen.

- *La boca dolorosa hablaba sosegadamente.*

- «Entra en el elemento destructor», no escribimos palabra alguna que no contenga dicha invitación y, a veces, ésta es superflua: déjate destruir.

No hay palabras en la lengua de la angustia para decir: eso es posible.

- El desafío o la irrisión: *él escucha el silencio con frases.*

- Sólo puede ser repetido aquello que no puede serlo: lo irremplazado, lo singular en donde el Uno ha desaparecido en su simulacro. Como si no hubiera repetición más que allí donde hubiera falta de ley. Repetición de lo extremo: derrumbamiento general; lo neutro, lo que se desvanece sin producirse.

- La angustia sin sospecha, franqueza del rodeo, aliviada del miedo y que se eleva por encima de las protestas, aceptando toda negativa: pensamiento; pérdida de pensamiento.

La angustia, aunque deja de someter al sujeto, al no autorizarlo, al no concederle la autoridad (la experiencia), es angustia de arriba abajo en la medida en que no se experimenta.

- No sé, no hay «yo» para no saber.

- La pérdida es imposible. — Pasa por lo imposible. — Por eso, en efecto, es la pérdida, pérdida de pensamiento, jamás compensada. — La pérdida es exigencia, exige del

pensamiento que se gaste, se desgaste, pérdida de la pérdida (sin anulación ni retorno): repitiendo sólo, vencimiento (suerte que no cae en suerte) del neutro.

El salto de la interrogación, quizá se refiere ésta a lo neutro, saltando por encima de sí misma, en una caída inmóvil.

- Pero siempre cabe que nos interroguemos sobre lo neutro, interrogándolo con la angustia que desvía la pregunta, repitiéndola, arrojándola al silencio, el silencio que no se calla.

- *entra/entre: entra/entre/neutro/no ser.*⁷ Juego, juego sin la dicha de jugar, con ese residuo de una letra que llamaría a la noche con el señuelo de una presencia negativa. La noche resplandece de noche hasta lo neutro en el que se apaga.

- El enigma de lo neutro, enigma que lo neutro mitiga haciéndolo brillar en un nombre.

- «*¿Es usted?*» — «*Sí, soy yo.*» — «*Usted, en pleno día.*» — «*En el pleno día de la oscuridad.*»

Cuando iba a su casa, en pleno día, intercambiando el saludo con la oscuridad.

- *Atravesando las lejanías, solo para oír, para no oír, dando voz a una voz, de nuevo voz de nadie. «Escuche.» — «Escuche.» En el silencio, algo hablaba, algo callaba. La verdad no da noticias suyas.*

7. En francés, *entre: entre/ne(u)tre*. La palabra francesa *entre* puede significar tanto la preposición «entre» como el imperativo de la segunda persona del singular del verbo entrar («¡entra!»). Por su parte, *ne(u)tre*, tal como lo escribe Blanchot, parece aludir no sólo al sustantivo y/o adjetivo «neutro» sino también, atendiendo a la puesta entre Paréntesis de la «(u)», a la negación de(l) ser: «no ser» (*n'etre [pas]*). De ahí, las traducciones alternativas que plasmo en castellano. [T.]

- *Atravesar la lejanía, volver la lejanía hacia la lejanía si aproximación.*

- Lo lejano llama a lo próximo, ahuyentándolo, no para definirse en él por contrariedad ni para formar junto con él una pareja de semejanza y diferencia, sino de modo que la grieta entre ambos pertenezca aún a lo lejano. Lo próximo llama, ahuyentándolo, a lo inmediato que lo consume. Lo próximo siempre es sólo próximo. La proximidad de la presencia no se torna presente, pues la presencia nunca está próxima, siempre ha afirmado ya lo absoluto de la presencia que está ahí de una vez por todas sin relación ni progresión ni nacimiento del día ni crepúsculo. Por la presencia, lo próximo pertenece a lo lejano y, por lo lejano, pertenece al juego indeciso del hiato y del límite. La indecisión es lo que aproxima lo próximo y lo lejano: ambos no situados, insituables, nunca puestos en un lugar ni en un tiempo, sino que cada uno es su propio hiato de tiempo y de lugar. ¿Dónde es(tá) lo lejano? ¿Dónde es(tá) lo próximo? Alejarse, aproximarse: admitamos que el verbo señale antes que el nombre. Alejarse supone el punto fijo con respecto al cual habría alejamiento; dicho punto fijo es de nuevo la presencia; alejarse no deja de alejarse, pues no hay término para el alejamiento, al igual que no hay comienzo para lo lejano. Ciertamente, se puede decir: él se aleja, pero aún está próximo, se puede decir, aunque se presienta que el poder infinito de alejamiento impide cualquier determinación de lo «próximo», el cual no tiene como punto de referencia lo lejano sino las cercanías de la presencia que excluye, sin embargo, toda vecindad. Lo próximo es, pues, ahuyentado por lo absoluto de la presencia y mantenido aparte, retomado en el hiato de lo lejano: incapaz, por lo tanto, de servir de mediación entre ambos términos, ni siquiera de hacer que «se aproximen», menos capaz aún de mantenerlos juntos en una necesidad de pensamiento. Lo próximo no aproxima: porque carece del ser de la presencia, carencia que es su marca y que no es sólo caren-

cia de presencia, sino la carencia que lo lejano múltiple sustenta.

- Aproximarse juega el juego del alejamiento. El juego de lo lejano y de lo próximo es el juego de lo lejano. Aproximarse de las lejanías es la fórmula que trata de hacer que las lejanías estallen al contacto con una presencia entonces calificada de lejana, como en cierto modo ella siempre lo es. De esta forma, la presencia y lo lejano, de nuevo, estarían unidos: presencia lejana, lejanía de una presencia, las lejanías estarían presentes allá. Sólo lo próximo quedaría, así, preservado de la contaminación de una presencia. Estar próximo es no estar presente. Lo próximo promete lo que nunca cumplirá. Encomio de la aproximación de lo que escapa: la muerte próxima, la lejanía de la muerte próxima.

- Alejarse: (el)lo se aleja, pero yo no me alejo jamás. «Yo» lleva consigo el ser ahí, la presencia decisiva que no se deja afectar por ningún alejamiento. Quien dice «yo» dice asimismo la presencia. La ubicuidad divina es ese poder de presencia que ya siempre ha anexionado la lejanía al ser-presente. Ciertamente, el dios es la lejanía por excelencia, pero la lejanía cuya verdad es la presencia, una lejanía de pura presencia. Lo lejano y lo próximo son dimensiones de lo que escapa tanto a la presencia como a la ausencia bajo el atractivo del «(el)lo». (El)lo se aleja, (el)lo se aproxima: una misma afirmación espectral, las mismas premisas de la no-presencia.

- Habría un hiato de tiempo, lo mismo que una distancia de lugar, que no pertenecen ni al tiempo ni al lugar. En dicha distancia, pasaríamos a escribir.

- *«Me gustaría atraerlos hasta su nombre.» — «Un nombre, ciertamente, excelente.» — «Un nombre olvidado, que ya no está en circulación.» — «No olvidamos nada.» — «Cuando entren en dicho nombre que está debajo de cual-*

quier nombre, andarán con paso firme, atravesando las lejanías, hacia nosotros.»

- *Con los labios pendientes de la noche, él no decía la noche.*
- La proximidad dice de nuevo algo contra la presencia (disuade a la presencia): lo que está próximo está demasiado próximo para poder ser sólo presencia; gracias a la proximidad, puedo decir «tú» (aunque sea en la noche de las frases) y pronunciar, por consiguiente, una intimidad que hace estallar la presencia, aboliéndola en cierto modo o exaltándola hasta su destrucción. Por ejemplo, puedo decir: «Estás tan próxima que no estás presente», pero ¿próxima a quién? justamente próxima a quién y no a mí. Sé, entonces, que, bajo la imagen de un «tú» falsamente interpelado, lo que de nuevo se dice es: está tan próximo que está allá fuera en medio de los signos que sustentan lo lejano.
- *Él vivía allí, la casa se reconstruía en torno a él. Yo le veía detrás de la ventana, esperando sin oírme, agotando con la espera el exceso de nuestras frases.*
- *En el transcurso de sus idas y venidas cada vez más raras, llegaba a la conclusión de que ellos jamás estarían ahí, ni siquiera en el proceso de un encuentro, sino sobria, austeramente allí, prescritos (proscritos) por su nombre: próximos o lejanos, al agrado de lo que no agrada, el azar.*
- Siempre cabe que nos interroguemos sobre lo neutro. Ciertas gramáticas son las que nos afirman, en primer lugar, lo neutro. El *to* griego es, quizás, en nuestra tradición la primera intervención, asombrosa por la poca relevancia que tiene, que marca con un signo, ciertamente entre otros, la decisión de un lenguaje nuevo, un lenguaje que, más tarde, reclama la filosofía, pero a costa de ese neutro que lo introduce. En singular, lo neutro nombra

algo que escapa a la nominación, pero sin hacer ruido, sin, ni siquiera, lo ruidoso del enigma. Lo llamamos, modesta, inconsideradamente, la cosa. La cosa: porque, con toda evidencia, las cosas pertenecen a otro orden y porque las cosas son lo que es más familiar, haciendo que vivamos en un entorno de cosas, sin que, por ello, éstas sean transparentes. Las cosas están iluminadas, pero no dejan pasar la claridad, ni siquiera aunque ellas mismas estuvieran hechas de granitos de luz, quedando ésta así reducida a la opacidad. La cosa, al igual que el (el)lo, que lo neutro o el afuera-, indica una pluralidad cuyo rasgo es que se singulariza y cuyo defecto es que parece descansar en lo indeterminado. Que la cosa tenga relación con lo neutro: se trata de una suposición exagerada y finalmente inaceptable, en la medida en que lo neutro no puede detenerse en un nombre sujeto, aunque éste sea un colectivo, dado que posee asimismo ese movimiento de desviar de su esencia momentánea, de su sentido y de su definición, todo aquello a lo que se aplicaría. «La cosa tiene relación con lo neutro» nos obliga inmediatamente a pensar que lo neutro cambia la relación en no-relación y la cosa en otra cosa y lo neutro en lo que no puede ser lo neutro mismo, ni aquello que neutraliza. Quizás —un quizás que también querrá decir ciertamente— hagamos mal, al nombrar lo neutro, en nombrarlo, como si «ello mismo» no estuviera en neutro, olvidando además que, al mismo tiempo que es una categoría gramatical que, por consiguiente, pertenece en primer lugar al lenguaje, todo el lenguaje lo asume como si fuera neutro el lenguaje «en general», porque en él se despliegan, sobre un fondo de neutro, todas las formas y posibilidades de afirmación y de negación. Lo neutro está, pues, implicado en el funcionamiento de todo lenguaje, al tiempo que ocupa su vertiente silenciosa y que impide que éste quede reducido tanto a un complejo juego de estructuras determinables como a la presencia sedimentaria de algún habla viva. Lo neutro, autorizado por la gramática, con la complicidad de todo lenguaje y, en el lenguaje, con su parte ni pasiva

ni activa, ni transitiva ni intransitiva, indicando, bajo la forma de un nombre, un modo verbal de retener la exigencia de decir, no ha dejado de dispersarse en una mitología en la que, aun si está en juego, no está nunca definitivamente comprometido. Lo neutro: creemos asirlo si invocamos, al azar, unas formas de acción pasiva tan marcadas y notables como las del azar justamente, o, para ser más precisos, de lo aleatorio, de lo inconsciente, de la huella y del juego. Se podrían proponer asimismo muchas otras formas sin que fuesen jamás satisfactorias: lo *sagrado* respecto al *dios*, la *ausencia* respecto a la *presencia*, la *escritura* (tomada, aquí, como ejemplo no ejemplar) respecto al *habla*, el *otro* respecto a *mí* (y también a ese *Mí* que es el prójimo), el *ser* respecto a la *existencia*, la *diferencia* respecto al *Uno*. Lo neutro, sin por ello permitir que se lo conozca (como si fuera al precio de un saber absoluto), se reconoce o, más bien, entra en juego en cada uno de estos términos que se caracterizan por no ser fácilmente conceptualizables y, quizás por no serlo, porque con ellos se introduce una posibilidad negativa de un tipo tan particular que no se puede marcar con una negación ni tampoco afirmarlo. Lo neutro, por mera afinidad literal, tiende hacia la Noche, sin que nada los aproxime semánticamente. Lo neutro no posee los antiguos títulos mitológicos que toda noche trae consigo. Lo neutro deriva, del modo más simple, de una negación con dos términos: *neutro*, ni lo uno ni lo otro. Ni ni lo otro, nada más preciso. Queda por decir que la afirmación también posee ya, como de antemano, y antes que cualquier negación, su parte de neutro: lo uno lo otro —*qu/uter* ¿cuál de ellos?— significa asimismo uno de los dos y, de algún modo, siempre aquel que no es nunca sólo lo uno. «Lo uno y lo otro», debido a esta bipartición a la vez desigual y mal determinada y que, sin embargo, es de uso muy antiguo, parece hacer alusión a la necesidad arcaica de una lectura en apariencia binaria (como si todo debiese comenzar por dos), pero con una binariedad que, de inmediato, pierde su valor dual y se pluraliza has-

ta lo indeterminado: lo uno, sí; esto se puede indicar con el dedo; pero otra cosa es lo otro y todo otro y siempre otro, que huye de sí mismo al huir de nosotros. Resulta manifiesto que la expresión, al tiempo que indica una partición destinada a poner las cosas en claro (el uno/el resto, pero al mismo tiempo sólo lo otro, incluido lo otro de todo el resto), por lo tanto, una lectura que lee con un vaivén incesante de un término a un segundo término, está marcada, por no decir por un juego de palabras, «alterada» por el predominio perverso de lo *otro*. Quizá lo neutro no hace más que recoger esa perversidad de lo otro tornándola aún más perversa con la sombra que la cubre sin disiparla, sin lograr una verdadera negación (ni siquiera, reduplicada y no invertida, una negación de negación) capaz de reposo o de claridad. Lo neutro recupera, dentro de sí, lo otro bajo un ligero (pero no perforable) velo que sólo parece sacar de lo otro su incesante afirmación que sólo un negativo permite captar: lo otro de lo otro, lo no-conocido de lo otro, su rechazo de dejarse pensar como lo otro, lo no-conocido de lo otro, su rechazo de dejarse pensar como lo otro de lo uno, y su rechazo de ser sólo lo otro o, también, lo «otro de». Lo neutro mitiga todo esto, mientras en silencio priva de reposo. Lo neutro, con su forma nominal, positiva pues, permite yuxtaponer —hace que se ventilen— una afirmación y una serie no definida de negaciones: no las junta por medio de una inversión dialéctica; ésta es, incluso, una de las particularidades de su aportación; la afirmación, según la cual lo que está en juego no es ni lo uno ni lo otro —afirmación que no deja de ser su propio eco hasta la dispersión, dispersión que atañe al silencio dispersado—, no es de verdad afirmativa u operativa; su trabajo, que ha consistido en velar lo otro poniéndolo en valor bajo el velo y asimismo en atajar el infinito nocivo (que obra en lo otro) pero reactivándolo con una escansión negativa, no es más que un seudotrabajo. Gracias a lo neutro algo obra, algo que se convierte de inmediato en obra, en ocupación de la desocupación: hay un efecto de neutro —que

dice la pasividad de lo neutro— que no es efecto de lo neutro, pues no es el efecto de un neutro que, supuestamente, obra como causa o como cosa. No habría, pues un trabajo de lo neutro, tal y como se dice: trabajo de lo negativo. Lo neutro, nombre paradójico: no habla casi palabra muda, simple que, sin embargo, se vela siempre se desplaza siempre fuera de su sentido, operando sobre sí mismo de forma invisible sin cesar de desenrollarse, en la inmovilidad de su posición que repudia toda profundidad. (El)lo neutraliza, (se) neutraliza, evocando de ese modo (no haciendo más que evocar) el movimiento de la *Aufhebung*, pero si (el)lo se suspende y retiene, sólo retiene el movimiento de suspender, es decir, la distancia que suscita por el hecho de que, al ocupar el terreno, la hace desaparecer. Lo neutro designa, entonces, la diferencia en la indiferencia, la opacidad en la transparencia, la escansión negativa de lo otro que sólo puede reproducirse por el atractivo conjurado —omitido— de lo uno. Incluso la negación de lo neutro se sustrae. Lo neutro, que marcaría el «ser», no lo remite a la tosquedad del no-ser, sino que siempre ha dispersado ya el ser mismo como aquello que, al no darse nunca ni como esto ni como aquello, se niega también a presentarse en la presencia simple, aprehensible sólo por vía negativa, bajo el velo protector del no. Si el ser se lee, se escribe en neutro, no es, sin embargo, porque lo neutro sea más importante que el ser, ni sólo porque el ser se brinda bajo el velo de la diferencia entre ser y ente ni ser ni ente (más bien lo más allá de ambos o lo más acá de entrambos), sino porque lo neutro lo conjura disuadiéndolo suavemente de toda presencia, aunque sea negativa, neutralizándolo hasta impedirle decirse el ser de lo neutro, al tiempo que lo arrastra en la infinita erosión de la repetición negativa.

Lo neutro marca el ser, efecto de toda marca: el ser marcado en neutro no se advierte y olvida siempre, bajo el resplandor del ser, esa marca cuyo resplandor, incluso, no es más que un efecto.

Lo neutro no es más importante, eterno segundón que

precede, de modo que lo neutro no está en ninguna parte y funciona dentro del lenguaje, en todo lugar, como juego y la marca, si lo que marca desmarca y, al final, neutraliza incluso esa línea de demarcación que no es cuestión, al franquearla, franquear. La transgresión que se cumple como no cumpliéndose, si se afirma también en neutro, en la neutralidad de un engaño nunca presente, no puede, al menos a título de proposición, marcar lo neutro como aquello mismo que, siempre en juego en la transgresión, habría justamente que transgredir. Como si escribir, el incesante movimiento de escribir, nos liberase del juego de la escritura.

- Lo neutro, la dulce interdicción del morir, allí donde, de umbral en umbral, ojo sin mirada, el silencio nos lleva a la proximidad de lo lejano. Habla todavía por decir más allá de los vivos y de los muertos, *que testifica por la ausencia de atestación.*

- «*Estamos ahí juntos como olvido y memoria; se acuerda usted, yo olvido; yo me acuerdo, usted olvida.*» *Se detuvo un momento: «Es como si estuviesen ahí en el umbral, yendo de umbral en umbral. Un día, entrarán, sabrán que sabemos». Viene el tiempo en que el tiempo vendrá.*

«No conocemos más que su nombre.» — «...en el que no entran, pero por obra del cual nos atraen.»

- Lo neutro, ya sea neutro, ya sea lo que se sustrae sustrayendo y sustrayendo incluso el acto de sustraer, sin que aparezca nada de lo que, así, desaparece, efecto reducido a la ausencia de efecto: lo neutro, en la articulación de lo visible–invisible, desigualdad aún de lo igual, respuesta a la impaciente pregunta (aquella que, de antemano, clasifica y determina dividiendo en dos, sin precauciones: ¿Cuál de los dos?), pero respuesta que, inmediata e insensiblemente, mientras parece acoger la pregunta, modifica su estructura con el rechazo no sólo de elegir sino también de someterse a la posibilidad de una elec-

ción entre dos términos: como lo uno o lo otro, sí o no esto o aquello, día noche, dios u hombre. «¿Cuál de los dos?» — «Ni lo uno ni lo otro, lo otro, lo otro», como si lo neutro no hablase nunca más que en un eco, perpetuando, no obstante, lo otro con la repetición que la diferencia, siempre comprendida en lo otro, aunque sea bajo la forma del infinito nocivo, llama sin cesar, balanceo de cabeza de un hombre dedicado a la eterna oscilación.

- Lo impropio de lo neutro reside, quizás, en la continuidad de sentido que propone necesariamente un nombre, mientras que dicho nombre no deja de hacerse eco a sí mismo a fin de sustraerse a él. Lo neutro es impropio, pero ni siquiera eso es su propiedad.

Lo neutro usa el tajante filo de lo negativo, usa la apagada afirmación de lo neutro. ¿En su falta de interés, será lo neutro la marca del deseo entendido como el error de aquello que siempre, de antemano, en su omitido atractivo, se ha separado de todo deseo?

- *Sin embargo, desde su venida, lo esencial había sido el asombroso carácter de todo, pues si había pensado, generosa y lúcidamente, estar en condiciones de acusar una conmoción que le habría hallado listo para dejarse conmover de arriba abajo, se daba cuenta de que, a falta de presencia y con la excepción de un cambio en la manera en que, en lo sucesivo, tenían que acostumbrarse a hablar entre ellos, no podía decidir lo que le resultaría apropiado para poder asombrarse en medio de todas las cosas no modificadas. Ciertamente que ese amigo había desaparecido. Desde cuándo, no sabría decirlo; hacía tanto tiempo que estaban acostumbrados a hablarse de lejos, de cerca, por medio de los rumores de la ciudad o bien por medio de la repetición de un lenguaje antiguo, siempre listo a hacerles un sitio en su juego. El hecho de verse no era, se daba cuenta de ello, más que una forma derivada de su derecho a hablar entre ellos, derecho que sólo dependía de él no permitir que prescribiese. Se hablaban, se veían, había ahí como un*

buen uso de su cordialidad de siempre, la cual a su vez era expresión, pero en un grado mucho más elevado, de las relaciones que cada uno no podía dejar de tener con todos. ¿Acaso no tenía, sin embargo, que reconocer el carácter excepcional de las relaciones que no sólo eran amistosas, ni sólo de confianza sino, por el contrario, difíciles, cada vez prohibidas y casi privadas, aunque le resultase fácil darles el valor de conversaciones personales, de antemano sabidas y reconocidas a título de tales entre tantas otras? Excepcional, esa palabra resonaba al modo de un sonido grave en varios registros a la vez, pero siempre por debajo de las vibraciones más graves, aquellas que todavía le gustaba amortiguar. Excepcional, recordaba la complacencia con la que, no sin un cierto escarnio que siempre estaba implicado en su seriedad, aceptaban procurar que dichas relaciones hubiesen podido merecer semejante título, aunque sólo fuese para tornarlas más admisibles. No era algo deliberado, por lo menos por su parte —pero ¿cuál era su parte, qué le correspondía fuera de su papel, por lo demás intercambiable, en unos intercambios que nunca le habían sido impuestos más que por la ofuscación de recuerdos de los que era tan poco el dueño que llegaba a creer que no le pertenecían, más bien recuerdo de nadie?—. Recordaba, sin duda, recuerdo tan antiguo de una cosa que no podía decirse presente, ni tampoco por venir, sólo menos antigua que el recuerdo que él sentía que le había golpeado —golpeado suavemente, casi afectuosamente, al igual que, por la noche, en la noche, unas tímidas frases atraviesan el sueño: súbitas, no obstante—. Por lo demás, había tenido que pensar en el sueño cuando, al hacerle una visita como de costumbre, había tenido que darse cuenta de la habitación que, de pronto, era inmensa, rodeada de libros por todas partes, como para acentuar el vacío del espacio en el que parecía que toda la ciudad, si hubiese querido, hubiese podido desplegarse con el gran río central y sus habitantes inmóviles, perturbación de perspectiva que estaba justificada por la exigüidad de la persona, sentada en una silla, allá lejos, en un rincón; muy mayor, más como una reminis-

cencia que como un recuerdo; reducida, como podría haber sido reducido quien ha esperado demasiado tiempo, sin que se sepa a qué espera esperaba aún responder. Eso había despertado su antiguo miedo, un miedo reprimido por el recuerdo de su miedo, y al prepararse a atravesar, igual que había atravesado las lejanías de la ciudad, las grandes estancias desnudas en donde —¿en qué lugar?— le sería posible encontrarse con ese amigo, había chocado con el habla: «No estaba seguro de la hora de la cita», por medio de la cual se hallaban, una vez más, afirmadas las reglas o, como él hubiese dicho, las convenciones necesarias. «Sí, me he retrasado.» — «¿Retrasado?, usted siempre es de una puntualidad perfecta.» — «Sin embargo, retrasado con respecto a mi recuerdo: como si, al seguir las eternas calles rectas, se me pusiera, solo y de pronto (tal como, sin embargo, siempre había temido), a prueba de una arriesgadas frases que, con intención, habíamos pronunciado a propósito de ellos: frases peligrosas, frases de ciego.» «Frases de ciego: es lo que hace falta, pero ¿acaso no hemos quedado en afrontar juntos ese riesgo?» — «Sí, juntos, pero el riesgo nos acecha también ahí.» — «¿Ha pensado usted que el riesgo podría comenzar por impedirnos estar juntos para decirlo?» — «El riesgo que semejantes palabras, semejantes voces sin mirada, nos proponen es demasiado grande para que hubiésemos podido formularlo con las mismas palabras.» — «Pero, lo que había ocurrido, de todas formas, y puesto que ya se había dicho, tendría usted que haber terminado diciéndolo.» — «Diciéndolo de nuevo, pero no necesariamente diciéndolo y menos aún a usted.» — «A mí, por supuesto, antes que a usted.» Y mientras escuchaba como si hubiese habido ahí algo que no había que oír, añadió: «Dígalo, tenga valor, concédales franqueza a las palabras. Dígame lo que hubiese ocurrido.» — «Que usted había desaparecido.» Con gran sorpresa suya, no se tomó eso alegremente; permaneció silencioso, rechazando cualquier respuesta ya lista y diciendo sólo, un poco más tarde, con cierta agitación: llegan, llegan. A partir de ahí, tuvo la sensación de que no debía separarse nunca más de él.

- *las calles rectas, eternas, bajo un cielo lleno de tachaduras.*
- *«Pero ¿qué atisbo de presencia tendría yo si no hubiese desaparecido ya en todo momento?» ¡Qué extraño vacío es la falta de respuesta!*
- *Recordaban, pero aquello que recordaban era siempre menos antiguo que su recuerdo.*
- *«Yo sé.» — «Yo sé.» — «Nosotros no sabemos.»*
- *Página desplegada por el vacío de escritura.*
- *Más tarde, mantuvo, aunque fuese como una manera indiscreta de mantenerse en medio de las palabras frente a un amigo, esa afirmación que, llamada ahora con una exhortación al valor, lejos de constituir sólo una nueva posibilidad de relaciones con él, abría el campo a algo que no le era posible constatar por sí solo. Éste le había confirmado valientemente que no le abandonaría, pero que su buena alianza, al no ser un pacto regular o continuo, no les ponía entre manos un privilegio al que podrían recurrir en todo momento. A lo que había respondido que, quizás, el ardid que les permitía decirse próximos había deslizado también en su juego algunas palabras menos convencionales y capaces de hacer fracasar todo intento de desanimarlos. «Sé lo que piensa; me conserva sólidamente en la memoria.» — «Siempre y cuando se acuerde usted de mí.» Mientras le miraba, ahora que llegaba al término del viaje, sin poder (aunque estaba ciertamente muy cerca de él) dejar de confundirle con la reducida persona que veía en la lejanía de la calle recta, como una imagen que el espacio, a fuerza de jugar con ella, hubiese tenido que abandonar en la orilla, afirmó de nuevo su acuerdo: vienen, no sin añadir: la cosa se acuerda de nosotros.*
- *Cuando la atravesaba, la ciudad, como si hubiese estado desierta y hubiese carecido de distancia.*

- Alejarse parece determinarse con respecto a un punto fijo que sería la presencia. Pero la presencia, en lo absoluto de lo inmediato en donde, cual gran ruego instantáneo, se consume sin cesar, no puede quedar fijada o incluida en el juego de una relación. La presencia, relámpago de la presencia, que ya siempre ha devastado el espacio en donde tiene lugar la aproximación, no entra en la claridad de lo visible, como tampoco accede a pertenecer a un presente. La presencia falta también a la presencia, destruye el presente de la presencia.

- *Le parecía que el único medio de no tornar demasiado sensible, sin por ello borrar su efecto, la afirmación que él le había traído, afirmación que se hallaba, en adelante, como en la encrucijada de todo tipo de decisiones de signos diferentes que no le concedían prórroga alguna, consistía en permitirle llevar a cabo su obra, retomándola constantemente en el lenguaje de aquéllas y como un mero momento de dicho lenguaje. En lo que a él respecta, aun cuando experimentaba todavía cierta aprensión al hablar de ello, pues la aprensión estaba allí, cual cómplice, sentía sobre todo cierta sorpresa, una sorpresa cansina, al oír que la palabra aspiraba a algún valor destacado: que ese amigo hubiese desaparecido, llevado, arrastrado por la gran oleada de su memoria perpetua, no impedía que éste, con su acostumbrada benevolencia, respondiese él mismo de la desaparición, a la vez como si no hubiese ocurrido nada y como si le hubiese obligado a sacar, en su presencia, todas las consecuencias de su desdichada confesión. La consecuencia se desarrolló lentamente pero también, enseguida, con la repentina rapidez de una resolución imprevisible. Precisamente, cuando le parecía que, en adelante, tendría que hacer un esfuerzo para reunirse con él, dado que éste se mantenía en la ficción de un alejamiento cuya intensidad, aun estando presente, su persona soportaría, aunque fuese como ser inmutablemente reducido, le vio, detrás de su mesa, cómoda y suntuosamente sentado, cual personaje majestuoso que le acogía con su acostumbrada benevolencia.*

cia, esta vez, no obstante, un poco paralizado por la inmovilidad. Pero lo más extraordinario es que, debido a su tamaño calificado de majestuoso —otra forma (lo advertía sin dilación), y no menos desoladora, de encallar lejos del espacio—, tenía que darse cuenta de las trabas del habla que, en adelante, como un foso profundamente abierto en tomo de él, debilidad de las palabras en las palabras, parecían destinadas a preservar su aislamiento. ¿Quién era el responsable de aquello? ¿Había que detenerse en semejante incidente? ¿Debía correr el riesgo de mitigar la importancia de aquello, hablándole de ello, confiándole como un elemento que formaba parte de sus relaciones y, quizás, como un signo de vida, como un signo de muerte? Al consistir la discreción necesariamente en decirlo todo previamente, ¿cómo podría, en el juego de su discreto silencio, introducir esa nueva indiscreción que pretendía, a saber bajo qué forma, con qué hosco mutismo, modificar el curso de lo que había sido dicho? Dificultad de habla que hallaba su equivalente en una facilidad silenciosa, inexorable, que no dejaba lugar más que al continuo susurro del río que atravesaba la estancia entre las colinas inmutables. Facilidad como de una cosa ya escrita y que, sin embargo, siempre hay que escribir y que nunca se escribe, «Es su turno, ya es usted soberano de palabra.» — «A beneficio de la edad.» Tenía la convicción de que el carácter monumental, de pronto visible, el de una soberanía muerta, el de un nombre soberanamente vivo, vicisitudes que les atraían al uno hacia el otro en un profundo pasado, colocándolos en los platillos de una potente balanza, estaba asimismo destinado a materializar, por contraste, lo que pudiera haber de ligero en esa venida que nadie tenía en absoluto la intención, o quizá sólo de forma esporádica, de marcar en (el) presente diciendo, cual tenue susurro de un habla fluvial: vienen, llegan, puesto que el habla rebotaba, como de borde a borde, de pasado a pasado. Lo cual no les impedía, en su elegante timidez, cada día más libre, despojarnos de nuestro Propio discurso acerca de ellos, reduciéndonos a esa manifestación solemne, venerable.

- El poder de nombrar lo neutro era, como cada vez, el poder de no nombrarlo, de dedicarle, poco a poco, todo el lenguaje, todo lo visible y todo lo invisible del lenguaje y, sin embargo, de sustraérselo precisamente por medio de esa donación que reducía lo neutro a no ser más que el destinatario de su propio mensaje. Como si el crepúsculo, en el que noche y día parecen intercambiarse, a favor de una oscuridad que alumbra y de una claridad que se disipa, en una igualdad indiferente, no fuese el intervalo imposible de colmar, o la diferencia siempre previamente marcada, a partir de la cual podría haber un día eterno, una noche eterna y el perpetuo intercambio entre ambos.

- *La ciudad, siempre viva, animada, imperturbable, perfectamente ajena a la idea de que se podía morir en ella: sin embargo, en esa estancia en la que, meditabundo, él estaba sentado, yo la atravesaba, igual que en un cementario se pasa distraídamente por encima de las tumbas.*

- Lo neutro puede ser nombrado, puesto que lo es (aunque eso no sea una prueba). Pero ¿qué es, entonces, designado por el nombre? El deseo de dominar lo neutro, deseo al que, enseguida, se presta lo neutro, tanto más cuanto que es ajeno a todo dominio y que siempre ha marcado ya, con su insistencia pasiva, el deseo que, de ese modo, infecta su objeto y todo objeto.

- *Lo que nos asustaba es la necesidad tan grande que tenían de nosotros, necesidad de nuestra ignorancia, de nuestra desaparición, de nuestra ardiente complicidad, la de algo muerto que les hacía señas y los atraía.*

- Injertado en todo habla: lo neutro.

- *Es como si le hubiese dicho, diciéndolo de una manera tan amistosa: la amistad se retira de nosotros.*

- *Abrazados, separados: testigos sin atestación, que venían hacia nosotros, que venían también el uno hacia el otro, en el recodo del tiempo que estaban llamados a hacer girar.*
- *Inmóviles, helados de dignidad como se estaría helado de muerte, inclinándonos lentamente el uno hacia el otro, tal como hay que inclinarse para saludarse (saludando el pensamiento), esperábamos nuestra caída común.*
- *Que eso fuese imposible no impedía que hubiese bastado con nada para que se produjese —pero justamente con nada.*

Hacía tanto tiempo que nos preparábamos para celebrar el acontecimiento que, ahora que ocurría, no quedaba ya tiempo, de modo que aún no estábamos listos y que, a pesar de todo, no ocurría.

- *Según iba a su cita de todos los días, sabiendo, por obra de un saber procedente del fondo de los tiempos, que estaba sentado o quizás inclinado sobre la pesada y amplia mesa de mármol, al mismo tiempo que, al otro lado, se encontraba, meditabundo, sin que nada alterase su visión, el hombre extranjero, al que aún no se había decidido en qué términos convendría interpellarle, quedó estupefacto al oírle hablar con su voz de siempre, una voz nítida, neutra, una voz tal que se hubiera podido decir que acentuaba y recortaba cada palabra, si lo que decía tan nítidamente no hubiera omitido corresponder a ninguna palabra en particular. «Son las trabas del habla, se decía a sí mismo para tranquilizarse, un largo sollozo animal»; pero tenía que confesarse a sí mismo que no podría salir del paso tan fácilmente, puesto que todo le invitaba a salvar la triunfal afirmación que le venía por medio de su balbuceo. Para confirmárselo, justamente, el otro le tendía, como de costumbre, leal, amigablemente, la mano, diciendo: «Perdóname, no le había reconocido», sí, dicho aquello de una forma tan convincente que no quedaba más remedio que atormentarse por no creerlo.*

- *La estancia, reducida o inmensa, según el tiempo que las frases tardaban en atravesarla y en volver a ella —a veces, se decía: no volverán.*

- Admitamos —de un modo tanto más urgente cuanto que no podemos admitirlo, arbitrariamente pues, con la descarada belleza de lo arbitrario—, admitamos que lo neutro no pertenece al lenguaje de los vivos y que, sin pertenecer al lenguaje que no hablan los muertos, constituye la única palabra, quizá porque no hay otra, que nos habría llegado de la región limítrofe, infinita, en donde el silencio de los unos, el silencio de los otros, se codean, permaneciendo al mismo tiempo intraducibles entre sí a causa tanto de su identidad absoluta como, y no en menor medida, de la absoluta diferencia que hay entre ambos. De ahí que, desde ambos lados, no se oiga, y que sólo sea susurrado o tomado prestado —y quizás habría que decir que el pueblo de los muertos es el que lo repetiría con mayor reticencia, ciertamente no porque sería un eco nostálgico del mundo de los vivos (nada vivo hay en él) sino porque, al escucharlo, correrían el riesgo de enterarse de que aún hay algo más muerto que la muerte.

- El deseo muerto: deseo inmutablemente cambiado en deseo por la muerte y la muerte como un adjetivo.

- *... rezando para recibir aquello que, desde siempre, le ha sido dado (captando los lamentos, los suspiros, los susurros que, todos ellos, se escapaban de él).*

Rezar: rezar el pensamiento, aguzarlo hasta esa punta en la que se hace añicos.

- ¿Cómo puede ser que, hablando, se hable así? La idea de perder lo que no se tiene, los días, las noches, y después, de perder la pérdida, torpemente llamada muerte. Perder el poder de perder no es, gracias al juego de lo negativo, tener o más bien, y ni siquiera, conseguir el

no-poder bajo una forma que se inscriba contra toda forma.

- *Escuchando, no las palabras, sino el sufrimiento que atraviesa, de palabra en palabra, sin fin, las palabras.*
- *«¿Qué haríamos si nos estuviese entredicho no hacer nada?» — «Lo que hacemos ahora, pero con tal grado de inacción que el entredicho caería por sí mismo.»*
- *«Hablo para que usted no tenga que hablar y para que, sin embargo, no se sospeche que usted está privado de habla —pero todo ello de forma no intencionada.»*
- *Sin estar siquiera decididos, avanzaban hacia lo que les privaba de toda seguridad con un aplomo grandioso.*
- Las trabas del habla: el habla que retorna a nosotros procedente del mutismo sin pasar por el sosiego del silencio.
- *«... inocente, tú solo tienes derecho a decirte inocente.» — «Si tengo derecho, como creo, no lo soy, la inocencia carece de derechos.»*
- *Allí donde carecíamos de miedo, de sufrimiento, de deseo y, debido a ello, estábamos entregados al miedo, al deseo, al sufrimiento perpetuos.*
- *Hablándole, mientras él dormía, pedía la respuesta al sueño profundo, sueño que buscaba el sueño; y la respuesta, cada vez, era el despertar de ese amigo.*
- *Él no renuncia a vivir, solamente cierra los ojos.*
- Quien dice: soplo de la nada, no se atrevería nunca a decir: verdad de lo neutro o saber de lo neutro y ello, sencillamente, porque el lenguaje, al decirlo, tendría el brillo de un lenguaje victorioso.

- Todo lo que hay de burdo en la afirmación burdamente repetida, según la cual el anonimato trataría de alcanzarnos allí donde nos pondría fuera de juego la relación de inaccesibilidad, que tanto la exigencia parceladora de la escritura como la ficción de esa palabra mal unificada, la muerte, parecen detentar por defecto, adquiere toda su fuerza caricaturesca cuando el escritor recibe, de su desaparición, una energía nueva y el brillo del renombre. Esa segunda inmortalidad exalta su debilidad, ese poder que ya no tiene (poder siempre usurpado por sí mismo mientras estaba vivo) de estar aún detrás de su obra para defenderla, para defenderse en ella, para hacerse ilustre bajo su sombra y para colocarla en la ventajosa luz que le convenga. Muerto el autor, la obra parece vivir de dicha muerte. El autor estaba de más. Ahora, esa superfluidad, hasta entonces disimulada (el autor, incluso el más decidido a perderse en la impersonalidad del libro, no dejaba de hablar, hablando, a veces de forma indirecta, de su libro), adquiere ese carácter de carencia que pide, fortuita o necesariamente, el comentario, el deseo de los otros de convertirse en los autores de dicha obra sin autor, irónicamente entregada por su soledad al interés de «todos». Pero la superfluidad, un momento representada dolorosa o alegremente por el autor, vuelve a obrar enseguida en la obra «en persona» que también está siempre de más, no sólo a la vista de la serie indefinida de las obras ya escritas en la que se incluye, sin embargo, necesariamente, con una necesidad de más, sino también con respecto a sí misma, como si todo aquello de lo que carece no pudiera inscribirse más que fuera de ella que no existe. De ahí, la llamada a una exigencia parceladora, repetitiva: los tres golpes que se dan en el teatro tradicional y que pretenden anunciar que algo va a ocurrir, precisamente cuando resuenan en la eterna tumba vacía.

- La obra, después de la muerte, es enviada, al igual que la paloma del Arca, a fin de reconocer lo que ha sobrevivido trayendo consigo el verdeante ramo del sentido, y

retorna —retorna siempre, quizás una o dos veces—, convertida, por el retorno, en la paloma de antes del diluvio, antediluviana.

- El que habla no tiene, por obra del habla, relación con el ser ni, por consiguiente, con el presente del ser: por consiguiente, no hablaba.

- *¿Qué es lo que te atormenta, pobre habla que nadie pronuncia, salvo por error?*

- *Muriendo como para comprobar que moría.*

- Repetir lo que no se ha oído y lo que no ha sido dicho: eso también, repetirlo —y detenerse de pronto, pretendiendo ver ahí la esencia de la repetición.

- Si escribir, morir, son palabras que están próximas entre sí gracias a la lejanía en la que se disponen, ambas incapaces de presente, se comprende que uno no pueda contentarse con simples sentencias que ponen en juego relaciones simples y, además, demasiado inmediatamente patéticas para mantener su carácter de relación —sentencias como éstas: cuando hablas, ya es la muerte la que habla, o bien, mueres escribiendo y, muriendo, escribes—. Todas ellas son formulaciones destinadas a mostrar lo que hay de casi risible en manejar sin precaución términos desiguales, sin la mediación del silencio o sin la larga preparación de un desarrollo tácito o, mejor, sin retirarles su carácter temporal. (Y, sin embargo, nuestra cultura vive de dichas relaciones simples, que sólo han sido invertidas: la idea de la inmortalidad asegurada por la obra, o la idea de que escribir es preservarse de la muerte, por lo tanto, guardarla en reserva, o la idea de que la muerte, por lo tanto, guardarla en reserva, o la idea de que la muerte del escritor liberaría a la obra arrojando sobre ella una luz nueva, una luz de sombra, y así sucesivamente, siendo la obra sospechosa

siempre de ser la vida de la muerte misma.) Morir, escribir, no tienen lugar, allí donde, por lo general, alguien muere, alguien escribe.

Hay, pues, que tachar, que retirar la palabra muerte de morir, lo mismo que el habla de la escritura. El habla evoca de forma demasiado natural, demasiado inmediata, la muerte. Hablar es perder más que retener; confiar al olvido más que a la memoria; exhalar la respiración (estar sin aliento) más que respirar. Hablar, en este sentido, un sentido irónico, es, en efecto, tener la última palabra, tenerla para no tenerla más: hablar con esa última palabra que nadie pronuncia ni recoge como siendo la última. De donde resulta —y es el comienzo de una larga y antigua certeza— que la escritura parece haber sido inventada para tornar más duradero aquello que no dura o para impedir que se pierda esa pérdida de habla que el habla siempre es. Dicho de otro modo, la escritura, esencialmente conservadora, marcaría, asegurando la salvaguarda y la identidad de las marcas. ¿Responderá alguien diciendo que, entonces, se trata de una escritura secundaria, aquella que acepta conservar el habla, siguiéndola, por medio de la tranquila sucesión temporal y del reposo de los libros? Se puede decir, pero siempre y cuando se diga también que la escritura es siempre segunda, en el sentido en que, incluso aunque nada la preceda, no se plantea como primera sino que, por obra de reenvío indefinido que ni siquiera deja lugar al vacío mismo, arruina más bien toda primacía. Ésta es, pues, apenas señalada, la dispersada violencia de la escritura, una violencia mediante la cual el habla ya siempre queda apartada, borrada de antemano y nunca restaurada, violencia que, ciertamente, no es natural y que nos impide, al morir, morir de una muerte natural.

- Pasado, porvenir, ni uno ni otro se dieron jamás; lo que fue es tan imprevisible como lo que será. La muerte, esa palabra mal unificada, interrogación siempre desplazada.

- *Las palabras no tenían sentido más que porque el sentido, al introducir la sospecha, al filtrarse, cual vapor invisible, deletéreo, de un lugar sin origen, no cesaba, al tiempo que parecía darles vida, de romper en pedazos, de mortificar las palabras.*
- *Cuando decimos: es locura o, más seriamente, está loco, el decirlo es ya locura.*
- *Miedo, miedo del miedo que nada especial provoca, salvo las noches sin sueño, las jornadas sin despertar, deseo de lo que provoca el miedo que nada provoca.*
- *Él dice la verdad, si no fuera así piensa que se volvería loco, pero no se da cuenta —o sólo demasiado tarde— de que la verdad es que está loco. Y, en adelante, cierra la boca para no tener que decir esa loca verdad, esperando —eso es lo espantoso—, sin embargo, permanecer en lo verdadero no diciendo nada.*
- *Inmóvil frente a ese amigo inmóvil, no obstante, nunca lo está bastante. De ahí, el sentimiento de una amenaza y el miedo —el miedo que nada provoca—; uno de los dos se mueve, no es del todo la vida; quizás uno se va a levantar, será de noche, el otro continuará montando guardia con sus vacilantes palabras.*
- *«Al hablar, se está usted atormentando.» — «Si no, me atormentaría al no hablar.»*
- *Según esperaban ante el umbral, allá lejos, y sin embargo, quizás inclinados ya hacia nosotros y mirándonos como si fuésemos una sola cosa, él ve, cayendo sobre el rostro de la joven, al igual que cae la noche, los oscuros cabellos que lo ocultan totalmente.*
- *«Hablamos, hablamos, dos hombres inmóviles cuya inmovilidad mantendría frente a frente, los únicos en hablar,*

los últimos en hablar.» — «¿Quieres decir que, en adelante, hablamos porque nuestras frases carecen de consecuencia de resultado, que son un balbuceo que proviene del fondo de los tiempos?» — «Tranquilízate, mira qué tranquilo estoy yo.» — «Tú no estás tranquilo, tienes miedo lo mismo que yo tengo miedo, el miedo nos vuelve majestuosos solemnes.» — «Solemnes, majestuosos.»

- Si, por medio de una reducción o de una disidencia preliminar, pudiésemos separar muerte y morir, habla y escritura, obtendríamos, aunque fuese muy costosa y penosamente, una especie de tranquilidad teórica, de dicha teórica, esa tranquilidad y esa dicha que atribuimos, en el fondo de su tumba dichosa, a los grandes muertos —los muertos son siempre momentáneamente grandes—, que son también, y como por excelencia, las figuras relevantes o los soportes de la teoría. La maraña, esa red mal ordenada, del habla y de la escritura, no se puede zanjar más que restaurándose cada vez e, incluso, tornándose más difícil de desenredar con la práctica (impracticable, soberana, ciega, lastimosa en todos los casos) de la escritura que sólo a toro pasado sabe, no sabiéndolo nunca más que con un saber de prestado, que ella cortó el nudo cuando ni siquiera estaba atado, y que esa decisiva violencia de la práctica es la única que lo convirtió en un nudo gordiano. Esa violencia tajante, preliminar, de la escritura es la que refuerza, efecto fuertemente irónico, la unidad escritura–habla permitiendo leerla en ambos términos (como un libro abierto que tiene, en una página, un texto llamado de traducción y, en la otra página, el mismo texto llamado original, sin que nunca se pueda decidir, dado lo mucho que se solapan identidad y diferencia, de qué lado está uno y de qué lado está otro, ni siquiera que se trata de un texto con dos versiones), dualidad que ella deshace y rehace cada vez dando lugar a un habla más astuta.

El habla es astuta, conforme a su propia debilidad, a su aptitud para borrarse, siendo tanto más ella misma

cuantas más trabas se pone, frenada hasta el balbuceo (nadie la buscaría entre los especialistas del habla; le resulta más «natural» que a la escritura carecer de relación con lo bello, con el bien: «¡Qué labia tiene ese hombre!»;⁸ en cambio, «el que escribe bien» no es más que el heredero del «que habla bien»; los juicios de valor han llegado a la escritura en la medida en que, como substituía del habla, la escritura la remataba y cumplía. De ahí, se dirá que aún está viva e incluso desfalleciente a fin de estar lo más cerca posible de la vida, la cual brilla mejor, como esencia de la vida, en el momento en que se pierde. Pero el habla moribunda (habla no moribunda, sino del morir mismo) ya ha sobrepasado siempre, quizás, el límite que la vida no pasa: pasando, sin saberlo, por el camino que la escritura ha facilitado marcándolo como impracticable.

- Supongamos que morir no esté iluminado por lo que parece darle sentido, el estar-muerto. La muerte, el estar-muerto, nos conmocionan con toda seguridad, pero como un acontecimiento bruto o inerte (la cosa misma) o bien como la inversión del sentido, el ser de lo que no es, el penoso no-sentido que, sin embargo, siempre es retomado por el sentido, allí donde sigue dominando, a su manera penosa y tranquilizadora, el poder del ser. Después de todo, «estar-muerto» consigue hacer que la palabra muerto/muerte pase en posición atributiva, como uno de los atributos memorables del ser, como un signo sólo desconcertante de la omnipotencia del ser que rige siempre, aún, al no-ser. Pero morir, lo mismo que no *puede* rematarse o cumplirse, ni siquiera en la muerte, tampoco se deja situar o afirmar en una relación con la vida, aunque sea una relación declinante, una declinación de la vida.

8. En francés: *C'est un beau parleur*. En la traducción en castellano de esta expresión, resulta imposible mantener esa asociación con la belleza a la que alude Blanchot en el texto francés, pues sería totalmente inusual que dijéramos: «¡Qué labia tan bella tiene ese hombre!». [T.]

Morir no se localiza en un acontecimiento, ni dura al modo de un devenir temporal: morir no dura, no se termina y, al prolongarse en la muerte, arranca a ésta del estado de cosa en el que querría apaciguarse. Morir, el error de un morir que carece de remate, es lo que vuelve sospechoso al muerto e inverificable a la muerte, retirándole de antemano el beneficio del *acontecimiento*. Y la vida no sabe nada del morir, no dice nada de él, aunque no lo confina al silencio. De pronto y desde siempre, hay un susurro en medio del habla, el rumor de ausencia que pasa por y fuera del discurso, una parada no silenciosa que interviene, allí donde el ruido de la escritura, receta del tenebroso curador, mantiene un intervalo para morir, aunque morir, quizás el intervalo mismo, no puede tener lugar ahí. Morir: aquello que no toma apoyo en la vida; pero también es la muerte la que nos impide morir.

- Si la desocupación de lo neutro obra en alguna parte, no la hallarás en la cosa muerta, sino allí donde sin vida sin muerte sin tiempo sin duración, cae el gota a gota del morir: ruido demasiado estridente para que se pueda oír: aquello que susurra en el estrépito que retumba, aquello que balbucea en la cúspide de esa bonita habla.

- *Las frases no se comunicaban, no se conocían, jugaban entre sí de acuerdo con los límites de lo próximo y lo lejano y con las decisiones desconocidas de la diferencia.*

- Morir, en ese sentido, no tiene la consistencia abrumadora del no-ser, la irrevocabilidad de lo acontecido, del ser en (el) pasado. No es más que un simulacro, algo que finge y finge borrarse borrándonos. El «fingir», el desmoronamiento del morir, es lo que, a cada instante fuera del instante, paralelamente a la sinuosa línea de la vida, hace que nos deslicemos por una senda perversamente recta.

- Morir: como si no muriésemos nunca más que en infinito. Morir: el reflejo en el espejo quizás, la rever-

beración de una ausencia de un rostro, menos la imagen de alguien o de algo que no estaría allí que un efecto de invisibilidad que no afecta a nada profundo y que sería sólo demasiado superficial para dejarse captar, o ver, o reconocer. Como si lo invisible se distribuyese en filigrana, sin que la distribución de los puntos de visibilidad tuviese nada que ver con ello, por lo tanto, no en la intimidad del dibujo, sino demasiado fuera, en una exterioridad de ser de la que el ser no lleva marca alguna.

- La proverbial fórmula: «Desde el momento en que alguien viene a la vida, es suficientemente viejo para morir» resulta, ciertamente, impresionante, en la medida en que distribuye aleatoriamente a lo largo de toda la vida, en una relación imprevisible con la duración, la posibilidad mortal. Sin embargo, con dicha fórmula, existe todavía una relación fácil entre la vida y la muerte: morir sigue siendo una posibilidad —un poder que la vida se otorga o que se verifica en ella y se confirma en la muerte—, bien determinada, de ese modo, entre dos términos (se comienza a morir con ese comienzo que es el principio de la vida —la expulsión del nacimiento es así retomada, metafóricamente, como un perturbador encuentro con una especie de muerte—, y se termina de morir con lo que termina la vida, la igualdad cadavérica o, para acercarnos más al gran reposo ulterior, la igualdad entrópica del universo). Ahora bien, quizás morir no tenga ninguna relación determinada con vivir, la realidad, la presencia de la «vida». Quizás no sea más que un puro fantasma, una burla que ninguna huella materializaría en (el) presente, o también una locura que conmocionaría al ser de arriba abajo y que, al mismo tiempo, no nos afectaría más que como una neurosis imperceptible, que escapa a toda observación, invisible porque es demasiado visible. Escribir así, quizás: una escritura que no fuese una posibilidad del habla (como tampoco morir es una posibilidad de la vida) —un susurro no obstante, una lo-

cura no obstante que se ventilaría en la superficie silenciosa del lenguaje.

- Morir (la no-llegada de lo que acontece), el entredicho que se ríe de la interdicción, allí donde, en cierto modo, estaría entredicho morir y, por consiguiente, donde morir, sin llegar nunca a un acto decidido de transgresión, dispersaría, con su indecisión (siendo morir esencialmente indeciso), el momento infinitamente dividido por él y a partir del cual, si dicho momento se recompusiese, habría que morir fuera de la ley y siempre clandestinamente.

- *En medio del pueblo de los muertos pasa el escalofrío del rumor: está entredicho morir.*

- La muerte súbita, propia, optativa, aquella que absuelve a ese morir.

- El trabajo del duelo: el reverso del morir.

- La muerte que golpea en plena vida, como en un lugar sustraído al movimiento de morir (una muerte sin morir): analítica, y con una práctica que separaría lo inseparable, escritura-habla. Pero el morir ya estaba allí invisible y, no obstante, en ninguna parte, sin efecto, sin relación con esa súbita rapidez, que es lo propio de la muerte, aunque sea lenta.

- La imprevisibilidad de la muerte, la invisibilidad del morir.

- El golpe único de la muerte repetitiva. Si la muerte sólo tiene lugar una vez es porque morir, al reiterarse sin fin por obra de su incumplimiento esencial, el incumplimiento de lo incumplido, se repite, sin que dicha repetición sea numerosa y sin que ese número haga un número, como un corazón que late y cuyos latidos serían, todos ellos, ilícitos, no numerables.

- «Está entredicho morir»: constantemente oímos esto dentro de nosotros, no como una llamada obligatoria a la vida, sino como la voz misma del morir que rompe cada vez la interdicción (como le ocurre de forma demasiado clara al que, al darse la muerte, muere [en] entredicho).

Quizás se castiga el acto de matar, de matarse, de una forma tanto más decidida que no se puede alcanzar, y menos aún sancionar, el inasequible movimiento de morir. Matar, matarse: como un derecho sobre el morir. Pero el horror de los cambios de la muerte, de esos millares de moribundos, de pronto e incesantemente declarados, contados, identificados, torna cada moribundo como culpable de su muerte, que jamás fue más inocente, y le condena a *morir* de la propia abyección de *la muerte*, poniendo de manifiesto, con una suprema indiscreción, aquello que no se podría dejar ver.

¿Dónde está el acontecimiento de la muerte? ¿Dónde la oscuridad del morir? Como dos frases nunca pronunciadas, que no entrarían en resonancia, machaconas y espantosas, más que en el momento —en todo momento— de derrumbarse todo lenguaje.

- «Muero de no morir» no expresa sólo el deseo mortal que procede, como si fuera irrealizable, del atractivo de la muerte: deja presentir el movimiento de morir, su duplicación incesante y simultánea bajo una relación corrosiva, de signos diferentes, en donde se ventila mortalmente el juego de la diferencia. Morir de no morir dramatiza, hace brillar un instante, con la paradoja de la formulación, la imposibilidad de mantener en posición sólo afirmativa, sólo negativa, la diferencia que sustenta la palabra morir.

- *Morir —muriendo en el frío y la disolución del afuera: siempre fuera de sí como fuera de la vida.*

- El suicidio, tentación de desafío tan extendida y tan clara (demasiado clara) que parece difícil —casi embara-

zoso— resistirse a ella. Acto de transgresión: el entredicho, no ya pronunciado por una ley o por la «naturaleza», sino por la mortal indecisión del acto mismo, ese entredicho, de pronto roto al mismo tiempo que afirmado, la transgresión cumplida al mismo tiempo que suprimida, y el recorrido de la transgresión —el «paso (no) más allá», allí donde, sin embargo, no se pasa— peligrosamente simbolizado, concedido a título de «representación personal»: el difunto,⁹ como suele decirse. Acto inesperado (sin esperanza) de unificar la duplicidad de la muerte y de reunir en una sola vez, con una decisión impaciente, las eternas repeticiones de lo que, muriendo, no muere. Luego, la tentación de nombrar, es decir, de personalizar, atribuyéndoselo, el anonimato, aquello que sólo se dice en tercera persona y en neutro. O también el poder de ampliar, como a su medida, localizándolo y fechándolo, lo infinitamente pequeño, y que siempre escapa, de la muerte —todo ello en la exaltación, el cansancio, la desdicha, el miedo, la incertidumbre, el dolor que se siente por los demás, movimientos que están, todos ellos, destinados a encubrir la *indiscreción* de semejante acto, indiscreción que se ha cometido, sin embargo, de forma evidente y esencial: ambiguo rechazo de someterse a la exigencia de morir silenciosa y discretamente—. Respetar el silencio en el acto de callar. La *imposibilidad* del suicidio, sola, atenúa esa espantosa indiscreción: como si se hubiera fingido que se fundía, a pleno día, ciertamente, pero con una luz tal que, pese a la ostentación, nadie ve nada ni sabe en absoluto lo que ocurre.

- Morir, como la mano que a poca distancia del papel se mantendría inmóvil sin escribir nada o que, incluso, se pondría a hacerlo sin trazar nada (quizás porque lo que escribe no se revelará hasta más tarde, de acuerdo con los burdos procedimientos de la tinta simpática).

9. En francés: *le trépassé*. En castellano resulta imposible, también en este caso, conservar la alusión francesa al *pas*. [T.]

- Morir, en la discreción que dicha palabra se atribuye a sí misma, distinguiéndose de la tosquedad, de la visibilidad de la muerte, se torna a su vez extremadamente visible, a la manera de una entidad (el morir) que disimula su forma mayúscula, forma que, como bajo el efecto de un reactivo o de un recalentamiento —la fiebre de la vida—, la enfermedad y la vejez nos ayudan a revelar. Al morir de enfermedad o de vejez, no morimos sólo enfermos, viejos, sino privados o frustrados de lo que el morir mismo comportaría de pretendidamente secreto: por consiguiente, reducidos a no morir.

- Quizás no haya desafío alguno en el desafío por obra del cual nos daríamos, don siempre inmerecido, la muerte; ahora bien, ese desapercibido desafío que todo deseo supone, el atractivo sin atractivo que, de pronto y a nuestro pesar (no, *yo* no deseo morir), ilumina y quema, consumiendo, devastando la secreta paciencia —la obstinación— de morir y traicionando el irrevelado, el indeseado deseo que el movimiento de morir sustentaría (sin conducirnos a morir y, más bien, bajo la forma de un rechazo, de una infinita ansiedad que el pensamiento del fatal vencimiento, en vano, concreta).

- La vulgaridad o la obscenidad (el mal agujero) de la muerte: su falta de comedimiento que proviene de la *exposición*, es decir, de lo que la convierte, a pesar de todo, en algo público: entregada al hacerse pedazos, a la disolución del afuera, lo cual, debido a un paralelo difícil de evitar, difícil de aceptar, tiende a dejar que se piensen conjuntamente la inocencia mortal y la inocencia sexual en su recíproca inconveniencia, en la perversión que «conviene» a ambas (perversión de lo que nunca es recto), en el pudor que dicha perversión requiere o rechaza (aunque requiriéndola siempre), cosas, ambas, que son llamadas sucias y que se descomponen de acuerdo con una pluralidad que sería aún más sucia que todas las cosas sucias (pero pluralidad inmediatamente recuperada,

ocultada —¿cómo podría ser de otro modo?—, mientras proseguimos nuestro trabajo de unificación, bajo la necesidad de hablar y de pensar la sexualidad como unidad de las cosas sexuales —todo lo que se vierte, se desgarrá, se deshace, sin propiedad ni apropiación personal alguna— y la muerte como unidad de los efectos mortales). Sin embargo, la pasividad de la muerte hace que, por contraste, aparezca todo lo que aún queda de acción, de impulso, de juego vivo en el rodeo o en el desgaste sexuales: al morir, no gozamos de la muerte, incluso aunque la deseemos, mientras que el deseo, en el juego sexual, aunque sea mortal, y aunque se aparte de todo goce y lo torne imposible, nos promete aún o nos brinda el movimiento de morir como aquello que podrá ser recogido —goce infinitamente repetido— de la vida, a *expensas* de la misma.

- Exponemos al muerto apresuradamente, lo inhumamos apresuradamente: ocultando, de inmediato, lo que habíamos mostrado como si estuviésemos bajo la presión de una publicidad o bajo la exigencia de un sacar a la luz definitivo. La muerte siempre es pública, pide ser publicada; entonces se remata y considera que estamos en paz con ella cuando hemos identificado oficialmente lo no-identificable: de ahí, esas ridículas ceremonias en las que el público se apiña, pues eso le pertenece, lo mismo que él pertenece a lo que ahí se publica, en una soberanía pública en la que se reconoce, encantándose, lamentándose, curioso, ajetreado, mortalmente agitado, participando de todas formas (aun cuando no tome parte alguna) en esas fiestas fúnebres y afirmando su derecho a (pro)seguir: exequias.

- *En el umbral, procedente de fuera quizás, estaban los dos nombres jóvenes, como dos figuras de las que no seríamos capaces de afirmar si están detrás del cristal, dentro, fuera, pues nadie, salvo ellas que de nosotros lo esperan todo, podría decir dónde nos hallamos nosotros.*

- *Cuando de nuevo emprendiese su marcha, levantándose una vez más para cruzar la habitación y salir al encuentro de ellos, sería interpelado de inmediato, volvería de inmediato, se sentaría a fin de responder más cómodamente y se daría cuenta de que no ha dejado nunca de estar inmóvil. Quedaría el sentimiento asustado del retorno.*
- *Gracias por todas esas palabras que no han sido dichas.*
- Saber consume fuerzas, pero no saber las agota.
- La transgresión no trasgrede la ley, se la lleva consigo.
- *La noche, aún más nocturna, más extraña a la noche: la noche de las frases.*
- *¿A dónde va, usted, a quien le falta la noche?*
- No poder ya, de modo que, tras estas palabras, tampoco se pueda saber lo que ya no se puede.
- Escribir, cuando ya no se puede vivir, no es ni siquiera tan absurdo como se siente al escribirlo en esas condiciones. Cada cual recibe el derecho de añadir un codicilo en el ultimísimo momento.

El ultimísimo momento, ese estremecimiento de un corazón que ya no late al unísono con la vida.

El ultimísimo momento: por mucho que, al escribir dicha palabra, notemos toda la superchería que hay en escribirlo, incluso aunque añadamos que no pertenece a ningún momento, que no es, por consiguiente, el ultimísimo —sin embargo— (¿hay, entonces, que darte las gracias por «sin embargo», la palabra suplementaria a la que, esta vez, nada sigue, salvo —salvo esa pura gratitud?).

- *«No hay aquí más superchería que en cualquier otra parte: hablamos del último momento, precisamente porque*

nos impide hablar, incluso aunque, desde hace ya tiempo, no hablásemos.»

- Si la muerte, de acuerdo con unos plazos caprichosos, magnifica al muerto, no es por esa misma razón, fácil, que el silencio de éste, que, en adelante, ha pasado del adentro al afuera, requiera una potente habla pública que cada cual se considera con el derecho de hacer audible: el derecho de hablar en su lugar, con un poder de suplencia que le es delegado y que lleva a cabo haciendo su propio elogio en dicho elogio, asegurando de antemano su supervivencia, la supervivencia del habla; elogio, la buena habla que sólo dice, repitiéndolo, por desgracia.

- *Dormía con ese sueño que necesita miramientos, precisamente porque nada puede ya interrumpirlo.*

- Una superchería sin duda, superchería última, el engaño de lo que está en suplemento, de lo que se añade al final sin derecho alguno, la «soberanía» —sí, se puede decir todo ello, pero siempre y cuando se piense que semejante embuste nos viene de la muerte, esa gran falaz, tan engañosa que seguimos engañándonos al calificarla como tal.

- *Cuanto más se encierra tanto más dice que pertenece al afuera.*

- *Intento de delimitar aún, con la ausencia de límite, cierto territorio.*

- Pero el engaño de la muerte pública (que convierte la irrisoria presencia en algo sublime, exalta lo que ya no está ahí y otorga a todos el don de la pérdida misma) obra ya en el simulacro de morir, la insinuación y la perfidia con la que se nos interpela: «Mueres y, sin embargo, no mueres y, sin embargo, mueres».

- *La angustia, de nuevo ahí la angustia, él tenía que escribir dicha palabra que no le dejaba escribir nada más, ni siquiera esa palabra de pronto entredicha, impronunciable, tan desmedida que nada había en su vida que fuera suficientemente vasto, suficientemente vano para contenerla y, entonces, tenía —ésa era la trampa— que agrandar esa vida hasta la falsa conciencia de que no vivía, de que moría.*

- *Había como una palabra que no podía pronunciarse, incluso cuando se terminaba diciéndola y quizás, precisamente, porque era preciso en todo momento, y como si no hubiera bastantes momentos para ello, decirla, pensarla.*

- *Se la puede escribir una vez, vivirla una vez: al igual que, a lo sumo y como por inadvertencia, se podría, de un modo único, llegar a la locura —pero ¿qué ocurre cuando ésta vuelve por segunda vez?—. Se tendría derecho a considerarse mejor defendido frente a un adversario más familiar, del que se conocerían (¿qué conocimiento tan extraño!) las astucias, el atroz contacto y, asimismo, las debilidades. Ahora bien, ya no se piensa más que en una cosa: lo que ha sido imposible —la locura—, incluso en el recuerdo que se conserva de ella, es posible de nuevo, y lo que ha sido posible una vez, la gracia de liberarse, es ahora lo imposible, tanto más cuanto que no se puede recurrir a los mismos socorros (se puede haber sido débil un día; la debilidad que se repite, incluso aunque sea la desdicha la que se repite en ella, no merece consideración alguna). ¿Qué queda? De nuevo la posibilidad extrema, aquella que ofrece la locura para que nos podamos defender de ella y sobre la cual ha estampado su marca —¿una posibilidad entredicha?— con toda certeza, pero ¿acaso la locura, que no estaba menos entredicha, no está ahí, a su vez, sin derecho, no ya liberando de toda legitimidad, sino condenando toda vida, toda muerte, a una ilegitimidad suplementaria?*

• Si escribir, morir, están relacionados, relación siempre rota en dicha relación y que se hace aún más añicos, en cuanto una escritura pretendiese afirmarla (pero no afirma nada, sólo escribe, ni siquiera escribe) es porque, bajo el efecto de un mismo engaño (el cual, al engañar por ambos lados, no es nunca el mismo), dichas palabras entran en resonancia. Y se pueden entonces enumerar unas afirmaciones en serie: decir que el libro es para la escritura lo que sería la muerte para el movimiento de morir; decir que escribir, morir, son lo más discreto que hay, aunque siempre son divulgados por el último acto público, la gran lápida sepulcral del libro, la soberana publicación de la presencia ausente; decir que morir, escribir, aunque no caen bajo una interdicción ya pronunciada por una ley, tienen que ver con un entredicho no promulgable, lo mismo que con una trasgresión vacía. Oscuro centro de relaciones falaces. No morimos en falta, como tampoco escribimos siendo culpables; sin embargo, hay ahí una ruptura que el término de finitud no aclara bien y de la cual los mitos religiosos nos vuelven demasiado conscientes. Morir es una «ley de la naturaleza» y, no obstante, no morimos naturales. No podemos obrar de otro modo, y esa necesidad de la que estamos seguros sin creer en ella (siempre quedamos sorprendidos, en el momento final, por lo increíble) deposita sobre el rostro de todos nosotros la máscara con los ojos cerrados de la infidelidad: nos abandonamos, abandonamos a aquellos a los que no deberíamos fallar, abandonamos la «vida» y ello debido a una especie de distracción, como si, de haber estado más atentos, hubiéramos podido evitar lo inevitable. Pero, ciertamente, es más que una traición: es una falsa traición. Todo está falseado cuando morir entra en juego; incluso la falta es un embuste, desfallecimiento que, finalmente, no falla para nada y que no le falla a la vida, que siempre saca provecho de ello. Como, quizás, de la escritura, forma que, mediante otro embuste, el movimiento de morir nos propondría como una compensación, como un desvío de la ilusión, la tram-

pa finalmente: como si, al escribir, tuviésemos que morir suplementariamente, y más injustificados, con una pérdida de inocencia que, a su vez, es inocente, pero que nos compromete a hacernos responsables del movimiento de morir —transgresión que no transgrede nada.

- Ese rasgo de entredicho sin interdicción: tornándose cada vez más visible hasta esa singularidad en la que se denuncia como locura.

- *Declarado siempre y por doquier culpable y, por ello mismo, fuera de causa.*

- Esas singularidades, repartidas a lo largo de una recta perversa, morir, volverse-loco, escribir. Morir nos da a entender: una anomalía normal; la regla, la irregularidad misma; y no una excepción a una regla sino aquello que, por ser regular, no puede pertenecer a una ley. Ocurre que, en ciertas sociedades, se marchan o son deportados fuera del territorio aquellos que dejan vislumbrar la muerte —la cosa— en el morir que es la irrealidad: la exclusión social destierra, acusándola, la oscura transgresión, a saber, el hecho de que, en adelante, la anomalía, al dejar de disimularse, aparece, o también que lo que se muestra es la indecisión misma sobre la cual hay que tomar una decisión, por medio de la exclusión. Los muertos no son una buena compañía, pero son recuperados de inmediato por los ritos: las grandes ceremonias fúnebres, las minuciosas reglas protocolarias, el duelo siempre colectivo y siempre público, los establecen en un paraje social, aunque esté separado: cementerio, mito, historia familiar o legendaria, religión de los muertos. La indecisión mortal no tiene lugar, ni estatuto que apacigüe. Incluso cuando morir parece llenar el ser hasta el punto de que se denomina a éste, no sin apuro, un moribundo, no sabemos, frente a la extrañeza indecisa, lo que será de nosotros que estamos ahí, desocupados, cerca de un lugar en donde se ventila el azar, asistiendo a la no-presencia,

heridos en nuestra más íntima fidelidad: nuestra relación, dentro de nosotros mismos, con un sujeto. Y, de acuerdo con las costumbres del día, nos afanamos sin hacer nada, ayudamos al vivo, lo ayudamos a morir, pero no ayudamos al morir: algo se está cumpliendo ahí, en plena ausencia y por defecto, que no se cumple, algo que sería el «paso (no) más allá» que no pertenece a la duración, que se repite sin fin y que nos aparta, a nosotros (testigos de lo que escapa al testimonio), tanto de toda conveniencia como de toda relación con un mí, sujeto de una Ley. Y muy bien podemos entender y decir que el habla silenciosa, ese susurro infinito, se pronuncia entonces también en nosotros, que morimos con aquel que muera, lo mismo que éste muere en nuestro lugar, en ese lugar en el que creíamos permanecer —no ya muriendo porque perdemos una parte de vida común, sino, más bien, porque es el «morir», la pérdida intransitiva, lo que compartimos con él, en un movimiento de pura pasividad que la pasión sin lágrimas pretende a veces asumir—. Eso, lo podemos decir y, sin duda alguna, con razón. Sin embargo, nada se dice si no nos forzamos a pensar aquello que ni siquiera la evidencia de la agonía revela, la invisible ruptura de entredicho, la transgresión de la que, entonces, nos sentimos cómplices porque es, asimismo, nuestra propia extrañeza: algo que conmociona, pero que también resulta profundamente chocante. En el exiguo espacio en el que eso se cumple no cumpliéndose, ya no hay ley, ni sociedad, ni alianza, ni unión —y, sin embargo, nada está libre, nada a salvo: solo bajo la apariencia de una violencia devastadora y de un sufrimiento que se apaga, un secreto que no se dice, un habla desconocida que arrastra consigo al silencio.

- *«No sé, pero sé que estoy a punto de haber sabido»*: así habla el morir a través del sufriente silencio de aquel que muere.

• *Una mano que se tiende, que se niega, que, de todas maneras, no podríamos asir.*

• Transgresión vacía, imagen del movimiento de toda transgresión a la que nada prohibido precede, pero que no se plantea tampoco el límite con el franqueamiento de infranqueable. Ni antes, ni durante, ni después. Es como si fuera en otra región, lo otro de toda región. En el ámbito del día reinan la ley, el entredicho que ésta decreta, lo posible y el habla que justifica. En el ámbito nocturno, están las faltas contra la ley, la violencia que rompe el entredicho, lo no-posible, el silencio que rechaza lo justo. La transgresión no pertenece ni al día ni a la noche. Jamás se encuentra con la ley, que, sin embargo, está por doquier. Transgresión: el cumplimiento inevitable de lo que es *imposible* cumplir —y que sería el morir mismo.

«Está entredicho.» — «Es inevitable.» — «Sin embargo, hay que evitarlo siempre, de acuerdo con el movimiento de la duración y como si no hubiese momento presente, adecuado para el vencimiento.» — «De ahí esa necesidad, sin justificación, de hacerle ganar siempre un momento más, un suplemento de tiempo, no ya a la vida, sino al morir que no se produce en el tiempo.» — «Morir difiere, sin pedir ningún aplazamiento ni dejarse, al no cumplir el plazo, marcar por delito alguno: extraño también a ese futuro presente que el tiempo detenta como sucesión de presentes.» — «Mueres y, sin embargo, no mueres y, sin embargo: así te habla, en un tiempo sin presente, el morir que difiere.» — «De acuerdo, quizás, otra vez con la exigencia del retorno: eso tendrá siempre lugar, porque siempre ha tenido ya lugar.» — «Como si morir nos dejase en cierto modo *vivir* en el eterno rodeo de un pasado y en el eterno rodeo de un porvenir que ningún presente unificaría.» — «Morir no se declina.» — «Ese infinitivo inerte, agitado por una neutralidad infinita, que no podría coincidir consigo mismo: infinitivo sin presente.» — «De ahí que se pueda afirmar: está entredicho morir en (el) presente.» — «Lo que quiere asimismo

decir: el presente no muere, y no hay presente alguno para morir. Es el presente el que, en cierto modo, decretaría la interdicción.» — «Mientras que la transgresión del morir, que siempre ha roto ya con el tiempo presente viene a sustituir, en el no cumplimiento que le es propio a la duración trinitaria que unifica el predominio del presente, el tiempo de la diferencia en el que eso siempre tendrá lugar porque siempre ha pasado ya: morir, volver de nuevo.» — «La interdicción queda a salvo: en (el) presente, no se muere.» — «Queda a salvo. Pero, en la medida en que el presente es el que la decreta y en que la transgresión se incumple en un tiempo futuro-pasado, sustraído a cualquier afirmación de presencia, la transgresión siempre ha retirado ya también al entredicho del tiempo presente de su declaración: lo ha impedido o entredicho dislocándolo.» — «Sería, por lo tanto, “afirmado” un tiempo sin presente, de acuerdo con la exigencia del retorno.» — «Por eso, la transgresión misma no se cumple.»

- Morir en el desdoblamiento múltiple de lo que no tiene lugar en (el) presente. No se muere solo, y si, humanamente, es tan necesario ser el semejante del que muere es, aunque de un modo irrisorio, a fin de compartir los papeles, de atenuar el morir de esa interdicción que le espera permitiéndole alcanzar la trasgresión inmóvil. Con la más suave de las interdicciones retenemos al moribundo: no mueras ahora, que no haya un ahora para morir. No: la última palabra, la prohibición que se convierte en lamento, el negativo que balbucea: no —morirás.

- Si la interdicción «no matarás» no se escribe más que en unas tablas ya quebrantadas, es porque, de pronto, hace que la Ley predomine, al sustituir el imposible encuentro del entredicho y de la transgresión por la afirmación de un tiempo sucesivo (de acuerdo con un antes y un después) en donde, primero, está el entredicho, luego el reconocimiento del entredicho, luego el rechazo por

medio de la ruptura culpable. ¿Qué significan las tablas quebrantadas? Quizás la quiebra del morir, la irrupción del presente que morir ha introducido siempre de antemano en el tiempo. «No matarás» significa evidentemente: «No mates a quien de todas formas morirá» y significa: «A causa de eso, no atentes contra el morir, no decidas de lo indeciso, no digas: ya está hecho, otorgándote un derecho sobre “todavía no”; no pretendas que la última palabra está dicha, que el tiempo está rematado, que el Mesías ha llegado por fin».

- Pensamiento, morir: a veces uno más rápido que el otro, lo infinitamente pequeño, más reducido que aquello, lo infinitamente pequeño, ambos fuera del presente, cayendo en el vacío del futuro, en el vacío del pasado.

- Cabe que nos interroguemos sobre lo neutro sabiendo que la interrogación va no más allá de la interrogación; ésta ya estaría neutralizada y «¿qué es...?» no puede ser su forma, ni siquiera dejando vacío el lugar de lo cuestionado no cuestionando más que ese lugar vacío; quizá porque lo neutro viene siempre en la cuestión fuera de cuestión. Cabe que nos interroguemos sobre lo neutro, sin que lo neutro entre en la interrogación. En cuanto a la respuesta, el repetido eco de lo neutro, ni siquiera es pura tautología, puesto que dispersa el habla de lo mismo. *Lo neutro, lo neutro*: ¿Es una repetición, o algo del estilo de las carambolas que, al infinito, con el deslizamiento de lo que se desliza, declinan múltiples series: el guijarro, la propulsión, la superficie sustentadora, la superficie que se zafa, el tiempo, la recta que se torna curva y retorna hasta esa caída que proviene, sin pertenecer a ellos, de todos esos momentos y que, de ese modo, no puede aislarse, aunque tiene lugar aparte, de forma que el punto singular que la marcaría permanece, en su singularidad, fuera de la realidad del conjunto: ¿Irreal e irrealizado?

• *Cada uno de nosotros espera el habla que le autorice: «Sí, lo puedes.» — «No lo puedo.» — «Entonces ¿a qué esperas?» — «Espero lo que no deseo.» — «No hay habla que autorice; todo lo que autoriza concierne a la vida; estás, pues, autorizado a vivir.»*

• Morir sin autoridad, como le conviene a aquel que usurpa el nombre de autor y que, sin dejar de morir, sin cesar y sin continuidad, se considera así autorizado a diferir morir.

Morir difiere, sin que se difiera de morir.

Morir no autoriza a morir.

• *«Ahora, lo puedes.» — «Por lo tanto, ya no lo puedo.» — «Ahora no pasa, se mantiene.» — «Ahora se afina cada vez que lo pronuncias, siempre más pequeño y más frágil que tu habla o tu pensamiento.» — «Ve, pues, de umbral en umbral, pobre morir.»*

• La dificultad de morir procede, en parte, de que nosotros lo pensaríamos sólo en (el) futuro y de que, al pensarlo en (el) pasado, lo inmovilizamos bajo la especie de la muerte. Morir en (el) pasado sería estar-muerto. O bien el pasado de morir sería esa pesantez que tornaría el morir por venir cada vez más pesado, más privado de porvenir. Como si morir durase y finalmente, igual que resulta vano denunciar su ilusión, viviese, cual doblote de la palabra vivir. Ahora bien, y enseguida, notamos que ambas series no son correlativas: quizá porque morir, en su repetitiva singularidad, no forma una verdadera serie o, por el contrario, no forma más que una serie, mientras que vivir escapa a la dispersión serial, al requerir siempre un conjunto, en todo vivo, la presencia viva del todo de la vida.

La exigencia del retorno, imposible de pensar, futuro vacío, pasado vacío, nos ayuda a asumir (en la imposibilidad de pensarlo) lo que podría ser el ya siempre caduco del morir, aquello que ha pasado sin dejar huellas y que

habría que esperar siempre del infinito vacío del porvenir, espera excluida del presente y que no sería más que la doble caída en el abismo, es decir, el abismo doble de la caída o, para hablar más sobriamente, la duplicidad de la diferencia. Morir, volver de nuevo.

- Morir demasiado ligero, más ligero que cualquier fantasma en su fantasmagórica pesadez.
- Morir de acuerdo con la ligereza de morir y no por la pesantez anticipada de la muerte —el peso muerto de la cosa muerta— sería morir en relación con cierta inmortalidad.
- *La transgresión, esa ligereza del morir inmortal.*
- Ofuscación, devolver morir a sí mismo, al igual que, al atravesar la ciudad, se devuelve al transeúnte a su tránsito. Morir en ese retorno al morir. No hay guardián del morir.
- *La casa ofuscaba a los fantasmas: aquí y allá, un umbral a falta de suelo.*

Vendrían, yendo de umbral en umbral, buscándonos, dejando que se los buscase, los jóvenes nombres.

- *«No olvide que no debemos hacer nada para que vengan.» — «Ni nada para que no vengan.» — «No buscarlos.» — «No huir de ellos.» — «Eso es demasiado simétrico: sin ir a buscarlos, sin huir de ellos, usted puede, sin embargo, dirigir su voluntad de tal forma que las posibilidades de encuentro no se deban a lo que hace: evitarlos para que lo inevitable permanezca oscuro.» — «Más general que mi voluntad no hay voluntad tal a la que yo debiese temer sustituirme: es como una necesidad, atrayente o repelente, pero siempre atrayente, cuyo atractivo podría reconocer sin maniobras propias e, incluso, sin espera.» — «Atractivo mediante el cual, al permanecer en el misterio de*

la ilusión, pensamos también reconocerlos, nombrarlos mantenerlos a distancia bajo el brillo del nombre y, embelleciéndolo de ese modo, facilitar su aproximación.» — *«Siempre próximos, demasiado próximos para que estén cerca de nosotros.»* — *«Y, no obstante, separados por el solo movimiento de su venida.»* — *«Vienen.»* — *«No vienen.»*

- *Las sentencias intercambiadas por encima de la pesada mesa de mármol iban de la inmovilidad a la inmovilidad. Él se alejaría unos pasos, escuchando allá el joven susurro de los días y de los años. Alrededor, había hombres aparentemente dormidos, tumbados en el suelo, con unas mantas echadas sobre ellos, lo mismo que se echa tierra en un talud, y esos pequeños montículos innombrables, pensamientos de la ciudad hecha migas, se igualaban hasta convertirse en el desnudo piso de la estancia.*

- Recuerdo esta frase, sabiendo sólo que pertenece a un recuerdo: *«No sé, pero presiento que voy a haber sabido».*

Aparentemente detenta su poder del modo en que la flexión verbal declina el presente en todas las formas de su decadencia. «No sé» tiene, por sí mismo, un atractivo sumamente dulce: es el habla más simple; la negación se recoge en ella para callar, acallando el saber y, como puede ser una respuesta concreta a una pregunta concreta («¿sabe usted si...? — No sé»), no pretende alcanzar ya el silencio aún ambiguo, filosófico, místico del no-saber. *No sé* es sosegado y silencioso. Es una respuesta que no pertenece ya del todo al diálogo: una interrupción a la que se le retira el abrupto rasgo de la cesación —como si saber y negación se suavizasen mutuamente para llegar hasta un límite en donde su común desaparición sería sólo aquello que escapa. «No — sé» muestra la doble potencia de acometida que conservan, aislados, ambos términos: la decisión del saber, el tajante filo de lo negativo, la aris-

tada sentencia¹⁰ que, por ambos lados lo termina todo con impaciencia. «Sé» es la marca soberana del saber, el cual, en su impersonalidad y en su intemporalidad, toma apoyo en un «Yo» azaroso y en un presente ya disipado: es la autoridad, la afirmación no ya del saber como tal, sino de un saber que se quiere considerar saber. En cuanto a la negación, su fuerza es la del entredicho, en la interpelación de la Ley que siempre ha recuperado ya la carencia bajo la forma de lo prohibido. «Lo sé —está entredicho...—.» *No sé.* En esa respuesta que responde más allá de la respuesta, no hay rechazo, pero sin que la constatación, la comprobación de un relativo estado de hecho empírico («no sé, podría, otros podrían saber») le baste a la modestia del habla. *No sé* no constata nada y se borra, arrastrado por un eco que no repite porque lo que repetiría le retiene de resonar. Sólo nos quedan esas dos indicaciones: ¡Qué dulce es el saber cuando *no sé!* ¡Cómo se aparta la negación del entredicho cuando *no sé* la deja perderse en la susurrante distancia del hiato!

«*No sé*, mas *presiento.*» *Mas*, aunque fuese bajo la forma de un más, no viene a quebrantar el silencio, sino que lo prolonga todavía. «No sé», al no poder repetirse ni cerrarse sin riesgo de endurecerse, es, en efecto, el final que no tiene fin. El presente que «no sé» ha puesto suavemente entre paréntesis, dando lugar a una demora, el tímido modo de un futuro que apenas se promete, pues el «presentimiento» no es un saber imperfecto o sensible, sino la manera que tiene la ausencia de presente de disimularse en el saber mismo dejando que venga, marginalmente, otro presente todavía o ya ausente. «*Presiento que*

10. En francés: *l'arrête* es una palabra creada por Blanchot a partir de dos sustantivos: 1º) *arrêt* que significa «parada», «interrupción», «suspensión», «detención» pero también «sentencia [de un tribunal]», «fallo» [no olvidemos que otro texto de Blanchot se llama, precisamente, *L'arrêt de mort*] y 2º) *arête* que significa «arista», «espina [de un pescado]», «cresta [de una montaña]», «línea saliente». A fin de mantener, en castellano, la ambivalencia de esta palabra blanchotiana, he optado por traducirla por «arista sentenciada». [T.]

voy a haber sabido.» El presente, sin renuncia a concordar con el presente y como si aún se retuviese en él, se inclina siempre más hacia lo que, ya pasado en él, se indica en (el) futuro y se brinda como la inminente aproximación de un nuevo presente (tal como debe ser en la temporalidad viva), pero de un presente que, antes de estar ahí, ha caído ya, puesto que «*haber sabido*», con una rapidez que corta el resuello, hace bascular el tiempo en lo más profundo del pasado (un pasado sin presente). «Haber sabido», lo más absolutamente caduco del saber. «Haber sabido» es, en general, la atestación de que hubo un momento en que yo fui el que sabía en (el) presente, pero, aquí, «*haber sabido*» no ha coincidido nunca con una presencia, con un mí presente que detenta el saber: a partir de la inminencia de un porvenir que no toco («presiento que voy») y, sin pasar por ninguna actualidad, todo se ha desmoronado en lo irrevocable del *haber sabido*. Y «haber sabido» no es una falsa apariencia, una burla, la arruga de la ignorancia: haber sabido es un saber redoblado, la forma de la certeza. Habría habido y ha habido una especie de saber absoluto que, sin ser, siempre ha desaparecido ya por la falta de un sujeto, ya sea individual o universal, capaz de sustentar dicho saber en (el) presente.

- Que los hechos relativos a los campos de concentración, la exterminación de los judíos y los campos de la muerte en donde la muerte prosigue su obra, son para la historia un absoluto que ha interrumpido la historia, eso es algo que *debe* decirse sin poder decir, no obstante, nada más. El discurso no puede desarrollarse a partir de ahí. Aquellos que necesitasen pruebas, no las recibirán. Incluso en el sentimiento y en la amistad de aquellos que conllevan el mismo pensamiento, casi no hay afirmación posible, porque toda afirmación se ha quebrantado ya y porque la amistad se sostiene ahí con dificultad. Todo se ha venido abajo, todo se viene abajo, ningún presente lo resiste.

- El conocimiento en todo momento de lo que es insopportable en el mundo (torturas, opresión, desgracia, hambre, los campos) no es soportable: flaquea, se derrumba, y quien se expone a éste se derrumba con él. El conocimiento no es, entonces, el conocimiento en general. Todo saber de lo que por doquier es insopportable extraviaría de inmediato el saber. Vivimos, pues, entre el extravío y un semisopor. Saber eso basta ya para extraviar.

- El conocimiento angustia y, sin embargo, la angustia no depende del conocimiento. La angustia sin conocimiento puede proceder de otra forma de conocimiento: lo que la aísla, esa soledad absoluta que emana de ella y traza en torno a ella un círculo, la pérdida de conocimiento que provoca y que no la disminuye sino que, por el contrario, la torna cada vez más angustiosa, la inmovilidad a la que reduce porque no puede ser más que padecida y jamás suficientemente padecida con una pasividad que ni siquiera nos puede prometer la inercia de la cosa muerta, el mutismo que la vuelve silenciosa hasta en el habla, todo lo que hace que ella escape y que, a través de ella, todo escape: a partir de ahí, existe una línea de demarcación —a un lado nadie, al otro todos los demás, los que comprenden, cuidan, viven y comprenden también eso: que haya una línea de demarcación, sin estar a su vez marcados nunca—. La angustia sustrae y se sustrae. Y, no obstante, la angustia está en relación con toda angustia, es la angustia de todos.

- Por la noche, los sueños de muerte en los que no se sabe quién muere: todos, todos aquellos que están amenazados de muerte —y uno mismo, *por añadidura*.

- Como un pacto con el extravío: admitir un poco de mentira, un poco de impostura sin la contrapartida de lo que sería la verdad; eso permite no estar más que un poco extraviado, sin tener tampoco la garantía de un estado sustraído al extravío.

- Eso sobrepasa las fuerzas humanas y, sin embargo, algún hombre lo hace, condenado así a no sobrepasarlas.

- ¿Por qué, después de la muerte, todo ha de tornarse público? ¿Por qué el derecho de publicar el menor texto de Nietzsche o de algún otro escritor que, estando vivo, nunca habría aceptado que apareciese, halla en todos nosotros, e incluso a pesar nuestro, un asentimiento, como si lo indestructible se afirmase de ese modo? No destruyamos nada: ¿Se trata de respeto, de deseo de saberlo todo y de tenerlo todo, de deseo de conservarlo todo en los grandes archivos de la humanidad o solamente, iluminado por un gran nombre, del pavor de perderlo todo, cuando se ha sentenciado la pérdida mortal? ¿Qué es lo que buscamos en esos frágiles textos? ¿Algo que no se encontrará en ningún texto, lo que está fuera de texto, la palabra de más, para que no le falte a la totalidad de las obras completas o, por el contrario, para que siempre falte en ellos? ¿O acaso cedemos a la fuerza salvaje, aquella que empuja todo fuera, no deja nada quieto e impide que, al fin, por un instante, algo se torne silencio?

- Tras el discurso habla el rechazo de discurrir, lo mismo que, tras la filosofía, hablaría el rechazo de filosofar: habla no hablante, violenta, que se esquivo, no dice nada y, de pronto, grita. Cada cual la tiene a su cargo desde el momento en que habla, responsabilidad tan pesada que la rechaza e, incluso aunque él se desmorone bajo su gravedad, la arrastra consigo al desmoronarse, siendo responsable, además, de su desmoronamiento.

- Lo que es traicionado por la escritura no es lo que la escritura habría de transcribir y no podría ser transcrito, sino el escribir mismo que, al ser traicionado, readquiere en vano la risa, las lágrimas, la pasiva impasibilidad, tratando de escribir más pasivamente que cualquier pasividad.

• «Yo rechazo ese habla con que me hablas, ese discurso que me ofreces para atraerme a él apaciguándome, la duración de tus palabras sucesivas en las que me retienes en la presencia de una afirmación y, sobre todo, esa relación que creas entre nosotros por el simple hecho de que me diriges la palabra hasta en mi silencio que no responde.» — «¿Quién eres?» — «El rechazo de discurrir, de pactar con la ley de un discurso.» — «¿Prefieres las lágrimas, la risa, la locura inmóvil?» — «Hablo, pero no hablo con tu discurso: te impido hablar hablando, te obligo a hablar no hablando; para ti no hay socorro alguno, no hay instante en el que descanses de mí, que estoy ahí en todas tus palabras antes de todas tus palabras.» — «He inventado el gran logo de la lógica que me protege de tus incursiones y me permite decir y saber diciendo, de acuerdo con la paz de unas frases bien desarrolladas.» — «Pero yo también estoy ahí, en tu lógica, denunciando la opresión de una coherencia que se torna ley y estoy ahí con mi violencia, que se afirma tras la máscara de tu violencia legal, aquella que somete el pensamiento a la garra de la comprensión.» — «He inventado la irregularidad poética, el error de las palabras que se hacen añicos, la interrupción de los signos, la imágenes entredichas para decirte y, diciéndote, hacerte callar.» — «Me callo e, inmediatamente, en el hueco del día y de la noche, me oyes, no haces más que oírme, no oyendo nada más, oyendo luego por doquier el rumor que ahora ha pasado dentro del mundo en el que hablo con cada simple palabra, los gritos de la tortura, los suspiros de la gente dichosa, el torbellino del tiempo, el extravío del espacio.» — «Sé que te traiciono.» — «Ni siquiera me puedes traicionar, ni serme fiel. Desconozco la fe, no soy lo indecible que exige el secreto, lo no-comunicable que el mutismo manifestaría, no soy siquiera la violencia sin palabras contra la que tú te defenderías con la violencia habladora.» — «Sin embargo, afirmo cuando niego, niego cuando afirmo, hago estragos con un desgarramiento siempre desconsiderado: te denuncio como la palabra jamás pronun-

ciada, o incluso de más, que querría excluirme del *orden* del lenguaje para tentarme con otro habla. Me atormentas, es verdad, incluso cuando me dejas en paz, pero, a mi vez, yo te puedo atormentar: justicia, verdad, verdad, justicia, esos términos que rechazas con tu previa risa socarrona, te persiguen a su vez hasta en lo *otro* en que los conviertes. Me causas bien con tu acoso de injusticia e, incluso, diría que eres la bondad que no está dispuesta a dedicarse a nada bueno.» — «Puedes decirlo, lo acepto todo, me confieso en todo.» — «Lo aceptas para que de nuevo me ponga a dudar y a dudar de la amistad que hace salvedad de todo, pues tu rechazo anterior, confesión de nada, estaba más próximo a ese habla única que requiere al otro.» — «Como quieras, soy el Único.» — «No, no me tentarás con el reposo en la unidad, te invoco más allá de dicha unidad, igual que te ruego, sin que lo sepas, antes de toda oración con mi obstinada y desconsolada súplica.» — «Muy bien, yo respondo, antes incluso de que me niegues, y te cargo eternamente con la responsabilidad de mi no respuesta, tornándote grave debido a mi ligereza.» — «No te obedeceré, obedeciéndote hasta en mi deseo de dejarte lejos de mí, apartado de mí, a fin de no comprometerte con mis anhelos, mi fuerza o el cansancio de mi deseo: siempre estaré en deuda contigo por el simple hecho de que cumplo con ella.» — «Eso también lo acepto. Pero como ahora soy bueno e incluso la buena habla, te advierto suavemente, con precaución: simplemente has ocupado mi antiguo lugar, discurso sin discurso, susurro agitado de las noches sin habla, rumor gimiente, benévolo y malévolo que, sin embargo, monta todavía guardia y todavía siempre a la escucha, a fin de tornar imposible toda espera, toda respuesta.» — «Sí, soy ese susurro, lo mismo que tú eres ese susurro y, no obstante, ambos siempre están separados, a ambos lados de lo que, susurrando, no dice nada, ¡ah, degradante rumor!» — «Maravilloso.» — «No diciendo más que: *ello sigue su curso.*»

• *«Te basta con acoger la desdicha de uno sólo, aquel del que estás más próximo, para acogerlos a todos en una sola.» — «Eso no me tranquiliza, pues, ¿cómo me atreveré a decir que acojo una sola desdicha en la que toda desdicha sería acogida, cuando ni siquiera puedo acoger la mía?» — «Acoge al desdichado en tu desdicha.»*

• A lo neutro respondería la fragilidad de lo que ya se hace añicos: pasión más pasiva que todo lo que hubiera de pasivo, sí que ha dicho sí antes de la afirmación, como si el tránsito de morir hubiera pasado ya siempre por ahí, precediendo al consentimiento. A lo neutro —el nombre sin nombre— nada le responde, salvo la respuesta que desfallece, a la que le ha faltado poco para responder y que ha faltado a la respuesta, nunca bastante paciente para «pasar más allá», sin que ese «paso (no) más allá» se cumpla. El espejismo de la pasividad es la espontaneidad, que es casi su contrario: a pesar de sus dificultades y por arriesgada que fuese, suprimiendo sólo las reglas de la apariencia (y sin ir siquiera —aunque fuese en vano— en contra de la ley inscrita en lo más profundo), la escritura automática creía dejar el movimiento de escribir a su aire, pero escribir no puede ir a su aire si, para escribir, no hay que ir a su aire —devenir— al que la escritura vaya, se abandone, gracias a un mero don de obediencia, como ocurre cuando uno se entrega al poder de alguien. Y no hay dictado. El dictado del decir se ha apagado siempre en una repetición previa, pues decir no hace nada con volver a decir. El volver a decir del decir nos dice algo de una pasividad —pasivamente ambigua— en donde toda decisión de decir ha decaído ya. La transgresión no es un mero ir a su aire: no es que decida ni que, allí donde no se apoya en nada, al azar o soberanamente, sobrepase el poder hasta lo imposible. La transgresión transgrede por pasión, paciencia y pasividad, transgrediendo siempre lo más pasivo de nosotros mismos en ese «morir por ligereza de morir» que escapa a nuestra presencia y por medio de la cual nosotros esca-

paríamos sin poder esquivarnos. Pasividad, paciencia, pasión que han renunciado a la inquietud de lo negativo, a su impaciente agitación, a su vagabundeo no obstante infinito y que así —¡así!— retiraría a lo neutro ese retiro al que le confina aún su señalamiento negativo.

- *Si le bastase con ser frágil, paciente, pasivo: si el miedo (el miedo que nada provoca, el antiguo miedo que reina sobre la ciudad, empujando ante sí las figuras, y que pasa por él como el pasado de su miedo, el miedo que él no siente, bastase para volverle aún más frágil, mucho más allá de la conciencia de la fragilidad donde él se retiene siempre. Pero, lo mismo que la frase que no concluye, la frágil paciencia, en el horizonte del miedo que la acosa, no da testimonio más que de un recurso a la fragilidad, incluso allí donde enloquece al pensamiento tornándolo frágil, desconsiderado.*

- Fragilidad que no es la de la vida, fragilidad no de lo que se quiebra, sino del quebrantamiento y que yo no puedo alcanzar, ni siquiera en el desmoronamiento del mí que cede y cede el sitio al otro.

- *Al medir las dimensiones de la habitación que le parecía inmensa, la recorrió en unos cuantos pasos: un amigo, inclinado sobre la mesa, con el rostro oscurecido de sueño, parecía observarle en silencio. Volvió a iniciar el movimiento, incapaz, esta vez, de acabarlo, de emprender el recorrido, debido al cansancio quizás, y el cansancio procedía de que tenía que delimitar el espacio sin tener en cuenta su presencia en el interior —a partir de un punto de fuera, desde donde, de pronto, el rostro de ese amigo, rostro con los ojos cerrados, se iluminaba con una sonrisa bondadosa.*

- La angustia, el mundo subterráneo en donde despertar, el sueño, pierden su poder de alternativa en donde el sueño no adormece a la angustia, en donde, al despertar,

despertamos de la angustia a la angustia: como si la angustia contase con su día, contase con su noche, sus galaxias, sus fines del mundo, su inmóvil desastre que deja que todo subsista.

- Cuando se cae —siempre desde lo alto, por bajo que se esté— y cuando una mano amiga, de pronto, nos retoma en el momento más oscuro de la caída, nos damos por fin cuenta de que no caíamos, sino que sólo estábamos acurrucados, inmovilizados por el sentimiento de estar ahí por error y moviéndonos tanto menos cuanto que no deberíamos estar allí.

- *«Estoy mal, el mundo me atrae hacia su mal, y lo oscurezco con el mío, y más aún porque el mal preserva en mí un mí para padecerlo.» — «Podrías decir lo contrario, puesto que todavía eres capaz de decirlo.» — «Por eso soy aún más desdichado,» — «¿No olvidas algo?»*

- La desdicha es absoluta: lo cual no le impide agravarse e incluso, a veces, con aquello que podría atenuarla.

- Escribir lentamente para resistir a la presión de lo que no se escribe, tan lentamente que, debido a una espantosa inversión, todo, antes incluso de empezar a escribir, se halla ya escrito: como el que va necesariamente hacia el anonimato por medio de la publicación.

- El sueño adormece la angustia y, sin embargo, en ese estado de angustia adormecida, se está por entero bajo la vigilancia que simula la lucidez o que la torne activa para mayor angustia.

- No es que el anonimato haga valer un nombre, ni siquiera un nombre fuera del lenguaje, como sería el nombre impronunciable de Dios, sino que es un signo para la ausencia de nombre, para la coherencia de la que dicho signo sigue siendo el signo y que fuerza al texto publica-

do o no publicado a hacerse intensamente signo/señas a través de todo lo que lo desorganiza.

- Nietzsche muere loco, pero en Nietzsche, morir ignora tanto la locura como la no-locura. En la medida en que en todo tiempo fuera del tiempo Nietzsche muere, morir no se puede caracterizar por los rasgos que harían de él el filósofo loco, aunque la locura le alcance, a partir de la línea de demarcación que el pensamiento del eterno retorno le obliga, en un instante, a franquear liberándolo de dicho instante como presente, alzándolo tanto fuera de sí mismo como fuera de la locura gracias a la ligereza de morir que el pensamiento de retorno traduce conduciéndolo falazmente —con la falsedad que hace falta para abandonarse a semejante movimiento— más allá de dicha ligereza y hasta el punto en que ésta se rehace como pensamiento, con toda la pesantez, la lentitud, la penosa soberanía de un pensamiento que trata en vano de compensar su eterno retraso con respecto al morir: morir «loco» sería morir debido a ese retraso, con retraso respecto a morir, lo que los vivos, que, por su parte, mueren ignorantes de su propia locura, consideran como una especie de muerte anticipada que sancionan, visible o invisiblemente, con la exclusión.

La locura de Nietzsche: como si morir lo hubiese tornado peligrosamente eterno, aunque fuese a base de una eternidad de morir, con la ambigüedad de la eternidad, con el peligro de la transgresión por fin cumplida —y, luego, de pronto, tras haber franqueado el umbral y estando expuesto al afuera, siendo reconducido por el afuera hasta el umbral, en esa exposición a la cual le reduce el silencio del embobecimiento—. La locura significa entonces: nadie traspasa el umbral, salvo por locura, y la locura es el afuera que no es más que el umbral.

- *Nunca los había mirado más que como figuras que el antiguo miedo empujaba hacia él; de ahí el atractivo de belleza y de juventud que impedía congeniar con ellos, aun-*

que su aproximación, la del umbral que no está ni cerca ni lejos, volviese tentadora, sí, al modo de una tentación, la idea de una proximidad prometida por el espacio o por él rehusada, de acuerdo con el juego que le es propio.

- Si el mí desfallece ante la desdicha de todos, corre el riesgo de no ser más que el mí desfalleciente y extendido por esa desdicha hasta tornarse en mí de todos, incluso desdichado. Pero la desdicha no autoriza el mí, el yo desdichado, lo cual conduce a pensar —sólo a pensar— que la desdicha siempre ha deshecho el mí, sustituyéndolo por la relación otra y con el otro y que, sin embargo, lo encierra en una singularidad puntual en donde no tiene derecho a ser mí, ni siquiera un mí singular, ni siquiera un mí que sufre: sólo pasivo hasta el punto de ser apartado de lo que hay de sufrimiento en la pasividad, del sentimiento común del sufrimiento y, no obstante, destinado, por esa pasividad no padecida, no autorizada a padecer y como exiliada del sufrimiento, a sostener la relación con el otro que sufre.

El «(no) pas (o)»¹¹ de lo completamente pasivo —¿el «paso (no) más allá»?— es más bien el repliegue, que se despliega, de una relación de extrañeza que no es soportada ni asumida, pasividad transgresiva, morir donde nada es soportado, nada hecho, que no concierne y no toma nombre más que por el abandono del morir del prójimo.

- No ya «muero, eso no me concierne» sino «morir que no me concierne» me pone en juego en todo morir, por medio de una relación que no pasa por mí, llevándome a responder —sin responsabilidad—, en la pasión más pasiva de dicha relación (relación con lo no-concerniente) que

11. En francés: *Le «pas» du tout à fait passif* encierra en ese *pas* un intrincado cruce de referencias: 1º) a *pas* como negación; 2º) a *pas* como «paso» y 3º) a *pas* como fonema inicial de la palabra *passif* [«pasivo»]. De ahí, los paréntesis por los que he optado en la traducción: «El “(no) pas (o)” de lo completamente pasivo». [T.]

ni soporto ni asumo. Pasividad de morir que no me convierte en susceptible de morir ni tampoco me deja morir en el prójimo. Morir deliberadamente por el otro, lo mismo que darse la muerte, a distintos niveles éticos y por medio de unos actos sobre los cuales nadie tiene el poder de pronunciarse, indica ese momento en el que la pasividad quiere actuar en su pasividad misma: aquello a lo que la generosidad práctica conduce quizás, tornando real lo irrealizable.

- Responder de lo que escapa a la responsabilidad.
- Morir: como en busca de un sujeto desplazado, de un «yo-que-muero», como si morir estuviese cansado de la ligereza que le es propia, marca de la transgresión incumplida (cumplida por su incumplimiento). De ahí que muramos como para liberar el morir, distraída, pesadamente, a veces con la gravedad de una responsabilidad —la muerte heroica, generosa, activa—, o bien, pesados, con esa pesadez anticipada de las cosas muertas, entregándonos a la inercia del gran descanso, muriendo de la muerte inerte y no de la pasividad —la pasión más pasiva— del morir.
- La fragilidad de morir —la del quebrantamiento— no nos da derecho a ser frágiles, vulnerables, a estar quebrantados, pero tampoco a ser fuertes, a estar indemnes, a ser capaces de socorrer, ni siquiera hasta la pérdida del sacrificio.
- *«Muero, no puede hacer nada por ti más que ser un peso para ti, una carga de pena, un habla que ya no te responde, la cosa inerte que no podrías querer sino sólo olvidar hasta en tu recuerdo.» — «Muriendo, no mueres, me concedes ese morir como acuerdo que sobrepasa toda pena, toda solicitud y donde me estremezco suavemente hasta en aquello que desgarrar, perdiendo el habla contigo, muriendo contigo sin ti, dejándome morir en tu lugar, recibiendo el don más*

allá de ti y de mí.» — «En la ilusión que te hace vivir mientras yo muero.» — «En la ilusión que te hace morir mientras mueres.»

- La escritura: una flecha que apunta al vacío —lo anacrónico del futuro-pasado— y que cae siempre demasiado pronto, en la excesiva totalidad de un pasado agobiante, de un futuro sin porvenir o, incluso, lo cual es peor, en la plenitud de un presente que transforma todo en escrito repleto de recursos y de vida.

- De acuerdo con la desdicha de todos, esa desdicha que excluye todo acuerdo.

- Como si el conocimiento no nos fuese dado más que para conocer lo que no podemos soportar conocer.

- «¿Por qué haber escrito eso?» — «No he podido obrar de otro modo.» — «¿Por qué esa necesidad de escritura da lugar a nada que no parezca superfluo, vano y siempre de más?» — «La necesidad ya estaba de más: en la coacción del “no puedo obrar de otro modo” está el sentimiento aún más coactivo de que dicha coacción no comporta consigo justificación alguna.»

- *No sé, pero sé que voy a haber sabido.*

- Morir libremente: la ilusión (que es imposible denunciar). Pues incluso si se renuncia a la ilusión de creerse libre respecto de morir, se termina por confundir, con palabras que constantemente llegan con retraso, lo que se denomina la gratuidad, la frivolidad —su leve llama de fuego fatuo—, la inexorable ligereza de morir con la insumisión de aquello que toda aprehensión yerra. De ahí el pensamiento: morir libremente, no de acuerdo con nuestra libertad, sino por pasividad, abandono (una atención extremadamente pasiva), de acuerdo con la libertad de morir. Y, sin embargo, morir no está sólo más acá de

todo poder, lo imposible con respecto a nosotros, lo que no podemos asumir libremente ni soportar por coacción: morir, en la ausencia de presente, en la carencia de huellas que deja, es demasiado ligero para morir, para constituir un morir. Este inconstituido–inconstituyente que afecta a la fragilidad más pasiva, aquello que deshace y destituye de un modo invisible, dejándonos sin recursos, descubriéndonos y poniéndonos al descubierto de una pasión no soportada y de un discurso sin palabras: en cuanto, tratando de apartarlo, nos apartamos de él, de la irrealidad de la ilusión, entonces todo se trastoca: donde había ligereza hay gravedad; gratuidad: responsabilidad; inocencia: aguda puesta en cuestión.

- La desdicha, esa palabra que cae sobre nosotros sin dar explicaciones y sin permitirnos responder a ella, destino sin destino. No podemos hacer nada contra la desdicha. Así es como nos habla con su mutismo. Ahora bien, aunque no haya acción capaz de borrarla, ni mirada capaz de sostenerla, ¿acaso no nos está permitido presentir que podría haber una pasividad más pasiva que aquella con la cual la soportamos, siéndonos así, *otorgado* retirar ese rasgo de fatalidad natural —de habla nunca pronunciada pero dicha por siempre jamás— que representa para nosotros? *Quizás* el pensamiento sea, en su pasión más pasiva, más desdichado que toda desdicha, siéndolo por ser aún pensamiento frente a la desdicha que le afecta a través del prójimo, pasividad que deja cierta distancia para responderle, allí donde, al pretender escapar a toda causa (social, histórica o ética) o al menos desbordarla siempre, se afirma en su oscura soberanía, en ruinas. Sí, quizás; sólo quizás.

- Aquel para quien la aspiración a la unidad es la exigencia última, a él la vida, que es unidad viva, aunque sea por defecto, le promete la dicha y se deja vivir como si fuese extremadamente dichosa hasta en sus momentos más inciertos. La conciencia desdichada, en su división,

puede padecer de la vida de la que la unidad carece: a partir de la vida, se vive como desdichada y proyecta su ideal de unidad, ideal que representa para ella la posibilidad dichosa, don aún de su desamparo. La desdicha carece de conciencia para vivirla, ni ve en la «simple» división —la división, es verdad, más patéticamente desgarradora, puesto que es el desgarramiento mismo— que padece eternamente por la reconciliación experimentada como la aspiración eternamente burlada. La desdicha pasa tanto a través de la conciencia dichosa como a través de la conciencia desdichada, puerta abierta sólo sobre la desdicha.

Freud, al pensar en sí mismo, habría dicho que aquel que carece de la necesidad de la unidad (esa necesidad que le parecía ligada a la filosofía o a la religión) no puede recibir de la vida más favorable más que el favor de su curso melancólico, más bien con un sentimiento de repulsión y de espanto ante los grandes momentos de exaltación o de euforia con los que querría encantarnos, como si ese don exaltante fuese una coacción que no corresponde a una llamada, algo no-deseado, una confusa sumersión del deseo. Pero quizás haya que decir algo más: a la unidad aspiramos necesariamente por la razón más elevada, por el más fuerte deseo. Por consiguiente, no hay que fallarle, sino sufrir ya por su carencia y gozar con lo que la promete. Ahora bien, ni la unidad ni lo único son la exigencia última, o no lo serían para aquel que puede detenerse en lo último de la exigencia, así como contentarse con remontar a un primer comienzo, a lo que de originario hubiera en el origen. Lo otro, con su atractivo sin atractivo, no propone nada último, nada que pueda concluirse o comenzar, incluso aunque haya que haber pasado por la necesidad del Uno para saber responder —respuesta que no sabe— a la equívoca llamada de lo Otro, equívoco, si en lo Otro no podemos estar seguros de no reconocer sólo las formas aún dialécticas de la alteridad pero nunca lo desconocido de lo otro, fuera de lo uno y de la unidad. De ahí, quizás, que la exigencia par-

celadora de la escritura, a través y al margen de la unidad prometida por el discurso, no entre más que de lejos en resonancia con la dicha o la desdicha de la vida, mientras le brinda la tentación de otra desdicha, de una desdicha sin desdicha y tal que ni siquiera permitiría el consuelo de una «profunda» desdicha.

Finalmente, escribiendo como para responder a la exigencia desdichada, no ya de acuerdo con la desdicha de todos, sino en la discordancia de una pequeña desdicha desdichada.

- La desdicha: quizás la soportásemos si cayese sólo sobre nosotros, pero siempre alcanza al otro en nosotros y, alcanzándonos en el prójimo, nos aparta hasta esa pasión más pasiva en donde nuestra identidad perdida no nos permite ya padecerla, sino sólo identificarnos con él, que está fuera de lo idéntico, acercarnos, sin identidad y sin posibilidad de actuar, hacia el otro que siempre es el desdichado, lo mismo que el desdichado siempre es el otro: movimiento que no conduce a nada pero que, al igual que el «paso (no) más allá» de lo completamente pasivo al que responderíamos al morir, fuera de nosotros, nos consagrarse al otro, al tiempo que nos pierde en el camino y que nos retiene en esa pérdida.

La desdicha no *se* soporta: en la medida en que no se soporta a sí misma, en la desigualdad neutra en la que carece de todo soporte, lo mismo que le falla a la esencia que la manifestaría y la haría ser, exige ser *sustentada*, más allá de lo que nosotros padecemos, por una pasividad transgresora que no es nunca obra nuestra y que, sin importar lo que hagamos o no hagamos, nos deja despojados, ausentes, en la seriedad de una ligereza experimentada como frivolidad, en la culpabilidad de una inocencia que se acusa —se agudiza, pone en tela de juicio porque nunca es «vívida» como si fuera suficientemente inocente—. (¿Cómo podría ser vivida, si aquí no se trata de la inocencia de vivir, sino de la inocencia de morir?)

- ¿El sentimiento de la incomunicación absoluta, de no poder compartir la desdicha con el desdichado «me» transporta a esa desdicha, o acaso no se limita sólo a la desdicha de lo incomunicable? Lo que queda es que «yo» me siento más triste en el prójimo que en mí mismo, triste de no poder atenuar esa tristeza y, quizás, de denominar incomunicación lo que no es todavía más que la inercia de un mí que se deshace y se mantiene en su desfallecimiento.
- La fe suprema de los creyentes: fe en ese momento en el que ya no tendrán que creer y en el que dejarán de ser creyentes —fe en la muerte que quizás a veces les es usurpada.
- *«Entre tú y yo es como entre algo que es más que tú y algo que es menos que yo: él y él. — Entonces, no te refieres a mí: lo esencial se ha perdido, el rasgo único de nuestra relación. — En ti, me he liberado de mí, ya no te someto a la mera conciencia que tengo de ti, ni te limito a ti mismo en la conciencia que tienes de ti. — Pero quiero estar limitado y ser acogido en la modesta unidad con la que me contento. — Solamente uno, entre otros, intercambiable con otros, rostro entre los rostros, y ni siquiera de acuerdo con lo infinito de tu deseo. — Sí, así es, intercambiable en la medida en que es intercambiable, el único cualquiera que no se reconoce más que en ese cualquiera único que eres. — ¿No es así como nos encontramos sin circunscribirnos el uno al otro? — ¡Qué equívoca es tu respuesta!»*
- ¿Acaso el cuerpo enfermo no nos fuerza a vivir de acuerdo con un cuerpo que ya no sería neutro, que no estaría desunido sino en el pesar y el pensamiento de su unidad, el «cuerpo propio» que lo es tanto más cuanto que está desapropiado y que se valora a medida que no vale nada: obligándonos a estar atentos a nosotros mismos en aquello que no merece atención alguna? *«Por eso*

*también sufro y, quizás, debido a ese modo de vida su-
ficiente, corto las amarras, la ruptura carente de límite. —
Le sacas partido a todo.»*

- *¡Oh, vacío dentro de mí, en el que, en un tiempo más an-
tiguo que todos los tiempos antiguos, he arrojado ese mí y,
durante ese tiempo sin duración, cae dentro de sí!*

- *Piensa en el prójimo, de modo que ya no seas tú quien
vuelvas de ese pensamiento y que no sea un pensamiento
en el que vas hacia él.*

- *«Que se piense en mí me hace sentir ese mí; que no se
piense en mí me deja en ese mí que me excede. — En ese
pensamiento, al menos, has de desaparecer.»*

- Vivir sin la esperanza que la vida sustenta, sin, ni si-
quiera, ese volverse esperanzado contra la vida (que se
denomina agresividad) ¿es vivir? ¿es morir? Si es cierto
que resultaría absurdo hablar de la muerte en términos
de vida, no sabemos si el habla misma y, dentro del ha-
bla, algo que nos la retira y nos hace callar, no está más
emparentado con morir y no nos conduce, al hablar de la
vida, a alejarnos de las esperanzas, de los temores y del
habla viva, hasta ese límite que nadie entre nosotros pasa
vivo —salvo de palabra.

- Extrañas amenazas: *«No te amenazo, te dejo en la neu-
tralidad de una vida sin amenazas, que no te deja ni si-
quiera una razón de vivir para defenderte contra la angus-
tia amenazante. — Entonces, ¿por qué esa angustia q te
pasa por alto toda amenaza? — Porque te amenazo en el
prójimo, en todo lo que es otro, campo infinito del que la
angustia que te inmoviliza te mantiene alejado, reducién-
dote a ti solo, en la soledad de una angustia que te encie-
rra en función de los demás. — Angustia de todos en mí,
que desaparezco en ella. — Aislado en ti mismo por tu an-
gustiada preocupación por los demás. — Es que esa preo-*

cupación no me ha desgastado bastante, no ha puesto de relieve esa paciencia que me hubiera hecho pasar más allá. — No esperes utilizar a los demás para liberarte de ti: estás condenado a ti mismo, a fin de que haya aún alguien para acoger al prójimo. — Pero no soy nada, nada en tanto en cuanto mí. — Nada, es lo que hace falta: soporta la insoportable nada.»

- La angustia adormece con un sueño en donde vela a ñn de mantenernos por entero bajo la angustia: adormecido para la angustia.

- El fatigado deseo: no sólo la usura del deseo en la fatiga, no sólo su volverse contra sí mismo, por obra del cual se desgasta y desgasta, sino la desaparición del deseo en la medida en que se mantiene gracias a lo infinito de la fatiga, transmitiéndose, como fatiga, en lo infinito de su usura.

Fatiga, fisura, como si, contrariamente al movimiento de la etimología, fuese la fisura, esa falta que a nada le falta, la que hallase en la fatiga su elemento de eternidad, la ilusión de un infinito a falta de infinito.

- Hay un momento en el que la generalidad da miedo: aquella que, con cada una de sus mínimas palabras siempre más allá de la singularidad, ponemos, querámoslo o no, en obra y con la cual corremos el riesgo de convertir el error propio en algo general: la fatiga desalentada, como si, sin esa aportación, el nivel desdichado del mundo pudiese ser rebajado, aunque fuese con nada. *«Es que concedes todavía demasiada importancia a ti mismo, a tu pequeño lote desdichado, a tu insuficiencia moral, a tu capacidad de tener, o no, algo que ver con la desdicha y la dicha comunes. — Pero, por el mero hecho de que existo, en el límite de la existencia, sobreviviendo en la supervivencia, introduzco en el círculo en el que se desplaza un sujeto desplazado de existencia algo lastimero y endeble —servil quizás— que está de más. — Aún no estás en el límite, ni eres*

suficientemente endeble, pues te mantienes aún en tu haber y en tu ser, tampoco eres suficientemente vulnerable, pues no alcanzas ese punto de pasividad donde sólo el otro podría alcanzarte sin que tú fueses un perjuicio para el otro, tampoco te lamentas lo suficiente como para que tu grito les lleve a todos el lamento de todos. — Ya lo sé, aún existo demasiado, un demasiado poco que está de más. — No existes, mueres. — Si muñese, quizás el morir pesase menos, incluso hasta interrumpirse, interrupción del morir del prójimo. — Has de ser la ligereza de morir, no seas otra cosa para el otro, aun a riesgo de «vivirla» con pesadez, gravedad, responsabilidad, aguda puesta en entredicho, es decir, con desdichada incapacidad de vida para ti mismo.»

- *Él había perdido, antes de haberla logrado, esa parte de impasibilidad que le habría permitido no ser desdichado consigo mismo, a fin de no realzar la desdicha general: cayendo de inmediato, con una caída imprevisible, fortuita y frágil, por debajo de la impasibilidad, sin estar nunca seguro de estar en lo más pasivo de sí mismo y, quizás, porque no puede haber pasividad presente —en el presente, en cualquier presente que sea.*

- Impasibilidad, la pasividad encerrada en la clausura de un mí que no se padece siquiera como mí, pero que se quiere liberar del otro que está dentro de él, que rechaza el sufrimiento, lejos de estar exilado de él.

- El silencio no es el rechazo del habla: silencioso de todo habla, de su alcance, de su entendimiento, de lo que, en la mínima habla, aún no se ha desarrollado en modos de hablar.

- «La muerte libera de la muerte — Quizás sólo del morir. — Morir es esa ligereza más acá de toda libertad de la que nada puede liberar. — Es lo que sin duda asusta en la muerte, contrariamente a los análisis de la antigüedad: la muerte no tiene, dentro de sí, nada con qué miti-

gar la muerte. Es, pues, como si sobreviviese a sí misma, con la impotencia de ser que dispersa, sin que dicha impotencia tome el relevo del inacabamiento —el incumplimiento— propio o impropio del morir. — La exterioridad de ser, ya adopte el nombre de la muerte, del morir, de la relación con el otro, o, quizás, el del habla cuando éste no se ha replegado en modos de hablar, no permite ninguna relación (ni de identidad, ni de alteridad) consigo misma. — Con la exterioridad, el habla se brinda quizás absolutamente y como absolutamente múltiple, pero de tal modo que no pueda desarrollarse con palabras: siempre ya perdida, sin utilidad e incluso tal que lo que en ella se pierde (la esencia de la pérdida de la que daría la medida) no pretende, con una inversión, que algo —un don, un don absoluto: el don del habla— sea magnificado o designado en la pérdida misma. — *No tengo, pues, derecho a decir nada. — Ciertamente, ningún derecho.»*

- Si el habla se da al otro, si es ese don mismo, ese don para nada no puede *otorgar* la esperanza de que será acogido alguna vez por el otro, recibido como un don. Habla siempre externa al otro en la exterioridad de ser (o de no ser) cuyo indicio es el otro: el no-lugar. *«Sin embargo, usted dice eso con la seguridad de las palabras abstractas, serviles, soberanas. — Pero para nada, para nada. — Es dicho todavía con demasiada seguridad. — Y eso también.»*

- *Cada día, haciendo lo que hacía por última vez y, por la noche, reiterándolo constantemente.*

- *«Deberíamos respetar en todos los libros, en todo habla, algo que aún requiere ciertas consideraciones, una especie de oración al habla. — Lo respeto en lo más mínimo del habla, sólo en lo más mínimo.»*

- Mandar no es hablar: ordenar tampoco. El lenguaje no es un(a) orden. Hablar es un intento (un tentación) de salir de ese orden, del orden del lenguaje: aunque sea

encerrándose en él. Hablar, esa súplica de hablar que el habla siempre ha rechazado, sin consideración alguna, o que sencillamente ha sido extraviada, no acogida, no retenida.

- Amistad: amistad para con el desconocido sin amigos.
- Como si la muerte, a través de él, se distrajese.
- *En esa ciudad: al azar: los dos jóvenes nombres: inmóvil frente a un amigo inmóvil: la estancia reducida, inmensa: la pesada mesa de mármol: las trabas del habla: el miedo antiguo. La Cosa se acuerda de nosotros.*
- *Viniendo, viniendo, signos para la ciudad desierta, signos de sí mismos: nombres nombrando su nombre. Noche tras noche. Nos preguntábamos si, al margen del libro, encima de la mesa, lo habíamos leído.*
- Si escribe solo, y él sólo escribe, es porque más vale estar solo para mitigar la impostura. La impostura, lo que infunde respeto en la aspiración indirecta de morir (de escribir).
- *No siendo el rumor más que el modo en que la ciudad hace saber que está desierta, cada vez más desierta.*
- *El antiguo miedo, el envejecimiento del antiguo miedo, «¿Tienes miedo? — Antiguamente miedo.» Así estábamos, bajo la garantía de los jóvenes nombres, los innumerables ocupantes del miedo en la ciudad desierta: ocultando el miedo, ocultándonos del miedo.*
- *Por mucho que digas: no creo en el miedo; ese miedo demasiado antiguo, sin idolatría, sin rostro y sin fe, el más allá del miedo que no se afirma en ningún más allá, te empujaría aun por las calles estrechas, eternas, sin meta, hacia la cita cotidiana, aquello que no se te plantea como*

meta: de ahí que, incluso aunque acudas a ella cada día, no estés nunca allí. «Porque lo logro con la huida, huyendo constantemente de él.»

«Respetas el miedo. — Quizás, pero él no me respeta, carece de consideración.» La más grave de las idolatrías: tener consideración hacia lo que carece de consideración.

- *¿Que estoy cerca de ti, quién lo creería?*
- Si vivir es perder, comprendemos por qué resultaría casi risible perder la vida.
- *Él no podría pronunciar ni callar ambos nombres, como si ambos, en su cotidiana banalidad, hubiesen atravesado siempre el lenguaje para exceptuarse de él. Figuras, empujadas de aquí para allá por el viento árido, ese viento del rumor que da a entender que la ciudad desierta no podía prescindir de la ilusión de una tumba.*
- Te inspiran. — Extraña inspiración que sólo recibiré al expirar. — La inspiración es eso: la suerte, el tiempo de una expiración en donde toda habla te sería soplada antes de serte concedida.

Escribiendo cada vez más lentamente, más deprisa de lo que escribe.

- No hay que consolidar el entre-decir como entredicho, pero ¿dónde situar el «no hay que», cómo decirlo si no es como el entredicho que se ha convertido ya en prescripción negativa, colmándolo, haciendo que sea el colmo, el hiato del entre-decir?
- *Dando tres pasos, deteniéndose, cayendo y, enseguida, asegurándose en esa frágil caída.*
- Sobrevivir: no ya vivir o, no viviendo, mantenerse, sin vida, en un estado de puro suplemento, movimiento de suplencia con respecto a la vida, sino más bien detener el

morir, parada que no lo para, sino que, por el contrario, lo hace *durar*. «*Habla sobre la aristada sentencia —línea de inestabilidad— del habla.*» *Como si asistiese al agotamiento del morir: como si la noche, habiendo comenzado demasiado temprano, en lo más temprano del día, dudase de llegar nunca a la noche.*

- Es casi seguro que, en ciertos momentos, nos damos cuenta de ello: hablar todavía —esa supervivencia del habla, superhabla— es una manera de advertirnos de que hace mucho tiempo que ya no hablábamos.

Elogio de lo próximo a lo lejano.

- *Ven, ven, venga, usted a quien no le puede convenir la exhortación, el ruego, la espera.*
- «*Queda en paz contigo mismo. — Nadie hay en mí a quien pueda tutear. — Queda en paz. — La paz, esa guerra sólo aplacada. — Queda en paz, sin paz sin guerra, fuera de la página que hay que escribir, fuera del pacto que hay que firmar, fuera del texto y fuera del país. — El afuera no promete la paz. — Queda, sin saberlo, en paz contigo mismo, en el más allá de la paz que no podrías alcanzar. — Lo que prometes, no lo deseo. — Acoge sin deseo la promesa que no te hago.*»

Fuera de todo habla mercenaria, el silencio sin rechazo da las gracias.

- *Había habido como un acontecimiento: lo imprevisible sin lamento, que se sustraía a la atención. Sí, se trataba de eso; ¿De qué se trataba? Como si la muerte satisfecha hubiese dejado todo intacto, libre sólo de todo, absuelta de ese morir para el cual había persistido, amigablemente, el habla mantenida bajo silencio. De ese modo, las falsas apariencias parecían haberle abandonado; y aquello, esa liberación del pesar y del secreto, movimiento de inmovilidad, lejos de lo verdadero y de la apariencia, separado del juego*

y de la franqueza, lentitud definitiva, el reposo sin la promesa de un descanso, con la tranquilidad ineludible: donde la serenidad sobre el rostro por completo visible en adelante, escapando a lo evasivo.

Sombra del tiempo, antaño, acoge sus rostros. No respondas ya a quien quisiera mantener cautiva la memoria.

- Ambos, en el desamparo, el estrecho desfiladero de su frágil caída común: muerte/muerto muriendo/moribundo,¹² codo con codo.
- *Viniendo hacia nosotros, como si viniesen el uno hacia el otro, con esa pluralidad que los unía sin manifestar la unidad: su joven retorno.*

Pensaba, salvando el nosotros, igual que creía salvar el pensamiento identificándolo con la frágil caída, que su joven retorno le permitía, dejando de estar juntos (hacía tiempo que no había vuelto a oír, ni siquiera en un eco, nada que pudiese parecer una aprobación, una confirmación de la cita cotidiana), caer en comunidad. Caída frágil —caída común: palabras que siempre se codean.

Y sabía, gracias al saber demasiado antiguo, borrado por los años, que los jóvenes nombres, al nombrar dos veces, una infinidad de veces, el uno en pasado, el otro en futuro, lo que sólo se encuentra más acá, lo que sólo se encuentra más allá, nombraban la esperanza, la decepción. Cogidas las manos, de umbral en umbral, como inmortales de los cuales uno muere, diciendo el otro: «¿Estoy con quien muero».

- «¿Por qué no dice nada más?» — «¿He dicho alguna vez algo?» — «Sin que se dijese nada, dejaba usted que se dije-

12. En francés: *mort mourant* genera una multiplicidad fonético-semántica que, en castellano, sólo puede plasmarse en la posibilidad de unas traducciones alternativas: «muerte/muerto muriendo/moribundo». [T.]

se, a modo de agradecimiento, la esperanza, la decepción que sustenta todo decir.»

«¿Por qué no dice nada más?» — «Ya está bien ser aún capaz, de repetir esa pregunta en voz baja, cada vez más baja: una voz neta, neutra, agobiada.» — «No tengo ya, ni siquiera bajo la forma de esa última pregunta, ningún pensamiento que le concierna.» — «Está bien renunciar a mantenernos juntos en el discernimiento de un pensamiento.» — «¿Por qué devolverme aquello que ya no sé dar con la ilusión de que está bien?» — «Está bien.»

Estaba tan tranquilo al morir que, antes de morir, parecía ya muerto, luego, después y para siempre, parecía todavía vivo, en ese sosiego de vida por el que laten nuestros corazones —habiendo borrado así el límite, en el instante en que él es el que borra.

(En la noche que cae, que aquellos que han estado unidos y que se borran no sientan ese borrarse como una herida que se harían uno al otro.)

- Libérame del habla demasiado larga.